

A woman in a red dress is dancing in a field at sunset. The scene is bathed in warm, golden light, with a large, bright sun in the background. The woman is in the foreground, her back to the camera, with her arms raised and legs in a dynamic pose. The background shows a line of trees and a clear sky.

Sophie Saint Rose

Vuelves

loco

mi corazón

Vuelves loco mi

corazón

Sophie Saint

Rose

Shandra Tanner no se podía creer que tuviera tan mala suerte como para que su padre le encontrara trabajo con su antiguo monitor del campamento. Aquel psicópata le había amargado la vida cuando era una adolescente y dudaba que ahora tuviera mejor carácter. Pero no tenía más remedio que trabajar con él, así que se intentó mentalizar para ello. Lo que no se esperaba era seguir sintiendo por Robert Callaghan la misma atracción que experimentó con quince años.

Contenido

[Contenido](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Epílogo

Capítulo 1

—¿Es una broma? —Robert Callaghan Tercero miraba a su socio con sus ojos grises refulgiendo de furia. —¿Desde cuándo soy una niñera?

—No lo veas de esa manera, Rob. Es muy simple. Queremos ese contrato y Cristian Tanner necesita un favor. ¿Qué hay de malo en ello?

—¿Me estás diciendo que para que Tanner nos conceda ese contrato, tenemos que dar trabajo a

su hija en nuestra empresa? ¿Desde cuándo las niñas ricas trabajan de secretarias? —Le miró con desconfianza. —¡Ese quiere endilgármela!

Larry se echó a reír. —Que no. Que por lo visto les enseña a sus hijos cómo ser independientes y autosuficientes. Como él empezó desde abajo... Y no quiere hacerlo en su empresa, porque considerarían que los favorece.

—¡Es que los favorece, joder! ¡La está enchufando en nuestra empresa!

—No la está enchufando.

Considéralo parte del contrato.
Como una cláusula más.

—¿Y por qué tiene que trabajar para mí? —Una rubia, que estaba buenísima, pasó a su lado y perdió el hilo de la conversación, girándose para mirarle el trasero, que era digno de ver con aquel vestido negro ajustado.

Su amigo chasqueó los dedos ante sus ojos y divertido se giró en el taburete para mirarle. Bebió de su cerveza. —¿Qué? Que tú estés fuera del mercado, no significa que el resto seamos eunucos.

—Céntrate. Hablo en serio.

Necesitamos a Tanner.

Rob levantó el brazo para llamar al camarero, que recorrió la barra a toda prisa. —Dos cervezas.

—Que sea la última. Clare me espera.

Miró a su amigo, que hacía tres meses que se había casado, y decidió no meterse con él por tener que llegar a casa a su hora como si fuera un corderito. —Vamos a ver, no pienso despedir a Terry, porque una niña rica quiera jugar a ser responsable. ¡Es una secretaria estupenda y tiene casi sesenta años!

—No pensaba despedir a Terry. ¡Y tú también eres un niño rico!

—No es cierto. ¡Mi padre tiene el dinero, pero nosotros hemos levantado la empresa de la nada y sin su ayuda! —siseó furioso con ese tema.

Larry se echó a reír al ver que se pasaba una mano por su cabello rubio, porque le exasperaba ese tema. —Eres muy sensible respecto a tu padre.

—Será porque me pone de los nervios. El Segundo todavía me ha llamado hoy para que fuera a una

reunión de accionistas. Como si hubiera ido a alguna.

—No le piensas perdonar que no te pagara la carrera.

—¿Me ves a mí de abogado? Cuando le dije que quería estudiar ingeniería, puso el grito en el cielo y me echó de casa. Se puede meter sus acciones por donde le quepan —dijo antes de beber media cerveza.

Larry decidió cambiar de tema. —Sobre el contrato...

—Trabajaré para ti. Yo tengo demasiado que hacer para...

—Ni hablar. Yo he llevado las conversaciones con su padre. Te toca a ti cargar con este marrón.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Cuando compruebe los buenos que son nuestros motores, me importará un pepino que la echés a la calle. Pero mientras tanto, tienes una nueva ayudante.

—¿Ayudante?

—Como es nueva y no tiene ni idea de qué va nuestra empresa, creo que el mejor puesto para ella.

Rob le miró con malicia. —
Una ayudante. Puedo ordenarle lo

que me dé la gana, ¿verdad?

Larry se echó a reír. —Lo que quieras. De eso se trata. ¿A que ahora no ves tan mal tener una esclava para ti solo?

—Eres un amigo.

—Pero no te distraigas, que quiero que trabajes en la nueva propulsión.

—Tranquilo. Eso está casi listo. —Miró de reojo a la del vestido negro. —¿Y está buena?

—Ah, no. Por ahí no vayas, que como acabemos mal con Tanner, nos dará mala fama.

—¡Sólo he preguntado si está buena!

—¡Como si es la mismísima Elizabeth Taylor! Te lo advierto, no la cagues —dijo fulminándolo con sus ojos castaños—. Hablo en serio. Esto son negocios.

Rob asintió. —Tranquilo. Putearé a la princesita, pero no me la tiraré.

—Eso es lo que tienes que hacer. Si se larga ella porque el trabajo no le guste, ya no será problema nuestro.

—Déjame lo a mí —dijo

malicioso—. Esa no sabe dónde se ha metido.

—Perfecto. —Larry sonrió y cogió su botellín. —Brindemos por el nuevo contrato. Tres millones de dólares hay que celebrarlos.

—Al fin estamos realmente en las ligas mayores, amigo. Felicidades. —Chocó su botellín con él, sin dejar de mirar a la rubia del vestido negro, que ya estaba a punto.

—¿Estás nerviosa? —

preguntó su hermana mirándola preocupada al ver que estaba más pálida de lo normal.

—¿Yo? —Negó haciéndose la fuerte antes de salir corriendo hacia el baño de su habitación y echar el desayuno. Eran las siete de la mañana y no había dormido nada desde que hacía dos días le había comunicado su padre que empezaba a trabajar para dos ingenieros que tenían un brillante futuro. Según Internet, Callaghan y Prescott Ingenierías se dedicaba a la creación de motores y piezas de propulsión. Su padre acababa de

pedirles seis motores para su nuevo modelo de avioneta. Eran prototipos, pero si salía bien, sabía que esos ingenieros se iban a hacer ricos, porque la empresa de su padre vendía aviones a todo el mundo y sería un negocio redondo para todos.

Por eso la habían contratado, porque su padre les había presionado. Suspirando se miró al espejo y gimió porque sus rizos castaños estaban algo sudorosos por la zona de la frente. —¿Llamo al médico? —preguntó Sheila, su hermana de catorce años.

—No estoy bien. —Se lavó la cara, haciendo desaparecer el poco maquillaje que llevaba, y se pasó la toalla, tirándola sobre el lavabo al terminar. —Es sólo que estoy algo inquieta.

—Estás cagada.

—¡Niña!

—Eso te pasa por mirar en Internet para quién ibas a trabajar. Si hubiera sido sorpresa...

—Sí, sería perfecto. Le vomitaría en los zapatos. —Se pasó la mano por su traje de chaqueta negro. Gimió al ver una mancha de

agua en la blusa. Al menos esperaba que no fuera leche de los cereales, porque eso no se quitaría.

Su hermana de dieciocho años, pasó por el pasillo metiendo la cabeza en la habitación. —Papá pregunta si ya has encontrado apartamento.

—¡Qué ganas de echarme! — dijo indignada saliendo al pasillo y gritando a la habitación del fondo —¡Si ni siquiera sé lo que voy a cobrar! —Sus hermanas se echaron a reír. —Sí, reíros. Para lo que os queda...

Sara metió la cuchara en el

bol antes de meterse los cereales en la boca mirándola de arriba abajo. —Esos zapatos te hacen los tobillos gordos.

Gimió entrando en su habitación y cerrando la puerta de golpe. —¡Sólo me entiende Peter!

—¿Por qué no vives con él? —preguntó su hermana desde el pasillo.

—¡Eso es trampa! —gritó su padre desde su habitación—. ¡Shandra, espero que estés preparada, porque me voy a la ciudad en media hora!

Gimió mirando la maleta y susurró —No pasa nada. Ese trabajo está chupado. Sólo tienes que hacer lo que te digan, buscar apartamento y empezar a vivir tu vida.

—¡Eso! —dijo Sheila desde el otro lado.

Furiosa abrió la puerta para verse a sí misma con diez años menos y no pudo evitar sonreír porque su hermana la iba a echar mucho de menos y se lo notaba en sus ojos verdes. Se agachó y la abrazó con fuerza. —Estoy sólo a una hora de camino y vendré los

fines de semana.

—Ni hablar —dijo su padre—. Al menos los tres primeros meses. ¡Independencia!

Puso los ojos en blanco y se separó de su hermana para acariciarle la mejilla. —Te quiero. —Y dijo más alto —¡Y no puede impedir que me llames por teléfono!

—Te llamaré todos los días. ¡Diez veces!

Su madre se echó a reír y caminó por el pasillo hasta llegar hasta ellas atándose la bata de seda

amarilla que llevaba. —¿Estás lista? —Gimió suplicando a su madre con la mirada. —Ah, no. Ya lo hemos hablado.

—Puedo encontrar otra cosa.

—Ya hablaremos de eso en un par de meses. Tu padre quiere que estés en una empresa segura hasta que te amoldes a la situación. Después podrás hacer lo que te dé la gana como tu hermano.

—Dos meses. No sé si podré soportar a Rob Callaghan dos meses —dijo con rabia.

—Seguro que ni se acuerda

de ti —dijo su hermana en su inocencia tensándola de nuevo.

—Cariño, vete a desayunar que vas a perder el autobús. — Empujó a su hija suavemente por los hombros hacia las escaleras y entró en la habitación cerrando la puerta tras ella. —Eso pasó hace años y seguro que no se acuerda de ti.

—¡Encima no se acordará, porque es un insensible de primera!

—Cariño, si tenías quince años.

—Una edad muy mala para

decirle a una adolescente sus defectos. —Su madre reprimió una sonrisa. —¡No tiene gracia! Me dijo delante de todos que tenía un grano. Él tenía muchos más años que yo y sólo quería hacerse el gracioso.

—Tonterías de juventud.

—¡Se me infectó y me quedó cicatriz! —Abrió los ojos como platos. —Es el diablo.

Las carcajadas de su madre se escucharon en toda la casa.

—Mamá, no tiene gracia. — Se sentó sobre la cama que acababa

de hacer y su madre sonrió sabiendo perfectamente lo que le ocurría a su hija.

Se sentó a su lado. —Estás asustada por salir del nido y ha sido una casualidad increíble que tu padre te buscara trabajo con tu antiguo monitor de campamento. Según recuerdo, lo hacía para pagarse la universidad, ¿no es cierto?

—Sí. Y me torturó durante dos meses. Me hacía correr todos los días para que bajara esos kilos que me sobraban.

—Recuerdo que volviste

morena y preciosa. Y desde entonces corres todos los días.

—Para huir de las pesadillas.

—La miró con esperanza. —¿Crees que me reconocerá?

—¡Claro que no! ¿Cómo te va a reconocer después de tantos años? Te has convertido en una mujer preciosa y no eres aquella desgarrada adolescente con granos en la cara y ortodoncia. —La miró a los ojos. —Además, eres una profesional en lo tuyo. No será problema ser su secretaria durante dos meses. Esto no es nada para ti.

Asintió apretándose las

manos. —Tienes razón. —Se levantó cogió su bolso y su maleta, tirando de su trolley hacia la salida. —No podrá conmigo.

—Esa es mi niña.

La acompañó hasta abajo y dejando la maleta en el hall, fue hasta la cocina donde su padre estaba sentado a la mesa leyendo el periódico mientras bebía su taza de café.

—Estoy lista.

Su padre la miró y sonrió antes de beber de su café de nuevo. —Hoy es un día grandioso. Una

menos. Sólo nos quedan dos.

Dejó caer los hombros exasperada mientras miraba a su madre que se echaba a reír. —Sois los peores padres del mundo. —Su madre la besó en la mejilla antes de ir hacia su marido y darle un beso en los labios.

—Serás malo. —Divertida fue a servirse una taza de café y dijo —Cariño, ¿esta noche tenemos esa cena con el jefe de Shandra?

Su hermana sentada ante su padre se rió por lo bajo casi saliéndosele la leche por la nariz. —Tendremos noticias de su primer

día.

—Cierra la boca, enana.
Papá, ¿y este marcaje?

—No es marcaje, cariño. Son negocios —dijo leyendo algo que debía ser muy interesante. Cerró el periódico y se levantó—. Bueno, ha llegado la hora.

Triste miró a su madre y a su hermana Sheila antes de gritar —
¡Sara, me largo!

—Te veo el fin de semana, si papá te deja venir.

—Menuda despedida.

Su madre se echó a reír

abriendo los brazos y achuchándola un rato. —Vamos, vamos —dijo su padre—. Que al final no se va y eso no puede ser, Liss.

—Un ratito más —dijo su madre. Sheila se acercó y las abrazó a las dos.

Cuando se apartaron, las tres tenían los ojos llenos de lágrimas y escucharon bajar a su hermana por la escalera a toda prisa. Sara la abrazó y la besó en la mejilla, apartándose para salir corriendo de nuevo. Liss sonrió. —Igualita que su padre.

—No montamos dramas. Eso

es todo. —Su padre la cogió por los hombros. —¿Lista para tu nueva vida?

—¿Tengo otro remedio?

—No.

—Pues vamos a ello.

Con su maleta y su bolso en la mano, miró el edificio del Soho donde estaban las oficinas en las que trabajaría durante los próximos dos meses. Era de ladrillo rojo y parecía una antigua fábrica, pero por el letrero que había en el

exterior, no se había equivocado de dirección al decírsela al taxista. Su padre la había dejado en medio de la ciudad y le había dicho —Este es tu punto de partida. Buena suerte, cariño.

El chófer le abrió la puerta y parpadeó asombrada. —¿No me llevas hasta allí?

—Llego tarde a una reunión. —La besó en la mejilla. —Buena suerte. Y conoces las reglas. Cúmplelas.

Gruñendo salió del coche y cogió su maleta sonriendo a Charles, que se la tendía. Se iba a

dar la vuelta, cuando su padre cerró la puerta del coche como si temiera que se metiera de nuevo. Jadeó indignada por la prisa que tenía en deshacerse de ella.

—Dos meses —siseó mirando el edificio. Se había dado ese plazo porque no pensaba quedarse allí ni un día más. El portero le abrió la puerta y Shandra sonrió—. Buenos días.

—Buenos días, señorita. Creo que se ha equivocado. Aquí no hay apartamentos.

—Oh, no. Es mi primer día de trabajo —dijo viendo pasar a

dos tipos vestidos en vaqueros—. El apartamento lo tengo que encontrar después.

—Ah. ¿Y a quién quiere ver?

—Al señor Callaghan o al señor Prescott. —Una mujer de traje azul tropezó con su maleta al pasar. —Oh, lo siento.

La fulminó con la mirada antes de ir hacia los ascensores y sonrojada miró al portero. —¿Qué piso?

—El último. Allí están los jefes.

—Gracias.

—¿Quiere dejar aquí la maleta?

Sonrió agradecida. —Me haría un favor enorme.

—No se preocupe. Cuando baje, se la entregaré.

—Gracias.

Fue hasta el ascensor y un hombre con traje y otro vestido de sport discutían con mucha pasión sobre ciertos cables de conexión. Ella intentó enterarse de algo, pero como si hablaran en chino. Uff, aquel trabajo iba a ser más complicado de lo que se pensaba al

principio. Los tipos se bajaron en el tercero sin mirarla siquiera y sonrojada por los nervios y porque parecía invisible, se miró el traje. Al ver que se le había arrugado la falda por el viaje, pasó las manos varias veces. —Estupendo. ¡Estás hecha una pena!

El click del ascensor la sobresaltó y miró hacia las puertas abiertas. Se notaba que las paredes de ladrillo rojo habían sido restauradas recientemente. Sacó la cabeza para mirar a su alrededor y se sonrojó al ver una especie de hall donde había una mujer detrás

de una mesa a la derecha y otra mujer en una mesa a la izquierda. Las mujeres la miraron con el ceño fruncido porque no salía del ascensor y volvió a entrar gimiendo de la vergüenza. Tomó aire y cuando iba a salir la puerta del ascensor se cerró enérgica, golpeándola en el brazo y tirándola sobre la moqueta azul. —¡Mierda!

—¿Se encuentra bien? —La mujer de su derecha se levantó a toda prisa y corrió hacia ella.

—Este ascensor... —dijo disimulando mientras se arrodillaba para levantarse.

—Si te pilla en medio, te llena de morados —dijo la mujer cogiéndola del brazo—. Se lo he dicho al jefe mil veces.

—¿Y él qué responde?

—Que para eso están los sensores. —Chasqueó la lengua y la incorporó. La otra mujer la miraba desde el escritorio con el ceño fruncido y Shandra la reconoció como a la que había golpeado con la maleta. No le extrañaba que no se levantara.

Se volvió hacia su salvadora y sonrió extendiendo la mano. —
Hola, soy Shandra Tanner.

La mujer que debía tener cincuenta y tantos, entrecerró sus ojos azules algo confundida extendiendo su mano. —Mucho gusto, Shandra. Yo soy Terry Smith. ¿Tenías cita con alguien de esta planta? No te tengo en la agenda.

Ella se echó a reír. —¡Oh, no! ¡Empiezo a trabajar hoy!

Terry perdió la sonrisa de golpe y miró a la mujer del traje azul, que se levantó de inmediato. —¿Cómo que empiezas a trabajar hoy? ¿Quién te ha contratado? ¿Nos van a echar?

Se sonrojó intensamente por

lo agresiva que era esa mujer. —No creo. —Se preocupó por las consecuencias que había tenido la presión de su padre en esa empresa. Esperaba que no echaran a nadie por su culpa. No pensaba quedarse mucho tiempo y le parecería injusto.

—¿Cómo que no crees?

—Rose, se ve a la legua que ella no sabe nada sobre eso —dijo Terry preocupada—. Cuando lleguen los jefes, nos enteraremos.

Rose apretó los labios volviendo a su mesa y poniéndose a trabajar ignorándolas. —No te

preocupes. —Terry la cogió por los hombros y fue hasta su escritorio. —Enseguida nos enteraremos de lo que ocurre. Al jefe a veces se le olvidan ciertas cosas. Es lo que tienen los genios.

—¿Trabaja para el señor Prescott?

—No, trabajo para Robert Callaghan. —Sonrió al ver cómo gruñía. —Veo que su fama le precede.

Palideció mirándola. —Oh, no. ¡Si no le conozco! Su fama, quiero decir...

—Ya. —La miró de arriba abajo y entonces Shandra se dio cuenta que Terry vestía de una manera mucho más informal, con un vestido verde muy bonito y unos zapatos de medio tacón. ¡Y ella con traje de ejecutiva agresiva!

—El jefe llegará enseguida. Siéntate, por favor. —Le mostró unos sofás de piel azul, que debían ser la zona de espera que le correspondía a Callaghan, y se sentó porque la otra secretaria no la había invitado a sentarse al otro lado. Algo que ella hubiera deseado más que nada.

—Esto es enorme. —Miró la espaciosa sala y aquello sólo era el hall de dirección.

—A los jefes les gusta el espacio. Por eso eligieron la fábrica para su sede. —Terry sonrió con cariño. —Dicen que una fábrica es lo apropiado para unos ingenieros, en lugar de esas oficinas tan pijas de la zona cero.

—Sí, es perfecto. —Sonrió mirando un enorme marco con lo que parecían planos. —¿Qué es eso?

—El prototipo del primer motor que vendieron para un

Fórmula Uno.

Abrió los ojos como platos.
—¿En serio? Guau. ¿Se dedican a motores de coches de carreras?

—A todo lo que tenga motor.

Shandra pensó que entonces el negocio era redondo, porque todos los electrodomésticos tenían motor. —Posibilidades infinitas...

El click del ascensor la puso de pie de golpe y sujetando el bolso con ambas manos, miró hacia allí esperando a ver quién era. Un zapato negro de cordones, impecablemente brillante, le cortó

el aliento. Al que siguió a una pierna cubierta con un pantalón gris de vestir y cuando salió el resto del hombre, su corazón casi explota al ver esa cara que la había perseguido en sueños desde que era una adolescente. No había cambiado mucho. Su pelo rubio estaba más corto y parecía más maduro, pero seguía siendo guapísimo. Más incluso que cuando le conoció hacía años.

Robert hablaba por el móvil sin mirarla siquiera y cuando llegó a su altura, el aroma de su after-shave le subió la temperatura. Se

detuvo ante el escritorio de su secretaria y al darle la espalda Shandra se centró en su voz. —Sí, monada. Ha sido una noche increíble. —Shandra apretó los labios y clavó las uñas en su bolso de piel sin darse cuenta. Él se echó a reír erizándole la piel. — Repetiremos. No te preocupes por eso. —Vio que hacía un gesto a su secretaria con la mano como pidiéndole algo, pero Terry la señaló con el bolígrafo. Robert se volvió y la miró de arriba abajo sonrojándola. Pero cuando sus ojos volvieron a subir hasta llegar a los suyos, bajó el móvil lentamente

mirándola con la boca abierta mientras la tía del teléfono seguía hablando.

Sonrió débilmente sin desprender su mirada de sus ojos grises. —Hola, Robert.

—La hostia —siseó él antes de ponerse el teléfono al oído de nuevo—. Te llamo luego. —Colgó sin decir más y la señaló con el dedo. —¡A mi despacho!

—Jefe, dice que ...

—¡A mi despacho! —gritó furioso entrando en su despacho dejando la puerta abierta.

Terry la miró con los ojos como platos. —Pero si ni siquiera te has presentado...

Ella gruñó yendo hacia el despacho. ¿Que no iba a reconocerla? ¡No había tardado ni dos segundos!

Capítulo 2

Entró en el despacho con timidez y él gritó recorriendo el enorme despacho hasta su mesa. — ¡Cierra la puerta!

Lo hizo y cuando la cerró, se volvió intentando aparentar profesionalidad. Él se sentó en su sillón de cuero desabrochándose la

chaqueta del traje y la fulminó con la mirada. — ¡Lo sabía!

— ¿El qué?

— Que tu padre quería meterte aquí para ver si yo caía, ¿verdad?

— ¿Si caías?

Confusa se acercó al escritorio y cuando estaba a cuatro metros él gritó — ¡No te acerques más! — Se detuvo en seco y se sonrojó por cómo la miraba. — ¿Qué pasa? ¿Le has lloriqueado a tu padre para conseguir que te metiera aquí?

—¡No! ¿Por qué iba a hacer eso? —Estaba asombrada de que llegara a esa conclusión.

Con desconfianza respondió —¡Será porque cuando tenías catorce años babeabas por mí!

—¡Tenía quince! ¡Y no babeaba! —Se puso de un rojo intenso porque él pensara eso.

—¡Menuda casualidad! ¿No crees, ranita?

Jadeó indignada. ¡Nadie la llamaba así desde aquel asqueroso campamento!

—¡Me llamo Shandra!

Él sonrió malicioso y supo que estaba perdida los próximos dos meses. —Puesto que yo te bauticé con ese mote, seguiré con él. ¿Has aprendido a nadar?

—¡Sabía nadar! ¡No me esperaba que me tiraran al embarcadero!

—Ya. —Chasqueó la lengua. —Eras una patosa. Te caíste.

Aquello era el colmo. ¿Por qué tenía que pasar por aquello cuando era una licenciada cualificada? Iban a ser los dos meses más largos de su vida. ¡De nuevo!

—Me tiraron —siseó
apretando los puños—. Ahora si me
dices cuál es mi trabajo...

Robert entrecerró los ojos.
—Tu trabajo. —Tomó aire como si
se resignara a tenerla allí. —Serás
mi ayudante.

Gimió por su mala suerte. —
¿Tu socio no necesita una ayudante?

—La tiene en casa.

—Ah.

¿Y eso qué coño quería
decir?

Robert reprimió una sonrisa.
—Harás todo lo que yo te diga. —

La miró malicioso. —Mira, como en el campamento. ¿Me echaste de menos después?

—Como a un grano en el trasero.

—Hablando de traseros. Veo que el tuyo está mucho mejor que la última vez. ¿Sigues corriendo?

—No —mintió descaradamente.

—Pues mañana empiezas de nuevo. A las siete de la mañana.

—¿Pero no entro a las nueve?

—¡Yo salgo a las siete y tú también! —ordenó levantándose de

su silla—. A partir de ahora estás a mi disposición, ¿me has entendido?

—¿Por qué tengo que correr?

—Incrédula vio cómo se acercaba a ella quedándose a un paso.

—¿Te vas a comportar como una niña de papá o vas a hacer tu trabajo? Creo que esta noche tengo una cena con él. Si no quieres continuar...

—A las siete —dijo con rabia.

Él sonrió. —Perfecto. —Se volvió diciendo —Tráeme el desayuno. No he tenido tiempo a

desayunar en casa.

—¿Y mi mesa?

—No me molestes con esas cosas. —Se sentó de nuevo. —
Arréglatelas.

Ella se volvió gimiendo por dentro y entonces se dio cuenta de todo lo que tenía a su alrededor. Había unas veinte mesas arrimadas a la pared, llenas de proyectos en distintas fases. Una de ellas tenía encima un motor, que debía ser el de un prototipo. Estaba claro que ese hombre debía tener muchísimo trabajo, así que ella podía ser útil. Más tranquila salió sonriendo a

Terry, que levantó la vista del ordenador. —¿Bien? ¿Qué te ha dicho?

—Soy su nueva ayudante.

—Ya era hora. —Sonrió encantada. —Bienvenida a la empresa.

—Vale, ahora necesito una mesa y él quiere su desayuno. —Sacó su móvil y Terry entrecerró los ojos. —Chupado.

—¿A quién llamas?

—A una amiga.

—Ah... —La observó pedir un desayuno completo y dar la

dirección de la empresa. Después se acercó a su escritorio. —¿La mesa se la pido a mantenimiento? ¿No tendrás por ahí el número?

Terry sonrió levantando el teléfono. —Me encargo yo. Regalo de bienvenida.

—Gracias, eres un amor.

Veinte minutos después subían su mesa, que no estaba precisamente en muy buen estado. —Lo siento, señorita —dijo el de mantenimiento—. Está algo coja, pero lo arreglaremos colocando algo debajo.

Asombrada vio como miraba a su alrededor y Terry le tendía un libro de ingeniería. Lo colocó debajo y se limpió las manos satisfecho. —Ahora le subo un teléfono y todo lo demás.

—Gracias —susurró mirando la pata más corta que las demás. Estaba claro que no estaban preparados para su llegada.

—¡Shandra! —gritó el jefe desde dentro del despacho—. ¿Dónde está mi desayuno?

Ella corrió hacia la puerta y la abrió para meter la cabeza. — Debe estar de camino.

—¡Apunta!

Le miró horrorizada porque no tenía con qué, pero él mirando unos papeles sobre la mesa dijo — Vete a buscar mis trajes a la tintorería, prepara la cena con tu padre de esta noche y reserva entradas para la Ópera para mañana. Para cuatro. Vete a mi apartamento y prepárame el traje de la cena. Encárgate de que la camisa esté impecable, no como la tuya, y revisa la nevera para que haya de todo. Y el mueble bar. Ayer no había champán.

Menuda tragedia.

—Vete a Tiffany y recoge mi encargo. Después vete a Hermès y pide un cinturón para mí. Ya saben lo que me gusta. Cuando termines...

—Ella le miró con esperanza que fuera lo último. —Coge el coche y llévalo al mecánico. Que revise los frenos. Después llévalo a lavar.

—¿Algo más? —Deseó que no dijera que sí, porque temía no recordar la mitad. Abrió los ojos horrorizada cuando siguió diciendo cosas que debía hacer y todo en ese día. Hasta tenía que comprar unas sábanas de seda en color blanco. Sólo imaginar ese cuerpo metido

entre las sábanas, le hizo perder el hilo de la conversación y se puso como un tomate.

—¿Dónde está mi desayuno?

—gritó levantando la vista de los papeles.

—Voy a ver. —Salió del despacho y sacó el móvil a toda prisa. Volvió a llamar al catering de su amiga.

—Dulces y Sonrisas.

—¿Dónde está el desayuno de mi jefe?

—¿Shandra?

—¡Sí!

—¿No era para mañana?

—¡No!

—Sólo realizamos pedidos de un día para otro.

Gimió colgando el teléfono y miró a Terry que suspiró levantando el auricular. —Huye antes de que se entere.

—Gracias, eres la mejor. — Cogió su bolso y salió a toda pastilla, pero volvió corriendo para coger las llaves del piso de Robert que su secretaria le tendía. —¿La dirección?

Se la escribió en un papel

mientras pedía un desayuno digno de un rey. Menos mal que corría, porque su jefe lo iba a necesitar. Cogió el papel y se volvió para irse, pero recordó que no tenía tarjeta de crédito de empresa. Se volvió y allí estaba. —Te quiero. —Gimió antes de salir corriendo.

Fue una mañana frenética y cuando salía de una de las tiendas con las sábanas en una bolsa, repasó la lista mentalmente intentando recordarlo todo. Había decidido hacer las compras

primero para dejarlo todo en el apartamento de Robert, pero no tenía manos. Resignada a hacer otro viaje, se subió en el metro para ir en dirección de la zona alta de la ciudad. El piso en el edificio Dakota no le extrañó. —Tenía que vivir en el edificio maldito de Nueva York.

Al llegar al décimo piso, entró con los pelos de punta recordando las imágenes de la Semilla del diablo. Levantó las cejas al ver un apartamento moderno y muy luminoso, impecablemente decorado. Los

muebles eran elegantes y modernos. Lo que le encantó fue el increíble sofá en piel marrón, con una chaise longue que parecía una cama ante un televisor gigantesco. —Aquí ve los partidos.

—Perdone, ¿pero quién es usted?

Gritó asustada dejando caer las bolsas y gimió esperando que lo que había comprado en Tiffany no fuera delicado. Vio a una mujer en ropa interior negra mirándola como si fuera un insecto. —Soy la ayudante del señor Callaghan.

La rubia la miró de arriba

abajo y chasqueó la lengua cruzándose de brazos. —Miente. Robert no tiene ayudante, ni asistente, ni nada por el estilo. Me tiene a mí.

Ay madre... —¿Es usted su asistente?

—¿Tengo pinta de asistente?
—Se puso una mano a la cintura mostrando su cuerpo, que era de infarto.

—No le voy a decir la pinta que tiene —dijo sin poder evitarlo.

La mujer jadeó. —¡Fuera de esta casa!

—Si no le importa, voy a continuar con mi trabajo. ¡Sea usted quien sea!

—¡Soy su vecina!

—¿Con servicio a domicilio?

—Se agachó a recoger las cosas y gritó cuando aquella chiflada se le echó encima, tirándola al suelo y agarrándola de los pelos. — ¡Suélteme, loca!

La tía tenía fuerza y se le colocó encima arañándola en la mejilla. Asustada le arreó un tortazo y la chiflada gritó como si la estuvieran matando, antes de golpearla con fuerza. Golpeándose

la una a la otra, intentó quitársela de encima y rodaron sobre el suelo de mármol. Gritó cuando sintió como se rasgaba su chaqueta y cuando la mujer desapareció de repente, se sentó con la respiración agitada antes de mirar hacia arriba y ver al portero observarlas como si estuvieran locas.

—¡Ha sido ella!

—Señora Schubert, es la asistente del señor Callaghan. ¿Qué ocurre aquí?

¡Encima estaba casada!

—¡Estaba robando! ¡La

escuché entrar y la seguí!

—¿En ropa interior?

Los dos la miraron y la mujer se sonrojó antes de salir corriendo del apartamento y a propósito tiró una lámpara de pie en su huida que se hizo añicos. Gimió porque debía costar una fortuna. El jefe le echaría la culpa a ella seguramente. Como siempre.

El portero extendió la mano.
—Déjeme ayudarla.

—¡Esa mujer está loca! —
Gimió cuando se vio la chaqueta que tenía una solapa desgarrada.

—Eso mismo dice su marido.

—La miró de arriba abajo. —Se le han roto las medias.

—¡Espero que el seguro médico sea bueno en este trabajo!

El portero se echó a reír. — Soy Brian.

—Shandra.

—Espero verla a menudo. — Le guiñó un ojo dejándola de piedra y salió del apartamento.

Vaya día más raro que llevaba.

Ignorando su aspecto, cogió las bolsas y buscó la habitación de

su jefe. ¡Tenía una cama donde cabían seis! —Mierda. Tengo que devolver las sábanas.

¿Dónde iba a encontrar sábanas de seda de ese tamaño? Podía llamar a su madre, que seguro que lo sabía, pero eso transgredía las reglas.

Después de sacar un traje azul oscuro y una corbata azul cobalto, escogió una camisa blanca. Lo colocó todo sobre la cama y después fue hasta la cocina, que parecía sacada de una revista de decoración, para revisar la nevera de puerta doble y después el

mueble bar.

Se quitó la chaqueta y fue hasta el supermercado, esta vez con una lista en la mano. Compró todo lo que necesitaba. La de la caja la miró con desconfianza, pero cuando entregó la Visa platinum, sonrió radiante antes de alejarse para hacer una consulta. Distraída miró el móvil y cuando la cogieron de los brazos se sobresaltó. — ¿Qué...?

—Venga con nosotros —dijo uno de los de seguridad.

—¿Por qué? —Sin responder, la arrastraron hasta un cuarto donde

la sentaron a la fuerza. —¿Qué ocurre?

—Ha robado la tarjeta, ¿verdad?

—¿Qué? ¡No! ¡Es la tarjeta de la empresa!

—Se ve a la legua que la ha robado —dijo uno—. Llama a la policía. Debe haber agredido a alguien. Mírala.

Alucinada vio como el otro guardia de seguridad hablaba por la radio que llevaba en el hombro pidiendo refuerzos. Shandra intentó explicarse, pero les entraba por un

oído y les salía por el otro. Cuando entró un hombre con traje, seguido de dos policías de uniforme, ella estaba tan indignada que no hacía más que hablar a gritos —¡Y devuélvame mi bolso!

—Aquí no hay nada.

—¿Qué iba haber? —Miró a los policías. —Les juro que yo no he hecho nada. Llamen a la empresa y pregunten si trabajo allí o no.

El policía sonrió. —Ya lo hemos hecho, señorita. No trabaja allí.

—¡He empezado hoy! Seguro

que es por eso. Han hablado con alguien que aún no me conoce. Si llamaran a mi jefe...

—Dese la vuelta.

—¿Por qué? —preguntó con desconfianza.

—¡Dese la vuelta! —La giraron y casi se echa a llorar cuando le pusieron las esposas. —Queda detenida. Tiene derecho a mantenerse en silencio, tiene derecho a un abogado y cualquier cosa que diga... —Mientras le leían sus derechos, se le pasó por la cabeza que su vida volvía a ser un infierno por culpa de Robert

Callaghan.

Capítulo 3

Dos horas después abrieron su celda y una agente de uniforme le hizo una seña para que saliera. — Ya se ha aclarado todo. Siento el malentendido.

—¡Lo siente! ¡Me han detenido! ¿Cómo que lo siente? ¡Deberían asegurarse antes de hacer algo así!

—La secretaria del señor

Callaghan ha aclarado el asunto. —
Le entregó el bolso y ella se lo
arrebató furiosa. —Buenos días.

Asombrada vio cómo se iba
por el pasillo como si no hubiera
pasado nada. Increíble. La siguió
con ganas de matar a alguien y la
subió en un ascensor del que salió a
toda prisa en cuanto se abrieron las
puertas. Con una rabia infinita,
volvió al mismo supermercado e
hizo la compra de nuevo.
Fulminando a la chica con la
mirada, entregó la maldita tarjeta y
la chica sonrió de oreja a oreja. —
Como me digas que vienes ahora, te

meto una demanda que te cagas.

La chica perdió la sonrisa y pasó la tarjeta sin decir ni pío. Llevó la compra hasta el apartamento y lo colocó todo. Estaba bajando en el ascensor de nuevo, cuando recordó la cena con su padre. Su estómago gruñó de hambre, pero lo primero era lo primero. Sacó el móvil para llamar al restaurante que a sus padres más les gustaba e hizo la reserva. ¿Para cuántas personas le había dicho? Al final hizo la reserva para cuatro, por si acaso iba su socio también.

Al fin encontró las dichasas

sábanas y salió de la tienda contenta por haber terminado. Al mirar el reloj que su madre le había regalado en Navidades, vio que eran las cuatro y media. Había sobrevivido a su primer día. Decidió coger el metro para volver a la oficina, aunque no estaba demasiado lejos, y pasó la tarjeta por el lector. Bajó las escaleras y un chico bajó corriendo a su lado, enganchándose el monopatín que llevaba en la bolsa de las sábanas y tirando de ella los tres escalones que faltaban. Casi se pega una leche de primera si no llega a ser porque el chaval la agarró del brazo en el

último momento, pero retorció el tobillo rompiendo el tacón. Gimió mirando hacia abajo.

—¿Se encuentra bien? Perdone, fue sin querer —dijo el chico preocupado mirando sus pies.

Al mirarle a la cara le hubiera pegado cuatro gritos, pero al darse cuenta que no lo había hecho a propósito, sonrió agotada.
—No pasa nada.

—Pero se le ha roto el zapato y tienen pinta de ser carísimos.

—De verdad. No te preocupes. Estoy bien. Gracias por

cogerme.

—Lo siento. —Se fue mirándola sobre su hombro y ella caminó cojeando hasta el andén. Aquello era estupendo. Ahora sí que parecía una loca.

Cuando llegó a la oficina el portero la detuvo en la puerta. —Disculpe, ¿a dónde cree que va?

Asombrada le miró y se dio cuenta que no era el mismo que el por la mañana. —A ver al jefe.

—¿Tiene cita?

—¡Soy su asistente! —dijo a punto de perder los nervios—.

¡Llama a Terry!

El tipo entrecerró los ojos y se acercó a la recepción cogiendo el teléfono. Después de hablar con Terry sin quitarle el ojo de encima, hizo una mueca y exasperada fue hasta el ascensor arrastrando la bolsa de los trajes que acababa de recoger. Cuando llegó arriba, las secretarias la miraron con la boca abierta sin moverse del sitio y ella fue hasta la puerta de Robert tomando aire, dándose valor para soportar esa conversación, cojeando, con las medias rotas y totalmente despeinada. Eso sin

mencionar el arañazo que tenía en la mejilla y su camisa desgarrada en el hombro que ni había visto.

Llamó al despacho y abrió la puerta sin esperar respuesta. Robert levantó la vista de lo que estaba haciendo y al verla levantó una ceja observándola arrastrar los pies hasta delante de su escritorio. — ¿Un día duro?

—Ya he terminado.

Él se levantó divertido rodeando su escritorio y mirándola de arriba abajo. — ¿Esos son mis trajes?

—Sí. —Levantó los trajes y casi chilló del susto al ver los bajos sucios. —No los necesitas para hoy, ¿verdad?

—¡Vuelve a llevarlos ahora mismo! ¡Y no los arrastres! —Resignada se volvió. —¡Y espero que no vuelva a pasar!

—No.

—¿No qué?

—¿No, señor?

Él entrecerró los ojos. —
¿Has reservado la mesa?

—En el Il Trovatore a las siete —respondió agotada

pasándose la mano por la frente.

Su jefe gruñó levantándole la barbilla. —¿Qué coño te ha pasado? —Frunció el ceño. —¿Eso es un arañazo?

—Me encontré con tu vecina.

—Ah —dijo como si así lo entendiera todo. Miró hacia abajo y reprimió la risa—. ¿Te has peleado con la vecina?

—¡Me ha atacado! ¡Y después me han detenido por robar tu tarjeta de crédito! —dijo furiosa—. ¡Y después casi me rompo la crisma en el metro!

—Un día completito.

—¡Ya era completito cuando te vi la cara!

Él la miró fríamente. —Eso te lo voy a perdonar porque te veo un poco de los nervios. Lleva mis trajes al tinte y mañana te quiero a las siete en punto en mi portal para salir a correr.

¡Aquel tío era un maniaco! —
¿Qué? Tengo que buscar piso y...

—No me cuentes tu vida —
dijo ignorándola y yendo hacia su mesa—. ¿Al menos me has llenado la nevera?

—¡Sí, señor!

—¿Y todo lo demás?

—Todo listo.

—Espero que el cinturón de Hermès sea de mi talla. —Ella gimió dándose por vencida. —¿Te has olvidado? ¡Lo quería para mañana!

—¡Sí, igual los veinte que tienes en el armario, desaparecen misteriosamente!

—¡Al menos habrás sacado las entradas para la Ópera! —Shandra se quedó en blanco a punto de echarse a llorar. —¡Oh,

desaparece de mi vista! ¡No has madurado nada en diez años! — Furioso levantó el auricular y ella salió del despacho a toda prisa.

Terry preocupada se levantó de su asiento. Hasta la secretaria de Larry se levantó mirándola sin abrir la boca. —¿Estás bien?

Miró a Terry. —Es que he tenido un día algo duro.

—Eso lo ve cualquiera, guapa —dijo Rose mirándole las piernas.

—Me tengo que ir a...

—Siéntate un momento para

descansar. Pareces a punto de derrumbarte.

—Estoy bien. Todavía tengo que buscar piso y...

—¿No tienes donde vivir? ¿En Nueva York? —preguntó Rose como si fuera estúpida.

—He llegado hoy —susurró dejando caer los trajes en el suelo sin importarle un pito que se estropearan más.

—¿Sabes lo difícil que es encontrar piso en Manhattan? — Terry le entregó un vaso de agua, que bebió a toda prisa sedienta.

—Es difícil si no tienes dinero. Pero ella lo tiene —dijo Rose con mala leche.

—Sólo tengo mil dólares. — Las dos la miraron con los ojos como platos. —Hasta que cobre, claro.

—¿Tienes mil dólares para pasar todo el mes?

—¿Es poco? Es el dinero que mi padre tuvo al empezar y...

—¡Eso sería hace treinta años! —protestó Rose—. ¡Mi alquiler ya son mil setecientos!

Parpadeó mirándola. —

Bromeas.

—Tendrás que compartir piso
—dijo Terry preocupada—.
Déjame pensar...

—¿Y un hostel?

—No podrá comer. —Hasta
Rose la miró preocupada. —Estás
muy perdida. Pídeles dinero a tus
padres o te va a ir fatal hasta que
cobres.

—No puedo. Es la regla
principal. —Se levantó suspirando.
—Seguro que encontraré algo.

Las chicas la vieron ir hacia
el ascensor y Terry miró a Rose,

que se tensó de inmediato. —Ni hablar.

—Tú tienes una habitación de sobra.

—Lo que me faltaba. Bastante tengo con mi gato.

—Es hasta que cobre. Se lo dejas claro y te llevarás algo de dinero este mes. ¿No querías comprarte ese vestido carísimo? Ahí lo tienes.

Rose miró a Shandra y suspiró caminando hacia ella. — Novata.

Shandra se volvió y Rose se

puso ante ella con las manos en las caderas. —Sólo un mes. Me pagarás setecientos y no incluye la comida.

Los ojos de Shandra se llenaron de lágrimas y sorprendiéndola se tiró sobre ella para abrazarla. —Gracias. Gracias. Ni te enterarás de que estoy allí, te lo prometo.

Rose forzó una sonrisa y le dio una palmadita en la espalda. —Ya está. —Se apartó y le susurró —Necesitas una ducha.

—¡Eres estupenda! No sé cómo agradecértelo. —Entró en el

ascensor. —Voy al tinte y vuelvo para que me enseñes dónde es. Ni te enterarás de que estoy allí. Soy muy silenciosa.

—No sé por qué, pero lo dudo. —Suspiró girándose para ir hacia su mesa mientras Terry reía por lo bajo.

Cuando se cerraron las puertas Terry le dijo —En el fondo tienes un corazón de oro.

—Ya tengo a alguien para que me limpie la casa el próximo mes —dijo encantada dejándola de piedra.

—¡No seas bruja! ¡Te va a pagar!

—Pero no es la mitad del alquiler que tengo que pagar. Así lo compensa. Con trabajo.

Terry se sentó tras su sitio molesta y miró hacia la puerta del despacho, donde su jefe salía con una sonrisa en los labios y se cruzaba de brazos divertido. —¿Lo has escuchado todo? —Al verle a punto de reír, dijo sin poder evitarlo —Menudas sanguijuelas. Hasta la sangre le vais a quitar a la pobre chica.

—Eso le pasa por lloriquear

un trabajo a su padre —dijo divertido yendo a por un café mientras Rose reía por lo bajo—. ¿Sabéis que la conocía?

—Me lo imaginaba —dijo Terry levantándose con interés en la historia—. ¿De qué la conocías?

—Era una de mis alumnas en el campamento de verano al que iba de monitor en mi época de la universidad. —Se echó a reír. — Teníais que verla, era patética. Siempre estaba semi escondida y no se relacionaba con nadie. Tenía espinillas y una ortodoncia de esas que te rodean la cara. Además, era

muy torpe. No se le daba bien ningún deporte. Y nadaba como un perrito. Casi se me ahoga en el embarcadero un día que los chicos quisieron gastarle una broma. Desde que tuve que sacarla del agua, la llamaba ranita y se convirtió en ranita para todos.

Terry perdió la sonrisa. —
Pobre chica.

—Cómo le puse las pilas.
Cuando volvió a su casa, no la reconocía ni el chofer.

—¿No me digas?

—La hacía correr todas las

mañanas una hora. Casi se me muere el primer día. Le dio una lipotimia y terminó en el hospital, pero al día siguiente allí la tenía de nuevo. Estaba loquita por mí y hubiera hecho cualquier cosa por pasar conmigo una hora a solas. — Le guiñó un ojo. — Tenías que verla llorando cuando se fue del campamento.

Terry miró a Rose, que había perdido la sonrisa. — ¿Pero ella sabía que iba a trabajar para ti?

— ¡Claro que lo sabía! ¡Seguro que ha convencido a papá para que nos presione con el

contrato de las avionetas! Si cree que va a echarme el lazo, lo tiene claro. —Entró en su despacho mirando su reloj. —Joder, tengo que irme. He quedado con el viejo y todavía tengo que pasar por casa.

Terry apagó el ordenador y vio por el rabillo del ojo que Shandra estaba en el hueco de la escalera con los trajes en la mano y lágrimas en los ojos. Disimuló recogiendo su bolso sintiendo mucha pena por ella, mientras Shandra se volvía para bajar de nuevo por donde había subido.

Rose hacía lo mismo

pensativa y Terry se acercó hasta su mesa. —¿La has visto? —susurró mirando dentro de su bolso.

—Menudo cabrón.

—Shusss, como te oiga... — Asustada miró sobre su hombro. — No me imaginaba que en su juventud pudiera ser tan cruel. Pobre chica. No quiero ni pensar lo que sufrió esos dos meses con las burlas de su monitor. Seguro que eso animó a sus compañeros a meterse con ella. ¿Cómo no pudo darse cuenta de que le estaba haciendo daño?

—¡Si cree que le hizo un

favor! —dijo Rose furiosa—. Teníais que verla cuando se fue. No la reconocía ni el chofer —añadió con burla—. Seguro que la chica iba a correr para intentar congraciarse con él. Menuda mala suerte conseguir un trabajo aquí.

—Yo no querría ni verle y escucharle decir eso... No sé, me dio mucha pena.

—¿Sabes lo que sería la venganza perfecta? Que ese imbécil sin sentimientos se enamorara de ella. —Pulsó el botón.

Los ojos de Terry brillaron. —Sí que sería la venganza perfecta.

Babear por aquello de lo que te burlaste en el pasado.

—Se iba a enterar. Nuestra chica debería ponerle las pilas.

—¿Nuestra chica?

—Ahora es nuestra. Necesita protección. —Entraron en el ascensor. —Ese imbécil no sabe dónde se ha metido.

Terry asintió. —Quien se mete con nuestra chica, se mete con nosotras.

—Exacto.

Miraron las puertas como si fueran a la guerra. —¿Dónde crees

que estará Shandra? —preguntó Terry preocupada—. ¿Y para que habrá subido?

—Ni idea, pero seguro que está en el baño llorando a lágrima viva. La esperaré en el hall.

Allí estaba exactamente Shandra, llorando de vergüenza en el baño de la planta inferior. ¿Cómo podía hablar así de ella? Patética. La había llamado patética. Eso por no decir que la había llamado patosa, y se había burlado de su

aspecto.

Se pasó el pedazo de papel higiénico por los ojos sentada sobre la taza del váter y sorbió por la nariz. Al mirar el papel en su mano susurró —Sí que eres patética. Mírate.

Pero no era malo que supiera la opinión que tenía de ella. Había sido una suerte que nada más cerrarse las puertas del ascensor, se diera cuenta de que nadie tenía el número de su móvil. Se había bajado en la planta inferior y había subido por las escaleras sin esperar encontrarse con el discurso de su

jefe sobre lo patética que era.

Estaba clara su posición. Pensaba putearla todo lo posible, por haber lloriqueado a su padre ese maravilloso puesto al lado del hombre maravillas.

Sería creído. Gimió apoyando los codos en las rodillas y pasándose la mano por la cara. No podía negar que había sido su primer amor... pero ella no iba a buscarlo cuando tenía quince años. ¡El muy cabrito la había amenazado con llamar a sus padres para que fueran a buscarla si no corría todas las mañanas! Conociendo a su

padre, aquello no le hubiera gustado nada. Y se había levantado todos los días a las seis y media, cuando estaba de vacaciones, para correr a su lado. ¡Si ni siquiera le hablaba! ¡Estaba claro que era un presumido de primera! Volvió a gemir al recordar el día que se había ido del campamento. ¡A pesar de que estaba loca por él, lloraba de alegría porque se iba de aquel infierno! Estaba harta de las bromas de sus compañeros y de sus burlas. Recordó cómo se habían reído sus padres al oír su indignación al regresar, porque no podían llegar a creerse el infierno que había

pasado, cuando habían pagado una fortuna por sus dos meses de vacaciones en lo que llamaban el paraíso. Además, como le había recordado esa mañana su madre, estaba mucho más guapa al regresar. ¡Cómo no iba a estar guapa si el muy sádico la obligaba a hacer ejercicio a todas horas!

Todavía le recordaba requisándole las chucherías que había encontrado en su taquilla y mirarla con sus fríos ojos grises. — Esto vas a compensarlo con cinco kilómetros más mañana.

¿Compensarlo? ¡Si no las

había llegado a comer! Pero con él no se podía hablar. O se hacía lo que él decía o la castigaba limpiando los baños. ¡Ni que estuvieran en el ejército!

Cuando se enteró de que en el campamento estaban encantados con él, alucinó y solicitó que se la cambiara de grupo. Error. El monitor jefe se chivó y estuvo dos semanas haciendo turno en la cocina a la hora de la comida. — Para que aprendas que no siempre puedes salirte con la tuya —le había dicho. A partir de ahí decidió pasar su suplicio lo más

rápidamente posible sin resistirse, pero él no se relajó en absoluto. Le echaba la bronca si no corría lo bastante rápido detrás de una pelota o si su cama estaba mal hecha. Para él no hacía nada bien y estaba claro que en sus próximos dos meses iba a ocurrir lo mismo.

Se limpió las lágrimas y se levantó diciéndose que ya no tenía quince años. Era una mujer hecha y derecha que saldría adelante. Sólo eran dos meses de su vida. Nada más.

Capítulo 4

Cuando llegó al hall vio a Terry hablando con Rose y forzó una sonrisa acercándose. —Siento llegar tarde.

Rose la miró con sus ojos castaños y negó con la cabeza. —No pasa nada. No tengo nada que hacer. ¿Nos vamos?

—Oh, voy a por mi maleta y... —Sin terminar la frase, se

acercó al portero que estaba en la puerta mirándole el culo a una empleada que pasaba. —Perdona, ¿me das mi maleta?

—¿Su qué?

—Mi maleta. Se la di a tu compañero esta mañana para que me la guardara.

—¿Y dónde la ha puesto?

—¿No le ha dicho nada?

Las chicas se acercaron para escuchar.

—No. A mí nadie me ha dicho nada de una maleta. —Entrecerró los ojos. —¿No se la

habrá dado a uno que era nuevo?

—¿Yo qué sé si era nuevo o no? ¡Estaba aquí y vestía como usted! —Se empezó a temer lo peor. —¿Puede mirar si la ha dejado en algún sitio, por favor?

—¿Y dónde la iba a dejar?

—¡Le digo que no lo sé! ¡Sólo sé que le he dejado mi maleta!

—Espera un momento, Shandra —dijo Terry acercándose al portero—. Vamos a ver. ¿Quién estaba esta mañana?

—El que sustituye a Henry.

—Pues llámale y que te diga dónde está la maleta.

—No puedo.

—¿Por qué? —preguntó Rose agresiva.

—Porque no tengo su número. Viene de una agencia. Igual mañana viene otro.

—Hay madre... —Pálida, porque dentro tenía los mil dólares, se pasó una mano por la frente. — ¿Te importaría mirar por ahí por si mi maleta está en algún sitio?

—¿Tenía algo de valor? — preguntó el portero indiferente.

—¿Que si tenía algo de valor? —preguntó histérica.

—¿Qué pasa aquí?

Se volvieron para ver a un hombre de cabello castaño y vestido impecablemente, que miraba al portero con el ceño fruncido. —¿Qué ocurre, Ralf?

—Esta señorita, que le ha dejado la maleta a uno de los de sustitución y la maleta no está aquí.

El hombre la miró de arriba abajo escrutándola como a un bicho raro. —¿Y usted es?

—Shandra Tanner —

respondió antes de volverse de nuevo al portero—. ¿Puedo buscar yo?

—Señorita, busque lo que quiera, pero aquí no está.

—¿Y no tienen dónde cambiarse o...?

—Ralf, enséñale la sala de descanso y el vestuario, para que busque su maleta.

Ella sonrió. —Gracias, señor...

—Prescott, Larry Prescott.

—Oh, el socio. —Perdió la sonrisa, levantó la barbilla y se

volvió dejándole con la boca abierta por su mirada de desprecio. Confundido miró a Rose, que le fulminó con la mirada, y a Terry, que chasqueó la lengua molesta. ¿Qué diablos pasaba allí? ¡Iba a matar a Rob!

Tardaron sólo diez minutos en revisarlo todo y la cara de decepción de la señorita Tanner cuando llegó al hall, era evidente para todos. Larry siseó algo por lo bajo viéndola cojear mientras se acercaba con las medias rotas. ¿Cómo se había roto la blusa? Parecía que había tenido la juerga

de su vida y que había salido mal parada.

—¿No la encuentran? — preguntó cuando era obvio.

La mirada de todos haciéndole sentir como un idiota, fue la gota que colmó el vaso. — Pase por contabilidad y que le den un cheque por su contenido. — Miró a Rose. — Encárgate.

—Seguro que su ropa era muy cara.

Shandra iba a negarse, pero Rose la fulminó con la mirada, cerrándole la boca en el acto. —Lo

que sea. —Larry miró a Shandra a los ojos. —No sé lo que ha ocurrido, pero le pido disculpas en nombre de la empresa. Le aseguro que me encargaré personalmente en intentar recuperar su maleta lo antes posible.

—Gracias —dijo algo avergonzada por mirarle mal cuando era muy amable.

Larry Prescott asintió antes de irse. Las tres suspiraron y el portero puso los ojos en blanco.

—¿A que es todo un caballero? —preguntó Rose—. Y se ha casado con esa pija de Park

Avenue.

—¡Sí, por eso deberíais fijaros en los solteros! —dijo el portero molesto antes de volver a su sitio.

Rose chasqueó la lengua antes de girarse hacia ella. — Iremos a contabilidad mañana.

—¡Pero no tengo ropa, ni dinero! —dijo con pánico—. Lo tenía en la maleta y...

—¡Serás pardilla! ¿Cómo se te ocurre?

—Rose... bastante tiene la pobre.

—Vamos antes de que se nos caiga el edificio encima. Me da la sensación de que estás gafada.

—¿Tú crees?

—Una ducha y una buena cena. Eso es lo que necesitas — dijo Terry advirtiéndolo a Rose con la mirada.

—Pediremos comida china. ¿Te gusta la comida china?

—Me encanta. Pero mañana tengo que correr. —Las dos secretarias la miraron deteniéndose sin entender la relación. —Tengo que recoger al jefe a las siete de la

mañana para ir a correr. Es una orden. Y no tengo ropa de deporte.

—Ni tienes zapatillas —dijo Terry maliciosa—. ¿Cómo vas a ir si te han robado la maleta?

—Cierto, tengo excusa.

—Exacto. —La cogieron cada una de un brazo y la sacaron de la empresa. Rose levantó un brazo cuando vio un taxi. —Así que mañana dormirás hasta la hora que yo te diga. Y como vea que te levantas antes, te pegó una paliza.

—¡Rose!

—A esta hay que hablarle con

contundencia. ¡Se deja pisar!

—¡No me deajo pisar! —La miraron sin creerse una palabra. — ¡Es que tengo que pasar aquí dos malditos meses sí o sí! Si no fuera obligatorio, os aseguro que no me verían por aquí nunca más. —Se metió en el taxi y las demás se metieron después.

Rose miró sorprendida a Terry. —¿A dónde vas?

—¿Y no enterarme de esto? Ni que estuviera loca.

Ambas la miraron esperando una explicación y suspiró antes de

empezar. Cuando terminó de relatar sus razones, la miraban con la boca abierta.

—A ver si lo he entendido — dijo Rose—. Esta es una prueba de fuego que tu padre os hace pasar a todos para que consigáis ser independientes, ¿no es eso?

—Sí. Cuando terminamos de estudiar todo lo que queremos, tenemos que irnos de casa con mil dólares. Para asegurarse de que al principio estamos algo respaldados, nos busca un trabajo, pero no nos busca piso y sólo nos da mil pavos.

—Y después tenéis que buscaros la vida.

—Exacto.

—Como si no fuerais ricos —dijo Terry sonrojándola—. ¿Por qué?

—Él empezó sin nada y quiere que nosotros sepamos lo que es trabajar duro.

—¿Por eso te busca un trabajo por debajo de tus capacidades? ¡Por Dios, si eres traductora de chino y alemán! Cientos de empresas se pelearían por ti. ¡La nuestra, por ejemplo!

—Sí, pero antes de buscar otra cosa, tengo que pasar por este suplicio.

—Aquí hay algo más —dijo Rose mirándola con desconfianza—. Suéltalo, somos tumbas.

—Bueno, a mi hermano le dio un millón cuando pasó el periodo de prueba. Mi padre también lo hace para que no nos volvamos locos como otros niños ricos. Primero hacemos la prueba y si la superamos, es que ha criado a personas cabales. Entonces se supone que recibimos nuestro premio.

—¿Como un perrito cuando mueve la cola? —Terry le dio un codazo y Rose la fulminó con la mirada. —¿Qué? ¿Acaso no piensas lo mismo? ¡Venga ya! Es una persona adulta, que ha estudiado como una maniaca para ahora tener que pasar por todo esto. ¡Es ridículo! ¡Mañana mismo tendría un trabajo excelentemente bien pagado y viviría en la parte alta de la ciudad si no fuera porque su padre quiere que empiece trabajando duro! ¡Se ha ganado no trabajar duro! ¡Para eso ha estudiado!

—Eso no importa. Yo

entiendo a su padre. A veces les das tantas cosas a los hijos, que no las aprecian. Su padre quiere que se dé cuenta de la suerte que ha tenido. Por eso les da el periodo de prueba cuando terminan los estudios. Para comprobar que pueden valerse por sí mismos antes de darles dinero. Hace muy bien.

—¡Pues ha dejado a su hija desamparada! ¡Menos mal que tengo un corazón de oro, porque sino su princesita esta noche dormía en Central Park!

Se sonrojó de la vergüenza por ser tan tonta y entendía las dos

posturas. Pero ya que estaba allí y que su padre le había buscado ese trabajo, seguiría adelante. —Voy a continuar por mucho que me putee.

—Bien dicho —dijo Terry—. Así que estabas loca por él.

—¡No es cierto! —Las dos la miraron levantando las cejas. — Bueno, era muy guapo, pero... — Terry carraspeó. —¡Vale, estaba para comérselo! Pero era un cerdo, que me martirizó durante dos meses.

—Pues prepárate, porque el jefe te tiene entre ceja y ceja —dijo Terry.

—Pero eso lo vamos a cambiar. —Rose pagó al taxista mientras ella la miraba sin saber qué quería decir.

Cuando fueron hasta el portal subieron cinco escalones mientras Rose sacaba las llaves. —¿Qué has querido decir?

—Quiero decir que le vamos a dar de su propia medicina.

A la mañana siguiente con un vestido negro que le había prestado Rose y sus rizos castaños recogidos

en una coleta alta, entró en la oficina hablando con su padre por teléfono. —¿No me digas? —Se echó a reír. —Esta Sara... ¿Y qué dijo su profesora? —Guiñó un ojo a Terry, que sonrió viéndola sentarse en su sillón levantando los pies y cruzándolos sobre la mesa con chulería mostrando sus muslos.

Rose se echó a reír al otro lado de la sala. —Pues no tiene por qué. Si ha sacado un sobresaliente, ha sacado un sobresaliente. ¡Si ha despejado las ecuaciones sin hacer el planteamiento, es porque es muy lista! Como le baje la nota, voy a ir

hablar con ella. —Su padre empezó a protestar que Sara tenía que arreglárselas sola y ella protestó — No la estoy protegiendo. Pero todo el mundo necesita apoyo de vez en cuando. Ahora tengo que dejarte que tengo que trabajar con ese maravilloso jefe que me has buscado. —Su padre se echó a reír. —Te quiero. —Colgó el teléfono y lo tiró sobre la mesa poniéndose cómoda.

—¿Has dejado los trajes en la tintorería?

—Espero que se los quemen.

Las chicas se echaron a reír

cuando sonó el click del ascensor. Sin moverse de su sitio, vio como los jefes entraban juntos y cuando Robert la miró, por un segundo por poco baja las piernas. Pero se reprimió y sonrió descarada.

Él caminó a toda prisa hacia allí dejando a su amigo con la palabra en la boca y le gritó — ¿Crees que estás en tu casa? ¡Baja los pies de ahí!

Chasqueó la lengua y lo hizo de mala gana. Colocó los codos sobre la mesa y batió las pestañas varias veces. —¿Qué tal corriendo esta mañana?

Larry se acercó discretamente.

—¡Deberías haber estado allí a las siete de la mañana!

—Me robaron la maleta. — Se encogió de hombros como si le diera igual haberle dejado plantado y la miró atónito como si no se lo esperara.

—Es cierto, Rob. Ayer cuando fue a buscarla, había desaparecido. Se la robó el portero sustituto.

—¡Pues haber comprado ropa después de salir de aquí! ¡Eso sólo

es una excusa! —Fue hasta su despacho y se volvió de repente. —
¿Dónde están mis trajes?

—En el tinte —respondió como si fuera idiota antes de sonreír radiante a Larry—. Buenos días, señor Prescott. ¿Cómo se encuentra su esposa?

—Tiene algunos mareos, ¿sabe?

—Oh, ¿náuseas matutinas?

—¡Sí! —Se acercó sentándose en la esquina del escritorio. —Se encuentra muy mal por las mañanas.

—¿De cuánto está?

—¿Cómo que de cuánto está?

Las chicas le miraron como si fuera idiota y Larry se levantó de repente. —¡No! —Parecía que le habían dado la sorpresa de su vida y las chicas se echaron a reír.

—Felicidades. —Ella se levantó y le dio un beso en la mejilla. —Seguro que será un padre estupendo. —Miró de reojo a Robert, que les observaba entrecerrando los ojos. —Al contrario de otros.

—¡Voy a ser padre! —Larry

corrió hacia su despacho y cogió a Rose de su silla levantándola para darle un beso en los morros antes de correr hacia su despacho. De repente salió y miró a su amigo, que sonreía divertido. —¿Quieres ser el padrino?

—Si es niño...

Todas gruñeron sorprendiéndole y su atención volvió a centrarse en Shandra, que estaba de pie ante su mesa. —Pues como no has venido por la mañana, lo harás el sábado.

—El sábado es mi día libre.
—Se estiró sobre la mesa cogiendo

un block y levantó la pierna porque no llegaba al bolígrafo. Al volverse se dio cuenta de que le estaba mirando el trasero. Bufó llamando su atención. —¿Qué tengo que hacer hoy?

—Pasa al despacho —siseó molesto porque le había pillado.

—¿No puedes dictármelo aquí?

—¡No!

Entró en el despacho y ella miró a Rose, que asintió con la cabeza levantando el pulgar. Shandra nunca se había sentido

mejor. Estaba excitada y emocionada por haberse liberado. Era como si necesitara esa catarsis para empezar su nueva vida. La conversación de cinco horas que había tenido con las chicas sobre Robert, la había liberado y se había dado cuenta que no tenía que dejarse dominar por nadie. Ni por él, ni por su padre, ni por nadie. Era dueña de su vida y le importaba un pito que la despidiera. Si todavía estaba allí era para joderle por cómo la había tratado. Además, Robert la necesitaba más que ella a él, por el contrato con su padre.

Entró moviendo las caderas y sin cerrar la puerta caminó tras él. —¡Cierra la puerta!

—Te agradecería que no me gritaras —dijo sin hacerle caso.

Parecían que le habían dado la sorpresa de su vida y se sentó en su sillón mirándola con otros ojos. —¿Qué es esto? ¿Un cambio de táctica por si me siento atraído por la chica dura? —Shandra jadeó indignada, pero él levantó la mano deteniendo su réplica. —Mira, guapa. Esto va así. Yo ordeno y tú obedeces. Punto. Si no te gusta el trabajo, puedes largarte cuando

quieras.

—Vale.

Su contestación le dejó de piedra. —¿Cómo que vale? ¡Si no has venido esta mañana!

—Ya te he dicho lo que ha pasado. ¡Me han robado la maleta y el dinero que había en ella! — Entrecerró los ojos. —¿Tienes problemas de oído?

—¡Pues tu padre no me dijo nada ayer en la cena!

—Porque no lo sabía. —Se encogió de hombros y levantó el block. —¿Qué tengo que hacer?

—¡Lo que no hiciste ayer!
¡Qué fue casi todo! Mi coche, por
ejemplo.

—Sabía que se me olvidaba
algo —dijo tranquilamente mientras
lo apuntaba dejándolo atónito por
su actitud—. ¿Puedes repetirme lo
que querías que hiciera? Para que
no se me olvide de nuevo.

Él bufó apretando las manos
en los brazos del sillón y escuchó
como respiraba hondo antes de
empezar a enumerar todo lo que
quería. Y la lista era enorme.
Cuando le dijo que le comprara
calzoncillos, tragó saliva

imaginádoselo con ellos, pero le miró a los ojos. —¿Del tipo slip? ¿Gayumbos? ¿Tanga? ¿Blancos? ¿Azules? ¿Rojos?

—Muy graciosa —siseó—. Blancos, bóxer.

—¡Oh, mis favoritos! —
Sonrió radiante antes de apuntarlo.

—¿Tus favoritos?

Ella hizo un gesto sin darle importancia. —Oh, es que esos que marcan paquete... puaj. Y los gayumbos me recuerdan a mi abuelo. ¿Algo más?

—Fuera de mi vista.

En ese momento llamaron a la puerta y ella sonrió radiante. —¡El desayuno!

—¿Cómo que el desayuno?

Aparentando emoción, abrió la puerta y un repartidor entró en el despacho con una enorme cesta de picnic.

—¿Dónde se la pongo?

—En el escritorio. Mi jefe tiene mucho apetito —dijo con segundas guiñándole un ojo al chaval, que la miró de arriba abajo. Caminó ante el chico moviendo las caderas y el repartidor le miró el

trasero.

Robert lo fulminó con los ojos como si quisiera desintegrarle, pero él seguía ocupado mirándole las piernas mientras ella despejaba la mesa, así que siseó —No he pedido el desayuno.

—Pero me he adelantado —dijo ella antes de volverse y coger la cesta al chico—. Gracias. ¿Robert le das la propina?

—¿La qué?

Ella colocó la cesta sobre la mesa. —¿La propina? Es un chico muy majo. Se la merece.

—Sí —susurró el chaval mirándole el escote—. Me lo merezco.

—¡Largo de aquí! —gritó Robert sobresaltándolos.

—Pero... —Aparentando que no sabía qué pasaba, vio salir al chico y le miró enfadada. —¿Qué mosca te ha picado?

Sus ojos grises decían que estaba furioso. —¡Ya he desayunado!

Ella miró el interior de la cesta con pena. —Deberías decirme estás cosas. —Sacó un

croissant y le dio un mordisco. —
Uhhh, está buenísimo. ¿Seguro que
no quieres? —Robert miraba su
boca y ella sonrió sin dejar de
masticar. —Se lo llevaré a las
chicas. ¿Nos podemos beber el
champán?

—¿Champán? —gritó
levantándose y abriendo la cesta.
Había caviar, mermelada, tortilla
de champiñones, huevos, distintos
tipos de tostadas, una botella de
zumo de naranja natural y un termo
de café. Aparte del champán, claro.
—¿Pero qué es esto? ¿Cuánto
cuesta este desayuno?

—No sé. —Se encogió de hombros. —Yo no lo pago. Sólo lo pido. Como soy una niña rica, nunca me han preocupado esas cosas.

Él entrecerró los ojos. — Largo.

—¿Una tostadita?

—¡Largo!

—Ese carácter es por no desayunar como debes. Mi padre dice que es la comida más importante del día.

—¡Sal de aquí antes de que pierda la paciencia!

—Ah, ¿pero tienes de eso?

Él dio un paso hacia ella amenazante y Shandra cogió la cesta corriendo hacia la puerta. — Mira cómo corro.

—¡Falta te hace con los croissants que te comes!

Ella sonrió maliciosa. — Envidioso.

Cerró la puerta y les dijo a las chicas —¿Queréis desayunar?

Se levantaron a toda prisa y se sentaron sobre la mesa de Shandra riendo y comiendo. Larry salió y se bebió una copa de

champán para celebrar su paternidad con ellas. Estaban riendo cuando se abrió la puerta y Robert salió mirándolos como si estuvieran cometiendo un sacrilegio o algo así.

—¿Es que aquí no trabaja nadie?

Shandra sentada sobre su mesa sin los zapatos, levantó la copa de champán que se acababa de servir. —Claro, jefe. Enseguida empezamos.

Él se acercó y le arrebató la copa. —¡Estoy a punto de llamar a tu padre!

Esa amenaza le recordó otra en el pasado y arrastró el trasero sobre el escritorio. —¿De veras? ¡Pues puede que yo también le llame y le diga lo déspota y borde que eres conmigo! —Larry carraspeó, pero ninguno le hizo ni caso. —¡También puede que le cuente cómo me has tratado y que hace diez años me besaste detrás del barracón!

Todos miraron a Robert con la boca abierta. —¿Fue tu regalo de despedida! ¡Y lo estabas deseando!

—¿Serás creído! ¡Piensas que todas caen rendidas a tus pies y

resulta que esos pies huelen que apestan!

Las chicas reprimieron una risita mientras Larry dejaba la copa intentando poner paz mientras se miraban con odio. —Creo que lo mejor va a ser que Shandra trabaje conmigo desde ahora.

—¡Cierra la boca! —siseó Robert dando un paso hacia ella—. ¡Estás despedida!

Ella llevó una mano al pecho fingiendo un disgusto enorme. — ¡No, por favor! ¡No puedes dejarme en la calle! ¿Qué voy a hacer ahora sin comprarte calzoncillos?

—¡Niñata malcriada!

—¡Mira quién fue hablar! ¡Ni que hubieras nacido en el Bronx!

Eso le sacó de sus casillas.

—¡Recoge tu bolso!

Se agachó para coger los zapatos mostrándole todo el trasero y se volvió con una sonrisa en la boca. —Gracias a todos por acogerme. —Miró a su supuesto jefe. —¡Y a ti que te den!

Caminó hacia el ascensor con los zapatos en la mano y Larry se acercó a su amigo. —¿Estás loco?

—No, si no se va a ir. —La

vio entrar en el ascensor y entrecerró los ojos. —¿Se va?

—¿Eres gilipollas? —gritó Larry alterado—. ¡Vete a buscarla!

—¡Y una mierda! —Entró en el despacho y cerró de un portazo.

Larry atónito miró a las chicas. —¡Ahí se van tres millones de pavos!

Rose miró preocupada a Terry. —Tranquilo, la convenceré para que vuelva. Es que está algo molesta por cómo la ha tratado en el pasado y ayer no tuvo una bienvenida adecuada.

Larry la miró como si fuera una diosa. —Haz lo que haga falta.

—Pues ayudaría ...

—¿El qué?

—¿Un adelanto? La chica no tiene un dólar.

Su jefe se metió la mano en el interior de la chaqueta y sacó un fajo de billete que ni contó. —Aquí tienes. ¿Será suficiente?

—Sí, con esto y el cheque de la maleta...

—Vete a buscarla antes de que llame a su padre —dijo impaciente.

—Tranquilo, volverá.

En ese momento se abrió el ascensor y Shandra caminó por la moqueta como si nada y cogió su bolso. —Se me había olvidado.

Larry se lo arrebató. —¿Por qué no hablamos en mi despacho?

La puerta de despacho de Robert se abrió de golpe. —¡Ja! ¡Sabía que volverías!

—Es que te echaba de menos —dijo irónica cogiendo el bolso de los brazos de Larry, pero no lo soltaba—. ¿Larry? —Volvió a tirar, pero nada. Así que hizo fuerza y

Larry lo soltó de golpe haciendo que Shandra cayera hacia atrás sobre Robert, que la cogió por las axilas antes de dejarla caer al suelo.

—Nena, no hace falta que te tires a mis brazos.

—¡Qué más quisieras, imbécil! ¡Recuerda que ya te he besado y es de risa!

—Sí, de risa era besarte con aquello que llevabas en la boca. Seguro que se pegaban por darte un morreo.

La rabia la recorrió de arriba

abajo. —Antes no, pero desde que me lo quitaron, te aseguro que tengo cola.

—Será por tu cuenta bancaria.

—Pues la tengo a cero —dijo divertida—. Es más bien por esto.

Se abrió el escote del vestido cruzado por delante y le mostró unos pechos firmes sin sujetador. Larry dejó caer la mandíbula y ella sonrió viendo la sorpresa en el rostro de Robert mientras las chicas se reían a carcajadas. Se cerró el escote y cogió su bolso del suelo. —¡Ahora me voy a buscar un

empleo decente! —le gritó a la cara antes de ir de nuevo hacia el ascensor.

—¡Eres la ayudante más desastrosa de la historia de la humanidad!

Ella le hizo un dedo antes de que se cerrara la puerta del ascensor y asombrado miró a Larry que todavía tenía la boca abierta.
—¡Despierta!

—¿Has visto alguna vez...?

—¡Cierra la boca! —Entró en el despacho cerrando de un portazo y salió a los dos segundos yendo

hacia el ascensor. Larry suspiró de alivio y las chicas se miraron maliciosas.

Cuando Larry más tranquilo fue hasta su despacho, Terry cogió su copa de champán y la golpeó contra la de su amiga. —Se ha excedido un poco, ¿verdad?

—Es que estaba lanzada. No se ha reprimido. Ha dejado salir todo lo que llevaba dentro. —Rose bebió de su copa. —Debería hacerme psicóloga. Lo hago de miedo.

—Mira que como se haya pasado...

—Tiran más dos tetas que dos carretas. Ese está corriendo tras ella a toda pastilla.

Terry se levantó el pecho mirándolo. —Y lo tiene bonito, ¿eh? ¿Y si me opero?

—La tuyas son naturales. Y muy firmes. —Bebió un sorbo. —Voy a empezar a correr.

—Y yo. ¿Quedamos mañana?

Capítulo 5

Shandra no se podía creer lo que había hecho. Caminó por la acera porque no tenía ni para el metro, pensando que le había dado un ataque psicótico o algo así. ¡Les había enseñado los pechos a todos! ¡Y encima ahora no tenía trabajo! ¡Ni dinero! Y no podía llamar a casa. Madre mía, ¿en qué lío se

había metido? ¿Y si no conseguía trabajo? Su padre la iba a poner verde cuando se enterara.

Lo había hecho todo mal. Las chicas le habían dejado claro que él la necesitaba por el contrato con su padre, así que no se dejara pisar y que fuera un poco descarada, pero realizando su trabajo para que no tuviera queja. Gimió porque se había pasado de descarada. Si su madre se enteraba, la mataría.

Sumida en sus pensamientos, ni vio que Robert estaba detrás de ella. Fue cuando miró un escaparate cuando se sobresaltó y se volvió

fulminándole con la mirada. —
¿Qué?

Un tío pasó a su lado mirándole el pecho y Robert entrecerró los ojos cogiendo a Shandra de mala manera de la muñeca. —Vamos a hablar.

—No tengo nada que hablar contigo.

Casi la metió a la fuerza en una cafetería y siseó sentándola — Claro que sí. Vamos a hablar de la cena de anoche con tu padre.

—¿Qué quieres decir? —Se sentó ante ella y sonrió

maliciosamente poniéndole los pelos de punta. —Suéltalo de una vez y no te hagas el interesante.

—Tu madre es muy agradable... y muy habladora.

Mierda. Apretó las mandíbulas mientras un camarero se acercaba a ellos y pedía dos cafés. —No dejó de hablar de ti en ningún momento, ¿te lo puedes creer? Que si Shandra esto, que si Shandra lo otro...

—¡Corta el rollo!

—Es increíble de todo lo que puedes enterarte hablando con los

padres de una persona. Como por ejemplo, que si trabajas bien y duro para mí, vas a recibir un regalo que le hace especial ilusión.

Ella se tensó. —¿De qué hablas?

—De cierto coche que tu padre tiene en el garaje. Un clásico que te vuelve loca.

—¡No! ¿Su Porche descapotable del sesenta y cuatro?

—¿A que es una sorpresa? ¿Qué pensaría papá si no eres capaz de conservar tu trabajo?

—Puedo trabajar en otro

sitio.

Él sonrió de oreja a oreja mientras les ponían delante el café y supo que ocultaba algo. —Es que la prueba soy yo, preciosa.

Perdió el aliento al verle tan feliz. Como si le hubiera tocado la lotería.

—Es muy simple. Al parecer creen que tienes algo ahí enquistado después de nuestro encuentro de hace años y cuando tu padre me conoció, pensó que era la manera perfecta de matar dos pájaros de un tiro. Con lo independientes y autosuficientes que quiere que

seáis, no podía dejar que su hija se sintiera intimidada por ningún hombre. Así que te trajo a mí.

Gimió porque ahora lo entendía todo. Ya le parecía raro que tuviera que trabajar precisamente con él. —¡No me siento intimidada por ti, gusano asqueroso!

—¡Sí que lo estás! ¡Por eso has buscado una excusa y has salido por piernas! —dijo furioso.

Al oír esas palabras se sonrojó. ¿Estaría en lo cierto? Le vio beber de su taza y gruñó su mala suerte. Ese coche es el que

había deseado tener toda su vida, pero trabajar para ese déspota mandón...

—Este es el trato. Yo necesito ese contrato y los contactos de tu padre. Tú quieres ese coche. Así que lo mejor es que vuelvas a trabajar y todos intentaremos olvidar ese ataque de locura que te ha dado. —Le miró el escote. —¡Y ponte sujetador!

—¡Mira, tú quieres algo y yo quiero algo, así que estamos igual! ¡Ni se te ocurra ponerte en plan dictador conmigo!

—Muy bien. —La miró con

tus ojos grises como si la estuviera tanteando. —Seremos compañeros de trabajo.

—Perfecto. Y los calzoncillos te los compras tú.

Él sonrió divertido. —Reconoce que te habría encantado comprármelos.

—Sí, es uno de mis sueños. Comprarte calzoncillos. Los calcetines los dejo para cuando me siento deprimida.

La miró de una manera que le cortó el aliento. —¿Te acuerdas de ese beso detrás del barracón?

—¿Ahora te pones romántico?

—¿Fue tu primer beso?

—Aquello no fue un beso. Fue una lección como las que me dabas a todas horas. —Se levantó sin esperarle y volvió a la oficina.

Caminando a toda prisa gimió, llevándose la mano al vientre, sintiendo que el corazón le iba a cien por hora. Seguro que estaba pensando que estaba huyendo de nuevo, pero recordar aquel día la ponía muy nerviosa. Si todavía no sabía cómo había pasado.

Estaba haciendo la maleta para irse al día siguiente y recordó que se había dejado una camiseta en el tendal que había detrás del barracón. Él la vio recoger la camiseta y se acercó mirando su pijama corto y su camiseta de tirantes. —¿Has hecho la maleta?

—Estoy en ello.

—Recuerda que vienen a buscarte a las nueve de la mañana.

—Sí, Robert. —Se mordió el labio inferior y él no perdió detalle. Forzó una sonrisa y alargó la mano. —Bueno, adiós.

Robert chasqueó la lengua antes de coger su mano y apretarla. Tiró de ella hacia su cuerpo sorprendiéndola y rodeó su cintura con sus brazos. —Y dime, ranita. ¿Te han besado alguna vez?

—¿Eh? —Atontada por su cercanía le miró a los ojos antes de que sonriera con jactancia y bajara su cara lentamente para rozar sus labios suavemente. Suspiró sin querer antes de que él acariciara su labio inferior con la lengua lentamente. Sintió como todo su cuerpo temblaba de arriba abajo.

—Abre la boca, ranita. —Sin

poder evitarlo siguió sus instrucciones y cuando la besó entrando en su boca, ella gimió al sentir su lengua saboreándola. Fue como si la traspasara un rayo y se estiró poniéndose de puntillas sin darse cuenta. La soltó de golpe y Shandra se tambaleó hacia atrás apoyándose en los troncos del barracón. Él sonrió divertido. — Hasta el año que viene, ranita. Lo estoy deseando.

Atónita le vio alejarse mientras en su garganta se ponía una bola que no la dejaba ni dormir, ni comer, ni respirar. Eso sí, la

dejaba llorar y así se la encontró el chofer cuando fue a buscarla a la mañana siguiente. Cuando cerró la puerta del coche después de que Shandra entrara en el asiento trasero, vio a través de la ventanilla a Robert sentado en el porche de los monitores, observándola con una sonrisa en la cara. Esa sonrisa provocó un vuelco al corazón y desvió la mirada apretándose las manos con fuerza. Odiaba que se riera de ella.

Y eso mismo había hecho hacía unos minutos. Reírse de ella de nuevo. ¡Pero ya estaba bien!

Cuando volvió a la oficina, las chicas se acercaron de inmediato y ella susurró —Ahora no, seguro que está al llegar.

—¡Chica, tú no haces las cosas a medias! —dijo Rose divertida tendiéndole dinero—. Aquí tienes un adelanto.

Asombrada cogió el dinero. —¿De Robert?

—No, seguro que piensa que tienes dinero. Es de Larry. Le acabo de decir que no tienes un dólar.

—Oh, qué mono.

—Oye, ¿tus pechos son

naturales? —preguntó Terry
intrigada.

Se puso como un tomate y en ese momento llegó el ascensor dispersándolas cada una hacia su mesa.

Robert entró y vio la espantada. —Espero que podamos trabajar un poco. Hay una empresa que llevar, señoritas.

Miró de reojo a Shandra. —
¿No tenías cosas que hacer?

—Sí, por supuesto. —Se puso la correa de su bolso al hombro y dijo —Mi número de

móvil....

—Déjasele a Terry. —Entró en el despacho dando la conversación por terminada y ella sonrió porque no había dado un portazo.

—Bien hecho —dijo Terry sonriendo—. Mantente firme y no te tomará el pelo.

Se acercó a su mesa y le escribió el número de móvil a toda prisa porque tenía muchísimo que hacer. Ahora que habían llegado a un acuerdo pensaba cumplir con su parte del trato. —Os veo luego.

—Cómprate ropa —dijo Rose maliciosa—. Pero no te compres sujetadores.

—¡Rose! —Sonrojada fue hasta el ascensor. —¡Sabes por qué no me lo he puesto! Todavía estaba húmedo.

—Es obvio que con ese vestido no lo necesitas. Sobre lo de si son naturales...

Shandra sonrió entrando en el ascensor. —Todo mío.

—Chica, qué envidia.

Ella se echó a reír mientras las puertas se cerraban y cuando

empezó a descender pensó que tampoco iba mal su segundo día. Había dejado las cosas claras y tenía amigas. Ya tenía apartamento y había llegado a un entendimiento con Robert. Más o menos. No sabía lo que duraría la tregua, pero puede que al final todo fuera perfecto.

¡Aquello era un desastre! Pensó con los ojos como platos mirando el monovolumen que tenía de frente, empotrado contra el morro del coche de Robert después de que el airbag se desinflara.

¡Cómo podía haber pasado eso!
Gimió abriendo la puerta mientras
un policía llegaba corriendo

—¿Se encuentra bien?

—Sí, gracias. —Miró el
monovolumen del que salió un
chico de unos dieciocho años y el
policía chasqueó la lengua.

—¿Qué ha pasado? —El
chaval se tambaleó hacia la
derecha. —Mierda, mi madre me
mata.

—¿Estás borracho? —
preguntó asombrada—. ¡Podías
haberme matado!

El chico levantó la cabeza mirando a su derecha, antes de centrar la vista y mirarla a la cara sonriendo como un idiota.

—Menos mal que llevaba un coche seguro, señorita. Si hubiera sido otro modelo ...

Impresionada vio el morro aplastado del Mercedes último modelo de Robert. Gimió pasándose la mano por su frente que le empezaba a doler. —¡Espero que tengas seguro! ¡Es el coche de mi jefe!

—¿Qué? —El chico miró el coche y se echó a reír.

—¿Eres idiota? —gritó
perdiendo los nervios.

—Señorita, tranquilícese. No
ha sido culpa suya.

—¡Usted no conoce a mi jefe!
¡Me va a echar la culpa fijo!

En ese momento llegó un
coche patrulla y se dio cuenta que
estaban interrumpiendo el tráfico en
medio de Columbus Circle.

—¡Oiga, quiero que le tomen
los datos! —le dijo al policía
señalando al chico que se
tambaleaba peligrosamente a la
izquierda mientras se le cerraban

los ojos—. ¡Y que le hagan todo tipo de test! ¡A mi jefe le van a pagar el coche!

—¿Se encuentra bien? —El policía la miró preocupado. —No se preocupe. Están comprobando los datos del coche y él estará detenido en cuanto le llevemos al hospital.

—¿Al hospital? ¡A la cárcel habría que llevarlo! —Furiosa se acercó al chico sabiendo que estaba montando el espectáculo. —¡Eh, tú! ¿Tienes seguro?

—¿Seguro? Seguro que mamá... —Cayó sentado al suelo

ante ella y la miró con una sonrisa en la cara.

Shandra se llevó las manos a la cabeza pensando que igual el seguro se negaba a pagar por el estado del chico. Sabía que había cláusulas como tomar drogas y alcohol por las que no se hacían responsables.

Una ambulancia llegó en ese momento y ella fue hasta el coche cogiendo su bolso para llamar a la oficina, aunque era la hora de la comida.

—¿Rose?

—¿No vienes a comer?

—He tenido un accidente con el coche del jefe. —Su amiga se quedó en silencio al otro lado. —¿Está ahí?

—¿Tú qué crees? —Y susurró —¿Ha sido mucho?

Miró el morro del coche y que parecía un acordeón. —No creo que se recupere.

—Vale, ¿qué quieres hacer?

Suspiró volviéndose para encontrarse que subían al chico a una camilla y que la policía intentaba despejar la zona. —

¿Debería decírselo?

—Creo que se dará cuenta,
¿no crees?

—Tienes razón, es inútil. —
Derrotada añadió —¿Puedes
pasármelo?

—Claro. —Escuchó que
Rose alejaba el teléfono y decía —
Robert, la novata al teléfono.

Puso los ojos en blanco al
escucharla y esperó sintiendo que
los nervios se le alojaban en el
estómago. La iba a matar.

—¿Ranita? ¿Qué pasa? Si has
terminado, se me había olvidado

decirte que... —El sonido de una ambulancia llegando a toda prisa y de la otra que se alejaba, le detuvo. —¿Dónde estás?

—No te preocupes, ¿vale? Si no te lo pagan, mi padre contratará un buen abogado.

—¿Shandra? —Notó cómo su voz se tensaba. —¿Qué pasa?

—He tenido un accidente con el coche en la rotonda de Columbus.

—¿Qué? —El grito hizo que tuviera que apartar el teléfono del oído.

—Pero estoy bien. —Sintió que la bilis le subía por la garganta y se apoyó en la puerta del coche para vomitar el croissant que se había comido.

Unos sanitarios se acercaron a ella mientras Robert gritaba al otro lado de la línea. Suspiró mientras los sanitarios le hacían preguntas, pero ignorándolos se puso el móvil al oído casi sin aliento. —No ha sido culpa mía. Estaba borracho.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo es el susto.

—Señorita, deje el móvil. Vamos a reconocerla. ¿Está mareada?

—¡Shandra!

—Tengo que dejarte. — Colgó el teléfono. Pálida y sudando en frío, forzó una sonrisa. —Estoy bien.

—Venga conmigo. Sólo será un momento y así me quedaré más tranquilo.

—Si se empeña.

La sentaron en la parte de atrás de la ambulancia y le tomaron la tensión, mientras le hacían

preguntas y los policías sacaban fotos. Estaban pasándole una lamparilla por los ojos cuando vio llegar a Robert corriendo, que en cuanto vio su coche se llevó las manos a la cabeza mirando su estado. Un policía se le acercó para que saliera de la rotonda cuando la vio y corrió hacia ella.

—¿Qué tiene? ¿Está bien?

—Sólo es el shock. Ha sido un susto —dijo el sanitario sonriendo.

—Nena, ¿estás bien? —Le cogió la mano preocupado y sin saber por qué a Shandra se le

llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo siento. Soy un desastre de ayudante.

—No pasa nada. —Miró al sanitario. —¿No le pone nada?

—Sí, le voy a poner un calmante. Si se encuentra peor, llévela al hospital. Creo que su mujer no tiene nada aparte del chichón en la frente.

—Es mi jefe. —Apartó la mano y se limpió las lágrimas. —Estaba borracho. Tú no le has visto, pero...

—No te preocupes. Es obvio

que iba en dirección contraria.

Un policía se acercó a él para hacerle unas preguntas y sin alejarse demasiado vio como el sanitario le inyectaba algo en el brazo. Asintió volviendo la vista al policía y dijo cabreado —¡Espero que le den una buena lección! ¡Ha podido matarla! ¡Mire cómo me ha dejado el coche!

—Sí, ya le he comentado a la señorita, que si hubiera ido en otro coche no lo cuenta. —Robert apretó las mandíbulas furioso acercándose a ella y cogiéndola de la cintura para bajarla. Seguía sujetándola

por la cintura, aunque ella se mantenía de pie. —Tenemos sus datos, nosotros nos encargamos de todo. Nos pondremos en contacto con ustedes.

—Bien. Vamos, nena. Necesitamos un taxi.

El policía se acercó con ellos hasta donde pasaba el tráfico y detuvo un taxi abriendo la puerta para que entraran. Sonrió a Shandra diciendo —Espero que todo se arregle, señorita.

—Claro que se arreglará —dijo Robert enfadado metiéndola en el taxi.

Sentada a su lado se miró las manos mientras él hablaba con el taxista y vio que le temblaban ligeramente. Robert le cogió una mano. —No pasa nada. Los seguros se encargarán y tú estás bien.

—No sé lo que ha pasado. Iba a llevar el coche al garaje y ...

—Ha sido mala suerte.

Le miró como si no le conociera. Esperaba que le gritara y que fuera tan comprensivo no le cuadraba. Soltó su mano y miró por la ventanilla cuando el taxi se detuvo delante de casa de Robert, que estaba al lado del accidente. —

¿Qué hacemos aquí?

—Voy a hablar con mi abogado.

—Ah... —Algo mareada por lo que le habían puesto, vio como pagaba al taxista dándole una buena propina. —Podíamos haber venido caminando.

—Mejor que no.—La cogió por la cintura y ella le miró sonriendo de repente. —¿Te encuentras mejor?

—Sí —susurró sintiéndose estupendamente. Incluso parecía que era más ligera—. Me encuentro

bien. ¿Puedo ir a comprar las entradas de la Ópera?

—Ya no me apetece ir a la Ópera. —Brian les abrió la puerta y miró a Shandra con el ceño fruncido.

—Shandra, ¿y el coche?

—Ummm. —Chasqueó la lengua. —Me lo he dejado en Columbus.

Robert se tensó y miró al portero. —Querrás decir señorita Tanner.

El portero se sonrojó. —Me ha dado permiso para tutearla,

señor.

—¿No me digas? —La llevó hasta el ascensor. —Muy interesante.

—He tenido un accidente —respondió ella sin darse cuenta de la tensión—. ¡Un borracho! ¡No deberían dejar que se bebiera alcohol!

—¿Y la copita de champán de esta mañana? —preguntó él divertido.

Ella abrió los ojos como platos. —¿Fue culpa mía?

—No, nena. No fue culpa

tuya. Ahora te vas a tumbar un rato mientras hablo con mi abogado.

—¡Demándale!

—Sí, preciosa. Le demandaré.

Shandra le miró a los ojos esperanzada. —¿Crees que soy preciosa? —Robert sonriendo la acarició con sus ojos grises. — Oh... lo has dicho por decir —dijo decepcionada al ver que no contestaba. Se encogió de hombros —. Da igual.

—¿Da igual?

—Sí, porque seguramente me

casaré con Alvin y tendremos un montón de bebés gritones.

Salieron del ascensor y él apretó la mano de su cintura sacando las llaves. —¿No me digas? ¿Y ese Alvin es tan guapo como yo?

—Sí. En realidad, es guapísimo.

Robert la fulminó con la mirada, pero ni se dio cuenta sonriendo como una tonta. —Es deportista, ¿sabes?

—No tenía ni idea —siseó metiéndola en casa.

—Profesional.

—¿Si? ¿Un vividor que se dedica a encandilar a las niñas ricas con su raqueta?

Ella negó con la cabeza soltando una risita. —Juega al golf. ¿No le conoces? ¡Es Alvin Oxley! —Se volvió caminando hacia el sofá y dejándose caer sobre la otomana mientras Robert se tensaba con fuerza.

—Nena...

—¿Si? —Sonrió mirando a su alrededor como si nunca hubiera visto su casa.

—¿Estás saliendo con Alvin Oxley?

—Sí. —De repente abrió los ojos como platos. —¿Cómo lo sabes?

—¡Me lo acabas de decir tú!

—Ah... —Se tumbó más relajada y estiró los brazos sobre su cabeza. —Es tan guapo... Mi hermana Sheila se casaría con él.

—¿De veras?

—Sí. Le gusta mucho. Bueno, le gusta a toda la familia.

—¿Y a ti? —preguntó entre dientes.

—¿A mí qué?

—¡Qué si te gusta!

Ella sonrió ilusionada. —Me ha pedido matrimonio.

Si le hubiera dicho que se casaba con el presidente de los Estados Unidos no le sorprendería más y Shandra se dio cuenta. — ¿Qué pasa? ¿No me pueden pedir matrimonio? ¡Soy un chollo de partido!

Apretando las mandíbulas, Robert se quitó la chaqueta tirándola de mala manera sobre el sofá antes de empezar a quitarse la

corbata. —Vamos a ver si me entero bien. Creo que tú y yo no nos comprendemos. Debe ser eso que te han puesto, que te nubla las ideas.

Con los ojos muy abiertos dijo —¿Tú crees?

—¡Sí! Porque me acabas de decir que Alvin Oxley, uno de los golfistas más importantes de la historia y uno de los más ricos, te ha pedido matrimonio.

Ella sonrió asintiendo. —Fue muy romántico. En su yate ante nuestra casa de los Hamptons. Quiso darme una sorpresa en el cumpleaños de papá.

—¿Y?

—¿Cómo que y?

—¿Qué le respondiste!

—Ah... —Soltó una risita.

—Alvin es muy paciente... para todo.

—¿No me digas? —siseó yendo hacia el mueble bar.

—Sí, yo le dije que debía esperar el resultado de mi prueba.

—Tu prueba. —Echó whisky en un vaso y se volvió para verla cerrar los ojos. —¿Shandra!

Sobresaltada los abrió como

platos y le miró como si no supiera que estaba allí. —¿Robert?

—Sí, soy Robert. —Se acercó sentándose al lado de sus piernas. —¿Y esa prueba...?

—Oh, papá quiere que seamos independientes. —Entrecerró los ojos. —Se lo toma muy en serio. Él no tenía nada cuando empezó, ¿sabes? Sólo mil dólares de la venta de las cosas de sus padres y consiguió un imperio —dijo orgullosa—. Él quiere que nos demos cuenta de lo dura que puede ser la vida. Así que nos da mil pavos y nos consigue un trabajo

duro.

—¿Trabajar para mí es duro?

—Bebió del whisky empezando a cabrearse, sobre todo cuando la vio asentir.

—Claro que sí. ¡Yo comprando calzoncillos a un tío! ¡Cuando tengo matrículas de honor para parar un tren! Si me dieron una mención especial en la Unesco cuando estuve de traductora en prácticas.

—Tu madre ocultó muchas cosas ayer por la noche, ¿verdad? ¡Cómo que tenías carrera!

Se encogió de hombros. —
No sé lo que te diría.

—¡Sólo lo del puñetero
coche! ¡E insinuó que la prueba era
yo! ¿Qué quería? ¿Cabrearme para
que te hiciera la vida imposible?

Shandra no entendía por qué
se ponía así y con lo que le había
metido en el cuerpo la verdad es
que le daba igual. —Puede ser. —
Sonrió divertida. —Mamá puede
ser muy intrigante.

—¡Toda tu familia es una
intrigante!

Jadeó abriendo los ojos como

platos. —¡Retíralo! ¡Mis hermanos son como yo!

—¿Maleables y manipulables?

—¡No! ¡Estudiantes de primera! ¡Los mejores de nuestra clase! ¿Y sabes por qué? Porque mi padre me ha enseñado que en esta vida lo único que es seguro, es lo que podemos conseguir por nosotros mismos. ¡Si tienes conocimientos llegarás lejos y ser independiente y fuerte, te hace llegar a la cima! No nos ha enseñado a malgastar el dinero como a mis amigas, a las que sus

padres les daban la tarjeta de crédito. ¡Yo tenía una paga, que me tenía que administrar, y si nos hace la prueba, es para comprobar que sabemos valernos por nosotros mismos, porque nos quiere y porque hoy puedes tener dinero pero mañana no!

Robert apretó los labios antes de beberse el resto del whisky. — Tu padre os ha manejado toda la vida y me ha puesto de cebo para que tu prueba fuera más difícil. — Furioso se volvió dejando el vaso en el mueble bar.

—¿Y a ti qué más te da? ¡La

prueba es para mí! —Sonrió dándole igual todo. —En dos meses me perderás de vista y yo tendré mi libertad y un coche estupendo.

—¿Dos meses?

—Ese es el plazo que me ha dicho mi madre. Que debía quedarme al menos dos meses en este trabajo. Tú ya tendrás esos motores en marcha y yo me iré para conseguir un trabajo mucho mejor. Me perderás de vista y seguiremos con nuestras vidas. Todos ganamos. ¿No era lo que hablamos por la mañana?

—Sí.

—Pues eso. —Soltó una risita. —Si hubieras visto la cara que puse cuando me dijeron dónde trabajaría y lo miré en Internet. Al ver tu foto casi me da un infarto y grité como una loca que ni de coña trabajaría para ti.

—Tus padres sabían lo que había pasado en el campamento. Tu madre me lo dijo ayer.

—Claro. En cuanto llegué, te puse verde, pero mis padres no le dieron importancia. Dijeron que me había hecho más fuerte y que estaba preciosa.

—Increíble

—siseó

pasándose la mano por su pelo rubio con mala leche—. Y si había sido una experiencia tan productiva, ¿por qué no volviste el año siguiente?

Parpadeó sorprendida por su tono. —¿Estás enfadado?

—No, qué va. ¡Contesta a la maldita pregunta!

—El año siguiente me fui a París todo el verano.

—¿Y el siguiente?

—A Berlín. —Vio cómo iba hacia la ventana y se metía las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Robert?

—Así que si no superas la prueba, tu padre se sentiría muy decepcionado, ¿verdad? Lleva preparándote toda la vida para tu examen final.

¿A dónde quería ir a parar?

—¿Tú crees? —La fulminó con la mirada. —Sí, supongo que sí.

—¡Y tú, que le quieres, no le decepcionarías dejando el trabajo! ¡Todo lo de esta mañana fue puro teatro! —A Shandra se le cortó el aliento porque la había pillado y

Robert sonrió con malicia. —Debo reconocer que lo de tu topless me dejó algo descolocado.

—¿Qué quieres decir?

—¡Qué nunca dejarías el trabajo! —Se acercó sonriendo como si le hubiera tocado la lotería y se sentó a su lado colocando los brazos a cada lado de su cuerpo. —Nena, eres mía los próximos dos meses.

—¡No te atreverás!

—Lo que ocurrió en ese campamento no será nada comparado con los dos próximos

meses. —A Shandra se le cortó el aliento por su mirada. Parecía que quería comérsela viva y se acercó lo suficiente para que sintiera su aliento. —Te va a encantar. —Le dio un vuelco al corazón al escucharle.

—Puedo dejarlo —susurró muriéndose porque la besara mientras su respiración se agitaba.

—No lo harás. Eres fuerte y no decepcionarás a tus padres dándote por vencida. Lo del coche es lo de menos. Te han programado para salir adelante y tú soportarás lo que sea con tal de llegar a tu

objetivo. —Acarició con la nariz la
suya y Shandra separó los labios.
—Es el examen final y tú siempre
sacas matrículas de honor, nena. —
Besó suavemente su labio inferior
antes de separarse para ver su cara
y sonriendo maliciosamente la
recorrió con la mirada hasta llegar
a su escote. —Me imagino que no
fingiste en todo esta mañana. Eres
una mezcla de ambas, ¿verdad?
Ayer estabas algo nerviosa por
verme de nuevo. —Su corazón se
aceleró cuando acarició el borde
del escote con la yema de su índice.
—Y esta mañana habías recuperado
el valor. —Shandra gimió cuando

acarició la piel de su seno. Avergonzada miró hacia abajo, para ver que sus pezones estaban erectos a través de la tela del vestido. Él sonrió y se agachó mirándola a los ojos. —Así que te vas a casar con ese tipo. —Se levantó dejándola helada y se puso ante ella con los brazos en jarras. —Parece interesante.

—¿Qué?

—¿Por qué no te acuestas un rato mientras hago unas llamadas para lo del coche? Ven, nena. Debes estar algo mareada con eso que te han puesto. —La cogió en

brazos sorprendiéndola y la llevó por el pasillo hacia su habitación, mientras ella le miraba sin saber qué pensar. La tumbó en la cama y se acercó a sus pies para quitarle los zapatos de tacón antes de sentarse a su lado. —Ahora duerme un rato.

—¿Dormir? —Su mente no razonaba bien entre el sedante y lo que le había hecho Robert.

—Sí, no te preocupes por el trabajo. Tienes el día libre. —Se acercó y le dio un beso en la frente como si fuera su padre, dejándola aún más confusa. Salió de la

habitación cerrando la puerta y Shandra suspiró mirando al techo. —¿Qué diablos acaba de pasar?

Capítulo 6

Intentó repasar la conversación para descubrir qué era lo que había pasado, pero al final el sedante hizo que se durmiera como un tronco. Sintió la babilla cayendo por la comisura de su boca y cerró la boca chasqueando la lengua antes de volverse pasándose la mano por la

mejilla. Un ruido muy cerca de ella hizo que frunciera el entrecejo, pero cuando alguien suspiró a su lado, ese sonido hizo que abriera los ojos para encontrarse a Robert tumbado a unos milímetros de su cuerpo, con el brazo tras la cabeza mirando el techo. Que estuviera desnudo de cintura para arriba intentó ignorarlo, aunque era imposible.

—Ranita, tengo un problema.

—¿Si?

—En realidad es culpa tuya.

Qué raro. —¿No me digas?

—Se apoyó en su codo para verle la cara y parecía muy serio. —¿Qué he hecho ahora?

Él reprimió una sonrisa y la miró a los ojos. —No puedo ir a trabajar así.

—¿Así? No, claro. Tienes que vestirme. —Se puso como un tomate mirando su pecho, pero cuando siguió bajando vio su excitación bajo la sábana. —Ah.

—Tienes una costumbre muy fea cuando duermes. —Alargó la mano y acarició su cuello poniéndola muy nerviosa, mientras ella no dejaba de mirar su

excitación que seguía aumentando de tamaño. —Empujas tu trasero hacia mí. Es imposible dormirse así.

—¿Pero cuánto he dormido?
—farfulló cerrando los ojos para disfrutar de sus caricias.

—Era un sedante muy fuerte. Son las seis de la mañana. —La besó en el cuello antes de acariciar su mandíbula con los labios y llegar a su boca.

—Creo que debería irme...
—Levantó los párpados para verle ante ella. —¿A qué estás jugando?

—Es que me he dado cuenta de que te deseo y tú a mí. —Su corazón dio un vuelco. —¿Qué hay de malo si tenemos sexo? ¿No te gustaría que te bajara esas braguitas negras que llevas y te besara los pezones mientras entro en ti hasta que grites de placer?

—Dios mío... —susurró sin darse cuenta mientras su cuerpo se estremecía de ansiedad.

Sin perder la sonrisa, él bajó la vista hacia su pecho y la mano de su cuello descendió lentamente hasta su escote, apartándolo para dejar su seno al descubierto

rozando su pezón. —Piensa en ello, nena. Serán dos meses en los que podemos hacer lo que nos dé la gana. —Acarició la curvatura de su pecho y rozó su pezón con el pulgar. —Trabajarás conmigo de día y de noche... —Bajó la cabeza y acarició con la lengua la sensible piel entre sus pechos haciéndola gemir de placer. La miró desde abajo y sonrió. —¿Eso es que sí? —La tumbó boca arriba y colocando las manos a ambos lados de su cuerpo la miró desde arriba mientras apretaba su cadera contra ella. Increíblemente excitada, no podía ni pensar cuando él acarició

su miembro por sus braguitas de seda. —Te mueres por esto, ¿verdad? Abre las piernas. — Atontada le miró a los ojos mientras abría las piernas haciéndole hueco y gimió cuando sintió cómo se movía contra ella tumbándose sobre su cuerpo. Rob llevó una mano a su cadera y le levantó el vestido de un tirón. Se sujetó en sus hombros levantando la cadera para que le quitara las braguitas, pero él sin dejar de mirar sus ojos, tiró de ellas arrancándoselas. Nunca en su vida se había sentido más excitada que en ese momento y cuando sintió su

miembro acariciándola íntimamente, cerró los ojos arqueando su cuello. —¿Quieres que te folle? —le susurró al oído—. ¡Dímelo! —le exigió cogiéndola por la nuca para que le mirara.

Sus ojos verdes brillaban de excitación. —Sí.

Entró en ella de un solo empujón, haciéndola gritar de placer y le elevó la cadera con la otra mano para entrar mejor en ella, sin dejar de sujetar su cabello para que le siguiera mirando mientras entraba en ella una y otra vez de

manera implacable. —¿Te gusta, nena? —preguntó con voz ronca.

—Sí, por favor... —Intentó besarle, pero él apartó su boca aumentando el ritmo de una manera salvaje, que la hizo gritar apretando sus uñas sobre su piel hasta que con un fuerte empujón hizo que se precipitara su explosión de placer. Fue la sensación más indescriptible del universo y para Shandra fue como rozar el cielo.

Sonriendo se abrazó a su cuello mientras él tumbado sobre ella respiraba agitadamente, pero cuando Robert se dio cuenta

levantó la cabeza. —Espera, que me quito de encima.

—No —protestó sin que él le hiciera caso. Decepcionada le vio levantarse—. ¿A dónde vas?

—A correr —dijo yendo hacia el vestidor mostrando un trasero que era para dar un infarto.

Se sentó sobre la cama preocupada. Le había dicho que sólo era sexo, pero... Dios, aquello no podía ser sólo sexo. Había sido algo demasiado increíble para que sólo fuera sexo. Se levantó acercándose al vestidor. —
¿Robert?

Él se estaba poniendo unos pantalones cortos negros y la miró sobre su hombro sin interés cogiendo una camiseta deportiva azul de tirantes. —¿Qué pasa, nena?

—¿Todo va bien? —Él se volvió mirándola como si no entendiera de lo que le hablaba y se sonrojó por ser tan tonta. —Es que pareces molesto.

—Acabo de tener un orgasmo de la leche. No me digas que eres de esas que quieren una hora de besitos después, porque eso no va conmigo.

Perdió algo de color en sus

mejillas, sintiendo que se le retorció el corazón. —No, no soy de esas.

—Bien. —Se sentó dándole la espalda en el enorme asiento forrado en terciopelo azul que había en el centro del vestidor y se puso las deportivas. —Creo que deberías irte. No te dará tiempo a cambiarte antes del trabajo.

—Sí, claro.

Él se levantó y se giró para mirarla fríamente. — Hoy tienes mucho que hacer. —Pasó a su lado sin despedirse y salió de la habitación, dejándola allí de pie

con la sensación de que había cometido un error. Escuchó cómo cerraba la puerta del piso y se sintió abandonada. Era una sensación tan terrible, que sus ojos se llenaron de lágrimas, mientras se volvía queriendo salir de allí a toda prisa.

Cuando llegó al apartamento de Rose, ella estaba dormida todavía y preparó café limpiándose las mejillas. De espaldas a la puerta mientras echaba el café, ni se dio cuenta que su amiga estaba allí observándola atándose su bata rosa. —Uy, uy, uy...

Se volvió sobre su hombro y al verla se giró hacia la cafetera para ocultar su rostro. —No pasa nada.

—¿Nada? Pues para no pasar nada, parece que te ha pasado por encima el coche del jefe. —Se sentó en la mesa de la cocina mirándola preocupada. —Me enteré del accidente y te llamé al móvil.

—Me dieron un sedante y...

—Te quedaste a dormir en casa del jefe. Me dijo que estabas allí, así que sumando dos más dos...

—No ha pasado nada.

—Te has acostado con él.

—Lo sabe todo, ¿sabes? Es muy listo y se dio cuenta de que lo de ayer era teatro.

—Lo de los pechos fue demasiado. —Rose sonrió. —Ven, siéntate y cuéntame qué ha pasado.

—No sé, empezamos a hablar de Alvin...

—¿Quién coño es Alvin?

Suspiró dándose la vuelta. — Mi prometido. —Rose la miró con la boca abierta. —Bueno, casi es mi prometido.

—¡El jefe debe que estar que trina!

—¡No!

—Continúa, por favor.

—Después hablamos de mis padres y de la prueba. Le dije que sólo eran dos meses. Estuvimos hablando un rato y llegó a la conclusión que nunca dejaría el trabajo. Me dijo que los meses en el campamento no iban a ser nada comparados con los próximos y...

—¡Os acostasteis!

—Eso fue por la mañana.

La miró fijamente durante

varios segundos. —Y ahora estás hecha un lío.

—¡Me he acostado con él y se ha largado a correr a los dos minutos! ¡Me ha dicho que no pasaba nada, pero parecía molesto!

—¡Igual no deberías haberte acostado con él cuando estás comprometida!

—¡Me dijo que sólo era sexo! —protestó ella—. Que podíamos acostarnos estos dos meses y...

—¿Te lo sugirió él? —preguntó alucinada—. ¿Sabiendo

que tienes novio?

Como un tomate asintió y Rose pensó en ello —Puede que haya decidido darte una oportunidad. Le gustas. Tenías que ver su cara de susto cuando llamaste ayer por teléfono y escuchó la ambulancia.

—¿Tú crees? —Se sentó ante ella demostrando que estaba loca por él y Rose sonrió cogiéndole la mano.

—¿Por qué no te sueltas un poco y lo pasáis bien dos meses? O todo lo bien que te lo puedes pasar con él, dado que va a hacerte la

vida imposible. Estás alejada de tu familia y eres libre, o casi, para hacer lo que quieras. Disfruta de la vida, ya que ese Alvin no te preocupa demasiado.

Se sonrojó intensamente. — Es que ha aparecido Robert y ...

—Y has recordado lo que sentías por él con quince años.

Gimió tapándose la cara. — Soy una estúpida. Me voy a enamorar de él y después pasará de mí como hace media hora.

—Cariño, ya estás enamorada de él. Llevas enamorada

de él toda la vida.

Se levantó de su sitio para ir a servirse un café, mientras que Shandra miraba la pintura azul de la pared sabiendo que tenía razón. — Lucha por él —dijo su amiga colocándole una taza sobre la mesa—. Diviértete y muéstrale la mujer que eres en la actualidad. No aquella tímida chiquilla, que era patosa y que él intentaba fastidiar todo lo que podía. Muéstrate como mujer y veremos qué ocurre. Me da la sensación que podemos llevarnos una sorpresa.

—Pero si sale mal...

—Va a sufrir, ¿pero quieres preguntarte dentro de cinco años, cuando estés casada con ese Alvin, qué hubiera pasado si te hubieras lanzado a esta relación? ¿No te arrepentirías de no haberte liado la manta a la cabeza y haber disfrutado del hombre que realmente amas? Somos jóvenes. Es el momento de cometer errores. — Se sentó ante ella bebiendo de su café. Dejó la taza sobre la mesa y sonrió. —¿Pero y si él se enamora de ti? —El corazón de Shandra dio un vuelco. —Si tuviera una oportunidad de estar con el hombre que amo el resto de mi vida, yo no

lo dudaría por mucho riesgo que conlleva. Piénsalo. En estos dos meses, te juegas el resto de tu futuro sentimental. ¿Le quieres? Pues arriégalo todo por ese hombre. Puede que sólo quiera pasar un rato contigo y eso que te llevas. — Shandra asintió. — Recordarás esos momentos el resto de tu vida.

Asintió levantándose. — Gracias.

—¿Por qué? ¿No me darías a mí ese consejo?

Entonces se dio cuenta de que sí le diría esas mismas palabras. Pensándolo fríamente, era la mejor

solución. Pero pensándolo con el corazón, que era el que iba a sufrir como saliera mal...

—Ve a ducharte, que estoy segura que hoy te va a tener como loca de un lado a otro de la ciudad —dijo divertida.

—No he comprado ropa...

—Ponte lo que quieras. —La vio salir. —Prueba el rojo.

Asomó la cabeza. —¿El rojo?

—Le encanta el rojo. — Maliciosa bebió de su taza. — Escuché cómo se lo decía a Larry

un día. Dice que es un color muy sensual. —Sandra salió corriendo haciéndola reír. —¡Y no te pongas sujetador!

Cuando llegó a la oficina, él ya estaba allí. Miró la rendija abierta de su despacho y cogió el block y el lápiz antes de acercarse y empujar la puerta. —¿Robert?

Él estaba sentado ante su escritorio mirando algo en el ordenador y sonriendo rodeó la mesa y le besó en la mejilla

abrazándolo por el cuello. Robert suspiró acariciando su muñeca. — Nena, ¿no tienes nada que hacer? — Giró el sillón y vio su vestido rojo entallado. — Vaya, estás para comerte.

Aliviada porque no la rechazaba, se sentó en sus rodillas. — ¿Tú crees? — Le besó suavemente en los labios. — Pues tengo que ir de compras, porque estoy atracando el armario de Rose.

— Espero que en esas comprar haya algo rojo. — Acarició su muslo subiendo su vestido.

— Eso está hecho. — Sonrió

radiante mirando sus ojos. —
¿Tienes algo importante para mí?

—Nena, tu trabajo es ayudarme. Deberías tener iniciativa.

Ella se echó a reír cuando su mano llegó a su trasero. —En eso te ayudaré después. —Se levantó a toda prisa y él gruñó por lo bajo haciéndola reír de nuevo. —Venga, a trabajar. —Cogió el block esperando.

—Compra las entradas para la Ópera para esta noche y cómprate un vestido de gala. —Se le cortó el aliento mirándole.

—¿Voy contigo?

Él se volvió hacia el ordenador. —¿No quieres venir?

—¡Sí! Me encanta la Ópera.

—Pues entonces ya está y mañana nos vamos a Milán.

Ilusionada preguntó —¿Y eso?

—Tengo que revisar el motor de un coche de Fórmula Uno. Con lo que te gustan los coches, creo que te gustará ver la fábrica de la marca, que está ubicada en el mismo complejo.

¡No se lo podía creer!

Después de lo de esa mañana, parecía mucho más relajado e incluso encantado de estar con ella. —¿Cuántos días estaremos fuera?

—Cuatro. Por cierto, encárgate del hotel y del avión.

—Sí, claro.

—¿Conoces Milán?

—Conozco Roma.

—Pues te gustará. Lleva algún traje de vestir, por la noche porque iremos a cenar con el dueño de la escudería.

—Sí, claro. —Preocupada por el dinero, intentó que no se le

notara.

—Usa la tarjeta de crédito de la empresa para comprar lo que necesites. Al fin y al cabo, es un viaje de trabajo.

—Pero....

—Nena, déjame trabajar, que tengo que acabar esta propulsión antes de que a Larry le entre un ataque de pánico.

—Sí, claro —susurró al ver que se volvía al ordenador concentrándose de nuevo.

—Por cierto —dijo interrumpiéndola cuando se iba a ir

—, deberías mudarte a mi casa. Al fin y al cabo, vas a pasar casi todo tu tiempo libre allí. Rose recuperará su espacio y yo te tendré a mano.

—¿Te tendré a mano?

Él sonrió malicioso. —Ya sabes lo que quiero decir. ¿O no quieres repetir lo de esta mañana? —La miró a los ojos. —Porque yo me muero por repetir.

Se sonrojó intensamente. — Sí, claro.

—Pues eso. —Se puso a trabajar ignorándola de nuevo.

Salió del despacho cerrando la puerta suavemente y Terry entrecerró los ojos dejando su bolso sobre su mesa. —¿Cómo te encuentras?

—¿Qué?

—¿Estás bien? El accidente...

—Oh, sí. —Sonrió sentándose en su sillón. —No fue nada.

—¿Cómo que no fue nada si el coche es siniestro total?

La miró atónita. —¿No se puede arreglar?

—¡Qué va! ¡Y va a costar que paguen los del seguro, porque el chico iba hasta las cejas de cocaína y alcohol! —Gimió escuchándola. —Y agárrate, su madre es insolvente.

—¡Mierda! —Miró hacia la puerta. ¿Por qué Robert no le había dicho nada? No querría preocuparla. —¿Y qué va a hacer su abogado?

—¿Su abogado? La fiscalía le dará una lección al chaval, que por cierto no tiene ni carnet, pero el jefe no va a denunciar a la madre que ya tiene bastante. Al parecer

tiene dos trabajos y el chico se ha vuelto un auténtico demonio incontrolable. Le van a meter en una especie de reformatorio para intentar enderezarlo.

—¿No la va a denunciar para cobrar?

—Si denuncia a alguien, será a la aseguradora. Pero no creo, porque no va a ganar.

Estupendo, había perdido el coche por su culpa. Se mordió el labio inferior pensando que tenía buen corazón, porque no se había metido con la madre.

Levantó el teléfono y encargó los billetes para Milán del día siguiente. También reservó un hotel en la ciudad. Eligió el mejor para que fueran unos días especiales. Rose y Terry la miraban disimulando una sonrisa y cuando colgó les dijo —¿No tenéis nada que hacer?

—¿Así que te vas de vacaciones? —preguntó Rose maliciosa.

—Son negocios.

—Niña, lleva condones.

—¡Terry! —Cogió su bolso y

pasó ante su escritorio susurrando
—¿Sabes lo que es la píldora?

Su amiga se echó a reír y en ese momento llegó Larry, que al verla tan bien sonrió. —Al parecer desde que estás aquí, tienes unos días algo accidentados.

—Esperemos que todo cambie.

—¿A dónde vas?

—A comprar cosas para el jefe.

—Pásalo bien —dijo sonriendo de oreja a oreja.

Ella asintió mirándole con

desconfianza entrando en el ascensor. —Gracias, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro. —Fue hasta su despacho, pero a ella esa manera de recibirla le pareció algo extraña. Seguro que temía que se chivara a su padre de todo lo que había pasado. ¿O sería que le había visto los pechos? Se puso como un tomate pensando que eso no podía ser. Seguro que había visto muchos en su vida, como para que algo así le alterara. No, debía ser lo de su padre. Igual debería hablar con él para que se tranquilizara.

Capítulo 7

Se pasó todo el día haciendo compras, intentando controlar los gastos. Para esa noche eligió un vestido rosa de gasa, que tenía un corpiño en forma de corazón que enfatizaba su estrecha cintura y sus cremosos pechos, dejando caer la gasa suavemente hasta sus pies.

El color rosa nunca le había gustado mucho, pero ese color apagado favorecía el tono de su

piel. Las sandalias plateadas le combinarían con otros vestidos para el viaje a Milán.

No había ido a la peluquería para no gastar de más y se recogió el cabello en un moño francés, dejando caer dos rizos sobre sus hombros. Se maquilló ligeramente y cuando terminó, colocó sus cosas en el cuarto de baño para que Robert no se diera cuenta ni de que estaba en su casa. Salió del baño y fue hasta el vestidor donde había colocado sus cosas en un hueco y se miró al espejo de cuerpo entero. ¿Dónde estaría? Impaciente miró su

reloj y se puso nerviosa al ver que quedaba una hora para el comienzo de Otelo.

Fue hasta la cocina para beber algo de agua, cuando se detuvo en el salón al ver a la vecina en ropa interior leyendo una revista.

Las dos se miraron asombradas. —¿Qué coño haces aquí? —gritó esa mujer reaccionando más rápido que ella, levantándose del sofá.

Levantó la mano dando un paso atrás. —¡Te lo advierto, como me toques un pelo, te denuncio!

—¿Qué haces aquí? —Vio su vestido. —¿Estabas en la habitación? —Parecía atónita.

—No. ¡La pregunta es qué haces tú aquí!

—¡Es miércoles!

Parpadeó asombrada. —¿Y?

—¡Siempre quedamos los miércoles!

—Ay, madre —dijo sintiendo que empezaba a marearse—. Seguí liados.

En ese momento se abrió la puerta y Robert las miró a las dos desde la puerta. —Mierda.

—¿Qué hace ella aquí? — preguntaron las dos a la vez señalándose.

—¡Yo vivo aquí! —replicó ella.

—¿Pero no eras su ayudante? —Miró a Robert que cerraba la puerta. —¡Cariño, dile que se largue!

—Meredith... ¿por qué no te vas a casa? Te llamo luego.

Esas palabras alertaron a Shandra, que palideció. —¿Piensas seguir con ella?

—Somos amantes. Punto. Y

como tú te vas en dos meses, me parece que no tienes derecho a exigirme nada.

—Ah, ¿entonces nos tomamos un descanso? —La tía sonrió de oreja a oreja. —Eso lo tolero. Así aprovecharé el tiempo para librarme de mi marido, cariño.

Robert sonrió viéndola pasar a su lado. —Hasta dentro de dos meses.

—Te esperaré ansiosa —dijo maliciosa besándole en la mejilla—. ¿Te gusta mi conjuntito nuevo?

—Resérvalo.

¡No se lo podía creer!
¡Encima le miró el trasero hasta que
salió de la casa! Furiosa le fulminó
con la mirada cuando se volvió y
Robert suspiró. —Nena, no te
cabrees. Se me olvidó llamarla.

—¿Acabas de quedar con
ella para cuando yo no esté en tu
cama?

—En dos meses pueden pasar
muchas cosas. —Se la comió con
los ojos y se acercó lentamente
cogiéndola por la cintura. —¿Sabes
que estás preciosa?

—¿Si? Pero esa...

—Olvídate de ella. Estos dos meses son nuestros. —La pegó a él y acercó sus labios a los suyos. —Estoy deseando saber que llevas debajo.

—No llevo nada —dijo sin aliento antes de atrapar sus labios sin poder evitarlo.

Se saborearon mutuamente desesperados y él la sentó rudamente sobre el respaldo del sofá, subiéndole la falda mientras ella se aferraba a sus hombros. Gritó en su boca cuando entró en ella con fuerza y Rob apartó sus labios susurrándole al oído todo lo

que la deseaba. Fue tan intenso y tan primitivo, que la llenó intensamente provocándole un éxtasis indescriptible. Él sonrió apartándose y la besó suavemente en los labios. —Voy a ducharme o llegaremos tarde.

Todavía atontada vio que iba hacia el pasillo quitándose la chaqueta del traje. —Me gusta que no lleves bragas. Así podemos hacerlo en cualquier parte.

Intentó recuperarse y se llevó la mano al cabello, que se le había deprendido. Le siguió hasta la habitación y se arregló mientras él

se duchaba. Dios mío, ¿en qué se estaba metiendo? ¡Había despachado a su amante durante dos meses para estar con ella! ¿Es que no sentía nada por esa mujer? ¿No sentía nada por ella?

Le vio salir del baño desnudo y tragó saliva cuando le guiñó un ojo. —¿Qué pasa, nena? Estás algo pálida.

—Es que... —Él entró en el vestidor demostrándole que mucho no se preocupaba por ella. Le siguió hasta allí y se quedó en la puerta. —No he entendido muy bien lo que ha pasado antes.

—Pues es muy sencillo. —Se puso la camisa del smoking. —Nos hemos dado dos meses para nosotros y le he dicho que nos tomamos un descanso.

—¿Y eso no te parece raro?

—No es raro. Tú volverás con tu Alvin cuando esto termine. —Se encogió de hombros como si le diera igual. Estaba claro que no le molestaba en absoluto y ella asintió saliendo del vestidor intentando recuperarse. Era obvio que ella no podía exigir nada pues no tenía derecho y Robert había dejado claras sus intenciones.

Pasarlo bien durante dos meses. Tomó aire sabiendo que debía planteárselo así, aunque algo en su interior le decía que no podría con aquello. Pero lo intentaría. No se daba por vencida e intentaría disfrutar de su tiempo con él y de lo que tenían, que por otra parte era mil veces más intenso de lo que sentía por Alvin. Eso le recordó que tenía que cortar con él. Aunque estaba en un Open no sabía dónde, debía decirle que lo suyo se había terminado.

—¿Nos vamos? —Robert la besó en el hombro. —Nena, qué

bien hueles. Llevas el mismo perfume que cuando tenías quince años.

Sonrió dándose la vuelta encantada y algo impresionada de que se hubiera dado cuenta de ese detalle. —Es el que me gusta.

—Te va muy bien. Vamos, que no quiero perderme el primer acto.

Y así empezó su vida con él. El viaje a Milán fue tan maravilloso que no se podía

describir. Lo pasaron estupendamente. Ella se pudo montar en un coche de carreras e incluso dio una vuelta a la pista. También le enseñaron la fábrica e interesada estuvo muy atenta a las explicaciones del dueño de la escudería que hizo de anfitrión. Cuando se enteró de que hablaba un poco de italiano, el hombre se explayó en su idioma encantado con ella. Salieron todas las noches, pues Milán era centro de negocios en Italia y Robert tenía compromisos, pero también hicieron turismo. Visitaron el Cenáculo que contiene el fresco de

“La última cena” de Leonardo da Vinci en la Iglesia de Santa María della Grazie y también se dieron una vuelta por el centro de la ciudad. Aprovecharon el último día para ir a la Pinacoteca de Brera que estaba ubicada dentro de un maravilloso castillo del siglo XVII y para sorprenderla la llevo a la Ópera de la Scala. Se sintió tan especial a su lado, que si había alguna duda de que estaba enamorada, esa duda había desaparecido totalmente.

Al llegar a Nueva York su relación mejoró, si eso era posible.

Se sentía cómoda a su lado y parecía que él también. Salían a correr juntos por las mañanas y hacían el amor en la ducha antes de ir al trabajo. Eso también cambió, porque aunque seguía haciéndole recados, él decidió aprovechar sus conocimientos y se dedicó a traducir varios documentos importantes y a comunicarse con abogados de compañías extranjeras para el tema de las patentes y los contratos, haciendo de mediadora con sus propios abogados.

Se dio cuenta que el negocio subía como la espuma y cuando la

llamó su madre diciendo que tenía que asistir a una cena de gala, le pareció perfecto para presentarle a personas que le ayudarían a subir aún más.

—¿Por qué no quieres ir? — preguntó asombrada mientras él miraba por la ventana del despacho dándole la espalda—. Te presentaré a gente y...

—¿No tienes nada que hacer?

—Haces seis semanas que no veo a mis padres. —Se acercó a él y le acarició la espalda por encima de la camisa. —Cariño, quiero verles.

—Pues vete.

Ella apretó los labios dándose por vencida. —Nos queda semana y media... ¿no tienes nada que decirme? —Esas palabras le tensaron con fuerza y Shandra sintió que se le rompía el corazón.

Se volvió lentamente y la miró a los ojos fríamente como hacía en el pasado. Dio un paso atrás, porque después de todo lo que había ocurrido entre ellos, no se lo esperaba.

—¿Algo que decirte? ¿Qué quieres que te diga, nena? Habíamos hecho un trato. ¿Quieres

romperlo? ¿Ya no quieres acostarte conmigo?

—¿Acostarme contigo? —No pudo evitar que el dolor se reflejara en sus ojos y él pareció arrepentido de sus palabras e intentó cogerla por la cintura.

—Nena...

—No me toques —susurró dándose la vuelta—. Está claro lo que tú quieres y creo que deberíamos volver al plan original.

—¿De veras quieres irte ahora? —preguntó divertido deteniéndola en seco. Asombrada

porque se lo tomara a risa, se volvió con la mano en el pomo de la puerta. —¿Y qué diría papá de que te dieras por vencida?

—¡No tengo ni idea de lo que estás hablando, pero creo que te estás pasando de la raya!

—¿No tienes ni idea? —Se echó a reír poniéndole los pelos de punta. —Eso sí que tiene gracia.

—¡Habla claro de una vez!

Robert se sentó en la esquina del escritorio observándola de arriba abajo con desprecio y esa mirada le hizo más daño que nada

en la vida, porque sintió que no la quería en absoluto. Nunca se hubiera podido imaginar que una mirada pudiera destrozar un alma.

—Quieres que hable claro.

—Suspiró y levantó la vista hasta sus ojos. —¿Ahora te ofendes porque quería acostarme contigo? ¿Acaso no lo hemos pasado bien? No sé por qué ahora te haces la ofendida, porque si alguien ha utilizado al otro, esa has sido tú. — Perdió la sonrisa y Shandra apretó los puños al ver el odio en sus ojos. —Nunca me he dejado utilizar por nadie y no iba a dejar que fueras la

primera. —Se enderezó y se acercó a ella. —Así que la princesita tenía que madurar ante el monstruo de su monitor de campamento y su papaíto se lo puso de cebo cuando está comprometida con otro. — Shandra palideció y él la cogió por la barbilla para levantar su cara y mirar sus ojos cuajados en lágrimas. —¿Y qué tenía que hacer yo? ¿Saltar al ritmo que tu padre tocara para conseguir trabajo? No soy tan fácil de manejar, nena. Pregúntaselo a mi padre. Yo también tenía derecho a pasarlo bien en todo este circo. ¿Y qué mejor que follarme a la niña de

papá? —Él le besó fríamente en los labios. —Y ha sido muy interesante ver como la ranita se retorció de placer esperando que me enamorara de ella. Ahora todos tenemos lo que queríamos. Tu padre estará contento. Has superado el periodo con el monstruo del monitor. Tú obtendrás tu premio, te casarás con ese tío que tu familia aprueba y yo me he burlado de ti.

Una lágrima cayó por su mejilla y él sonrió con frialdad limpiando su rastro con el pulgar. —¿Por qué lloras? ¿No era lo que querías? ¿Ahora te arrepientes?

¿Qué esperabas? ¿Que cuando acabaran los dos meses, te rogara que te casaras conmigo? Nena, nunca me casaría con una mujer como tú. Eres una niñaata que se deja dominar por su familia y no tiene escrúpulos para utilizar a los demás por una mierda de coche. Puede que la cama seas la hostia, pero mujeres como tú las hay a patadas.

Shandra sin aliento miraba sus ojos sin poder articular palabra por el veneno que tenía dentro. Él sonrió y se alejó de ella sentándose detrás de su escritorio. —Ahora

vuelve al trabajo. Creo que deberías ir a recoger las cosas que tienes en mi casa —dijo con desprecio—. Por cierto, tienes una costumbre detestable en el vestidor. Encontrar tu ropa entre la mía, me pone de los nervios. Recuérдалo para cuando te cases con ese deportista tuyo. —Cogió el teléfono y le pidió a Terry unos expedientes. —Tráeme un café —dijo mirándola a los ojos.

Destrozada se volvió lentamente y abrió la puerta sin decir una sola palabra. En cuando cerró tras de sí, las chicas la

miraron asombradas porque había entrado en el despacho con una sonrisa en la cara.

—Niña, ¿qué ocurre? —Terry la cogió de la mano preocupada por su expresión.

Sintiendo cómo la bilis le subía por la garganta, salió corriendo y Rose le hizo un gesto a Terry para que se quedara. —Ya me encargo yo.

Corrió hasta el baño y se encontró a Shandra arrodillada en el suelo ante el inodoro vomitando violentamente. —Oh, Dios... ¿Estás enferma?

Agotada se echó a llorar pensando en todo lo que le había dicho. No se podía creer que la odiara tanto como para decirle esas cosas. Rose se agachó a su lado y le levantó la cabeza para pasarle una toalla mojada por la cara. —No puede ser tan grave. No te preocupes. —Al ver que no dejaba de llorar con la mano en su pecho por el dolor que la recorría, su amiga la miró angustiada. —Shandra, te va a dar algo. ¡Me estás asustando!

Sin reaccionar lloraba desgarrada y Rose salió corriendo

del baño. Terry llegó a su lado, pero ella no se daba cuenta. Las palabras de Robert diciéndole que era una niñata dominada por sus padres y que él no se dejaba dominar por nadie, retumbaron en su cabeza una y otra vez.

Sus amigas gritaban a su lado, pero ella no las escuchaba, farfullando palabras incomprensibles. Entonces su respiración se agitó y Robert la cogió de los hombros gritando su nombre. Le miró a los ojos sin ser consciente de ello, mientras le escuchaba decir en su interior “Yo

también tenía derecho a pasarlo bien. Y qué mejor que follarme a la niña de papá”. Su respiración se descontrolaba tanto, que se le nubló la mente antes de caer desmayada entre sus brazos.

Sentada en la tumbona mirando el mar, intentaba dejar su mente en blanco como le habían enseñado en clase de yoga cuando sintió un beso en la mejilla. Sonrió levantando la vista y vio cómo su hermano se sentaba a su lado.

—Hola, Peter. ¿Cómo es que estás aquí? —Observó su traje hecho a medida. —¿No me digas que al fin vas a tomarte unas vacaciones en los Hamptons?

La observó bien y aparentemente tenía buen aspecto. Todo un logro después de esos horribles tres meses que habían pasado desde aquella llamada de teléfono.

—¿Vacaciones? ¡No! —dijo con horror haciéndola reír.

—Eres un obseso del trabajo.

—Eso dicen en la oficina. —

La miró a los ojos. —¿Cómo estás?

—¿También vienes a darme un repaso?

—Papá está muy preocupado por ti.

—Los médicos dicen que estoy bien. Puedo llevar una vida normal, ya lo sabes.

—No me refiero a eso. Sé que la operación ha ido bien. Papá se encargó de buscar al mejor cardiólogo del país. Estaba allí, ¿recuerdas?

Sonrió con tristeza y miró el mar.

—Acaba de llamar. —Hizo una mueca sin darle importancia a las palabras de su hermano. —Se siente culpable.

—¿Por qué? Me ha salvado la vida. Debería darle las gracias. Seguro que es la primera vez que a alguien le rompen el corazón y le descubren una malformación cardiaca. Mira que tener una válvula de más.

—Es que tienes un corazón enorme.

Se echó a reír al escucharle. Peter le cogió la mano mostrando su preocupación. —Quizás

deberías hablar con él. Te puede venir bien.

—Lo que me vendrá muy bien es un zumo. —Se levantó no queriendo hablar del tema, mostrando todo lo que había adelgazado. —¿Quieres uno?

Peter asintió y la vio alejarse hacia la casa recorriendo la terraza vestida con un ligero vestido amarillo. Al mirar hacia la ventana del despacho de su padre le vio observándole con los labios apretados y Peter le hizo un gesto con la mano pidiendo calma. Se levantó y fue tras ella. Se la

encontró en la cocina hablando con la cocinera y se cruzó de brazos escuchándola decir que no tenía hambre.

Al ver que se había olvidado del zumo, se acercó a la nevera y le sirvió uno. Se lo puso en la encimera y Shandra sonrió dándole un beso en la mejilla. —Me voy a cambiar para la cena.

Peter vio cómo huía de la cocina, porque no quería hablar de lo que había sucedido en esos dos meses con Robert Callaghan.

Caminó hacia el despacho de su padre y entró sin llamar. Estaba

sentado en su sofá de cuero tomando un whisky al lado de su madre, lo que indicaba que no estaba tan calmado como aparentaba.

—¿Y bien? —preguntó su madre ansiosa—. ¿Te ha dicho algo?

—Ni una palabra. Aparte de lo que ya sabemos, claro.

—¿Te ha dicho algo de él? — Su padre dejó el vaso de cristal tallado sobre la mesa de centro y le miró fijamente. —¿De lo que ocurrió?

—Papá, te acabo de decir...

—¡Mierda! —Se levantó exasperado. —¡No tenía que haberle buscado ese trabajo!

—¿Quién iba a imaginar que iba a ocurrir algo así? —dijo su madre nerviosa—. Quedamos en que estaba bien que trabajara para Robert, para que superara sus temores adolescentes. Él le había hecho daño en el pasado y queríamos que supiera que ya era adulta y que sabía defenderse.

—Un error claramente —dijo su padre molesto—. ¡Porque le ha hecho más daño que nunca!

—Está enamorada de él. Lo estaba con quince años y volver a su lado... —Peter suspiró pasándose la mano por sus rizos castaños. —¿Habéis hablado con él?

—¡Sólo quiere hablar con ella! —dijo Cristian Tanner furioso—. ¡Dice que a mí no tiene que darme ninguna explicación! ¡Me ha acusado de prohibirle verla, cuando es ella la que no quiere saber nada de él! ¡Dice que domino su vida! —gritó atónito—. ¡Yo! ¡Qué siempre he querido que seáis independientes!

Peter sonrió. —Papá, debes reconocer que quieres independendencia, pero bajo tus condiciones.

Su padre le miró asombrado y su madre se sonrojó. —¿Qué quieres decir?

—Nos controlas a tu manera.

—Eso no es cierto.

—¡Le buscaste un trabajo y la obligaste a trabajar allí cuando ella no quería! —Su madre se echó a llorar. —¡La obligaste, papá! ¡Eso tendrás que aceptarlo!

—Pero era para que estuviera

en una situación controlada.

—No. Lo hiciste para que le diera en las narices a ese gilipollas, que la había torturado durante dos meses cuando tenías quince años. ¡Querías darle la oportunidad a tu hija de demostrarle que era una mujer impresionante e inteligente, que ya no se dejaba intimidar por nadie! —gritó Peter perdiendo los nervios—. ¡Pero ella no quería eso! —Su padre palideció asintiendo. —Papá, no te estoy echando la culpa. Ella también es madura para plantarte cara y decirte que no, pero ...

—No lo ha hecho nunca —
susurró su madre.

—Os quiere y no le gusta
defraudaros. Como todos nosotros.

—¿Estás diciendo que somos
demasiado duros e intransigentes?

—Papá, no hay mejores
padres que vosotros. Sabemos que
todo lo que hacéis, es por nuestro
bien, pero con Shandra no ha
funcionado. No es culpa de nadie.
No todos los hijos son iguales. Sara
le hubiera hecho un corte de manga
al señor Callaghan y le hubiera
hecho la vida imposible, pero
Shandra no es así. Encima está

enamorada de él. En cualquier otro trabajo la prueba hubiera salido bien, pero a su lado...

—Es obvio que me he equivocado. Pero ese hombre le ha hecho algo a mi hija que la ha destrozado por dentro y quiero saber qué es.

—Ella dice que debería darle las gracias. —Sus padres la miraron asombrados. —Dice que gracias a él le han descubierto su problema cardiaco y que le ha salvado la vida.

—Alvin ha venido a verla varias veces y no ha conseguido

nada. ¡Y es su mejor amigo!

—Pero él le pidió matrimonio y Shandra no quiere hacerle daño. La entiendo. Yo tampoco me abriría con él.

—¿Y con quién lo harías? — Su madre se levantó inquieta. — No sé a quién llamar para que se desahogue.

—Una amiga. Normalmente se hablan de estas cosas con una amiga. — Peter fue hacia la ventana pensando en ello. — Pero tiene que ser una amiga que haya vivido la historia. — Se volvió con un brillo en los ojos. — Esa con la que vivió

antes de irse a vivir con él.

—¡La secretaria de Larry! —
Su padre fue hasta el teléfono y
levantó el auricular. —¡Voy a
arreglar esto, aunque sea lo último
que haga! ¿Dices que me meto? ¡No
me metí cuando me dijo que se
había trasladado a su piso! ¡No me
metí cuando la paseó por todo
Nueva York como su amante! ¡Pero
ahora me voy a meter!

—Cariño, igual no
deberías...

Peter sonrió. —Déjalo,
mamá. Alguien tiene que hacer algo
y las cosas ya no pueden ponerse

peor.

Cristian asintió antes de decir al teléfono. —Ponme con Larry Prescott.

Capítulo 8

Nadó lentamente hasta el otro extremo de la piscina y se volvió para continuar cuando vio que alguien salía a la terraza. Rose le guiñó un ojo. —Menuda vidorra te pegas.

Chilló de alegría yendo hacia la escalerilla y las subió a toda prisa. —¿Qué haces tú aquí? —Se acercó y la abrazó con fuerza. —Cómo me alegro de verte.

—Novata, me estás poniendo perdida —dijo riendo.

Se alejó para verla bien. — Estás muy guapa. Aunque ese vestido azul me quedaría mejor a mí. —Rose la miró de arriba abajo, pero no comentó nada—Lo sé. He adelgazado. No me eches la bronca. —La cogió de la mano. —Ven, siéntate. ¿Cómo está Terry?

—Está saliendo con un viejales de la segunda planta.

—¡No! ¿El calvo?

Su amiga riendo se sentó a la mesa de forja. —¡Sí! Lo que hace

la soledad. Le he dicho que como se case con él, no voy a la boda.

—¡No seas mala! Si le quiere... —Perdió algo la sonrisa al hablar del amor y cogió un vaso para servir la limonada que estaba sobre la mesa.

—¿Y tú cómo estás?

—Bien, el médico me dio el alta hace tres semanas. Puedo llevar una vida normal.

—Eso es estupendo. ¿Cuándo vuelves? —La miró sin comprender. —¡A mi casa! Tendrás que buscar trabajo y...

—Me voy a Europa.

Rose parpadeó mirándola atentamente. —Entiendo. ¿Te han ofrecido trabajo fuera?

—Una de mis profesoras me ha ofrecido trabajar en las Naciones Unidas en Ginebra. Se necesitan traductores de alemán y... —Desvió la mirada.

—¿Pero trabajando en Manhattan no te pagarían mejor?

—Depende de donde caiga. —Se encogió de hombros. —Además, me apetece un cambio.

—Ya lo entiendo. Estás

huyendo a toda pastilla.

Agachó la mirada. —No es eso. Necesito empezar otra vez.

—Está hecho polvo, ¿sabes?
—La miró sorprendida. —Se echa la culpa de lo que te ha pasado y trabaja como un maniaco.

Su corazón saltó en su pecho y se levantó cogiendo una toalla. —No quiero hablar de él.

—¿Qué te hizo? Saliste de ese despacho totalmente descompuesta y cuando te fui a visitar al hospital, no tuvimos la oportunidad de hablar porque

estabas rodeada de tu familia. — Rose se levantó colocándose tras ella y le tocó el hombro. — No hay que ser un genio para saber que te rompió el corazón, pero ...

— No pasó nada. — Se apartó forzando una sonrisa. — ¿Por qué no me cuentas qué tal con Larry? ¿Sigue tan enamorado de esa pija de Park Avenue?

— Dios, debió ser un cabrón de primera para que no quieras ni hablar de ello. — Se miraron a los ojos. — ¿Qué te dijo?

— Por favor, cambiemos de tema.

Rose la cogió por el brazo.

—¡No! ¡Porque me siento culpable!

—Shandra la miró asombrada. —

¡Me siento culpable, porque acudiste a mí y te lancé a sus brazos cuando sabía que algo no iba bien!

—¿Qué?

—¿Hablar así de ti sobre tu adolescencia y sobre que eras una niñita de papá, para inmediatamente acostarse contigo? ¿Después de enterarse de que tenías prometido? Eso me pareció rarísimo. ¡Tuve la sensación de que se sentía menospreciado, pero me negué a creer que se acostara contigo para

darle una lección! —Shandra palideció y Rose dio un paso atrás. —Así que fue eso. Te utilizó para darle una lección.

—No se deja manejar por nadie. Esas fueron sus palabras —dijo con ironía—. Aparte de otras lindezas que no pienso repetir. ¿Quieres comer algo?

—¿Pero qué coño os pasa? —le gritó a la cara dejándola atónita—. ¡Estáis enamorados y os hacéis daño de esta manera! ¿Es que por una maldita vez no se puede tener un amor fácil? ¿Siempre hay que complicarlo

todo?

—¡Él no está enamorado de mí!

—¡Te aseguro, que la persona que estuvo a tu lado durante esas semanas, te amaba! Y el hombre que vi desesperado en la sala de espera del hospital, no era nada indiferente.

—Se sentía culpable.

—¡Culpable! ¡Pensaba que te morías! ¡Vio cómo te reanimaban en el suelo del baño! ¡Larry estaba descompuesto por lo que estaba pasando, pero Rob estaba

desesperado!

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Se sentía responsable. Dile que no tiene por qué. Estoy bien.

—Si te quieres engañar a ti misma diciéndote que estás bien, yo no puedo hacer nada —dijo furiosa—. ¡Pero él no está bien! ¡Y deberías hablar con él, al menos para calmar su conciencia! —Fue hasta la puerta. —¡Es lo menos que puedes hacer después de no contestar a ninguna de sus llamadas!

Se quedó allí de pie

temblando y se sentó en la silla sintiéndose sin fuerzas. No quería que se sintiera culpable por lo que había pasado, porque aunque su discusión fue el detonante, llevaba enferma toda la vida y no lo sabía. Pero de todo lo demás no creía una palabra. El hombre que le había dicho todo aquello no la quería. Cuando quieres a una persona odias hacerle daño.

Los gritos de sus hermanas la hicieron limpiarse las lágrimas y las vio entrar en la terraza. — ¡Shandra! ¡Dile a esta idiota que no puede coger mis cosas cuando le da

la gana!

Sheila fulminó a Sara con la mirada. —¡No lo estabas usando y yo me he dejado mi Tablet en casa!

—¡Debes respetar las cosas de los demás! ¡No tienes derecho a entrar en mi habitación y a rebuscar entre mis cajones! ¡Siempre estás cotilleando!

—¡Si crees que me importa lo que escribes en tu diario sobre ese chico —dijo Sheila con burla—, lo llevas claro! ¡Y nunca te casarás con él!

Sara se sonrojó intensamente.

—¡Eres idiota!

—¡Idiota eres tú!

Shandra las miraba la una a la otra como en un partido de tenis y preguntó sin pensar —¿Vosotras os queréis? —Sus hermanas la miraron como si estuviera loca. —¿De verdad os queréis? ¿Cómo podéis ser tan crueles la una con la otra si realmente os queréis?

—Shandra, ¿estás bien? —preguntó Sara preocupada.

—¡Contesta a la pregunta!

Sheila miró a Sara, que asintió. —Claro que la quiero. —

La pequeña cogió la mano de Sara demostrando que también la quería. —Y a ti también.

—¿Y eres capaz de hacer daño a tu hermana porque sí?

—Es que tiene que aprender que no puede pasarse de la raya.

—No me he pasado de la raya —dijo Sheila—. Y tú lo hacías con Shandra.

Sara se sonrojó. —¿Quieres callarte?

—¡No, no me callo! —Soltó su mano y empezaron de nuevo mientras Shandra las observaba. Se

insultaron e incluso Sheila intentó empujar a su hermana a la piscina, hasta que Sara dijo algo que hizo que la pequeña llorando saliera corriendo. Vio la cara de culpabilidad de su hermana y la miró de reojo avergonzada. Sin decir una palabra corrió tras Sheila pidiéndole perdón.

Esa era la fase que le había impedido a Robert y por eso se seguía sintiendo culpable. Apretó los labios levantándose. Ya era hora de cerrar ese capítulo para siempre.

Se puso algo nerviosa entrando en la fábrica y sonrió al portero, que llevó la mano a la gorra en señal de saludo. Entró en el ascensor con dos hombres, recordándole su primer día y al escucharles hablar, siguió sin entender nada. Cuando salió al hall del último piso, vio que Rose no estaba en la mesa y al mirar a Terry se sonrojó porque la miraba pasmada.

—¡Dios mío, niña! —Se levantó para abrazarla, antes de apartarse para mirarla bien. —

¡Estás preciosa!

Sonrió porque le había costado muchísimo vestirse para ese día y llevaba un vestido verde que resaltaba el color de sus ojos. Sus rizos castaños estaban impecablemente peinados rodeaban su cara, intentando disimular lo delgada que estaba.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. Gracias. —Se volvió hacia la mesa de Rose. —
¿Está de vacaciones?

—Tiene una reunión con Larry. —La cogió de la mano. —

¿Quieres un café?

—No, gracias. ¿Está Robert?

Terry perdió la sonrisa. —
Pues también está en la reunión. Me
he quedado yo para...

—Oh, no importa. —Forzó
una sonrisa. —Volveré otro día.

—Pero no te vayas. Quédate
un rato. Llegarán enseguida y...

—Debería irme. Estoy
arreglando papeles y...

—Sí, ya me ha dicho Rose
que te vas a Ginebra.

—Sí, en una semana. —Se

miraron e incómoda por la situación dijo —Dile a Robert que he venido.

—Espera, que le llamo.

—Oh, no quiero interrumpir. No es nada. —Fue hasta el ascensor y tocó el botón. —Volveré y podremos hablar más tranquilas. ¿Quedamos para comer mañana?

Se abrió el ascensor. — Claro. Ven antes de la comida. Ya le aviso de que vendrás y...

—Hola, nena.

La voz de Robert tras ella la tensó y se volvió sorprendida para

verle al lado de Larry y Rose. No podía mirarle a los ojos, así que sonrió a Larry y a Rose, que parecía muy satisfecha consigo misma.

—Has venido...

Esa frase de Robert hizo que se apartara para que salieran del ascensor y Larry cogió a Rose del brazo para alejarla hacia su despacho y dejarles solos. —¡Me alegra verte tan bien! —dijo Larry antes de entrar en su despacho.

Al volverse vio que Terry también se había puesto a trabajar y tomó aire para mirar a Robert. Era

cierto que parecía agotado y tenía ojeras como si llevara días sin dormir, pero no sintió ninguna pena. Parecía que finalmente había conseguido librarse de lo que sentía por su antiguo monitor del campamento.

—¿Podemos hablar un minuto?

—Sí, claro —dijo comiéndosela con los ojos. En otro momento esa mirada le hubiera alterado la temperatura, pero en la actualidad la dejaba fría. Sonrió más tranquila y caminó hacia el despacho entrando con él detrás.

Se sentó en una silla dejando el bolso en la de al lado y Robert se quedó de pie mirando como cruzaba las piernas. —Nena, yo...

—¿Me dejas hablar a mí? — No se sentía capaz de escuchar sus disculpas.

Él apretó los labios y asintió sentándose en la esquina del escritorio, aunque era evidente que quería acercarse más. Seguramente pensaría que saldría corriendo y así era.

—No sé lo que se te pasa por la cabeza —dijo mirando su corbata porque no podía soportar

su mirada—, pero quiero que sepas que no te culpo por lo que pasó. Podía haber pasado en cualquier momento y ocurrió en ese. Tú no tienes la culpa de que tuviera una válvula de más. —Forzó una sonrisa esperando una respuesta que no llegó. Como no respondía le miró a los ojos sin querer. —¿No tienes nada que decir?

—Has venido hasta aquí para evitar que me sienta culpable.

—Bueno... —Se sonrojó pensando que había sido una idiota. Parecía que a él le daba igual. — Como llamabas todos los días...

—Llamaba todos los días porque quería saber si estabas bien y que me lo dijeras tú.

—Oh, la operación ha ido muy bien. Mi cardiólogo está muy contento con el resultado.

—Eso ya lo sé. No me refería a la operación. —Shandra perdió la sonrisa. —Nena...

Ella se levantó de golpe. — No pienso hablar de ese día. Ahora si me disculpas, tengo cosas que hacer.

—¡Sí, también me he enterado de que te vas! —Parecía

frustrado y se volvió atónita.

—¡Sí! ¡Me voy! ¿Algún problema?

—¡Pues ya que lo dices, sí!

—¡No sé a qué viene esto, cuando hace tres meses estabas deseando que desapareciera de tu vista! —le gritó dolida.

—Nena... —Intentó cogerla por los brazos.

—¡Ni se te ocurra tocarme! Sigo siendo la misma niñata de papá que te ha utilizado, ¿recuerdas? —Robert palideció. — ¡Tú obtuviste lo que querías y yo

también! Así que dejémoslo estar.

—Siento lo que te dije.

—¡Lo sientes! ¿Sientes haberme roto el corazón o decirme lo que pensabas? ¡Lo planeaste todo y cuando te diste cuenta que tendrías que enfrentarte a mi padre en la cena de gala, decidiste soltar todo tu veneno sobre mí! —Él apretó las mandíbulas. —¿Sabes? Estoy harta de que siempre sea la diana de tus pullas. Búscate a otra a la que torturar.

—¡Torturar! —Furioso la cogió del brazo. —¿Sabes por qué hice lo que hice en el campamento?

¡Para hacerte más fuerte! Llegaste el primer día escondiéndote entre los demás y nunca querías participar en nada, escondiéndote detrás de los libros y las golosinas, sin oír las burlas de tus compañeras.

—¡Ahora lo hiciste por mí!
—Furiosa le empujó por el pecho.
—¡Te burlabas de mí delante de los demás y ellos lo imitaban cuando no estabas presente! ¡Me hiciste la vida imposible y me obligabas a correr todos los días a tu lado!

—¡Porque quería estar contigo!

Esas palabras la dejaron con la boca abierta dando un paso atrás. —Era el único momento en el que estábamos solos y... —Frustrado se volvió para pasarse la mano por su cabello rubio. —Está claro que fui un monitor horrible.

—Estás loco.

Él sonrió con tristeza. — Esperaba que vineras al año siguiente. Joder, cómo deseaba verte. —Los ojos de Shandra se llenaron de lágrimas. —Pero no viniste. Debo decir que me dolió un poco. Y ni sé por qué volví el siguiente con la esperanza de que

regresaras. Yo seguí con mi vida, por supuesto, pero siempre estabas ahí en el verano cuando llegaba el momento de pedir mi plaza de monitor. Y fui tres malditos años más, hasta que me di cuenta de que no volverías. —Se echó a reír sin ganas. —Y cuando menos me lo espero, te encuentro en mi despacho para trabajar conmigo. No me lo podía creer. Si había decidido fastidiarte por ser una niña de papá, cuando te vi, esas intenciones se publicaron por mil. Casi me muero de la risa cuando te vi entrar en el despacho después del primer día. Me lo pasé estupendamente

interrogando a tu madre sobre ti, pero es muy lista y sólo me dijo lo que le convenía. —Perdió la sonrisa mirándola a los ojos. — Pero tuviste el accidente y te dieron ese maldito sedante. ¡Me sentí un idiota! ¡Yo pensando en ti y tú sólo me utilizabas para hacer feliz a tu padre y para casarte con ese!

—¡No fue así! ¡Lo estás retorciendo todo a tu conveniencia! Me dijiste que...

La cogió por los brazos. — ¿Qué querías que te dijera? —le gritó a la cara—¿Que cuando estaba en la universidad pensaba en

una niña de quince años? ¿Que intentaba acercarme a ti y tú me rehuías?

—¡Me tratabas mal!

—¡Intentaba que reaccionaras! —Él suspiró y se apartó como si le quemara su contacto. —Pero eso da igual en este momento, ¿no crees? Ya no hay marcha atrás.

Ella no podía decir eso, pero se dio cuenta de que estaba avergonzado de su comportamiento y no quería profundizar más en el asunto. No se sentía capaz.

—No estoy aquí para recriminarte nada. Sólo quería que supieras que estoy bien.

Él sonrió con tristeza metiendo las manos en los bolsillos del pantalón. —Y no sabes cómo me alegro, nena. Sólo quiero que sepas que me arrepiento de cada una de las palabras que salieron de mi boca y que disfruté de cada momento que estuve contigo.

Shandra sonrió con lágrimas en los ojos. —Yo también.

Se volvió para irse y la abrazó por detrás con fuerza. —Nena, por favor... —susurró en su

oído como si estuviera
desesperado.

—Suéltame.

—Te juro que no volverá a
pasar, que...

—No me jures nada. —Se
zafó asustada de él y salió
corriendo de allí. No podía
quedarse, no podía creerle porque
le seguiría haciendo daño. Todo lo
que le había dicho había sido una
maldita mentira de principio a fin
basada en su maldito sentimiento de
culpa.

La observó desde la puerta

de su despacho entrar en el ascensor como si la persiguieran, mientras las chicas sentadas en sus mesas no abrían la boca. Cuando el ascensor se cerró, Robert apretó los labios antes de volverse lentamente y cerrar la puerta con suavidad.

Terry miró a Rose que estaba impresionada. —Qué triste —susurró levantándose—. ¿Le has visto la cara cuando ella se iba?

—¡Joder! ¡No lo han arreglado!

La puerta de Larry se abrió. —¿Qué ha pasado?

—Que se ha ido. Eso ha pasado.

Su jefe suspiró y miró la puerta de Robert. —¿Debería hablar con él?

—Si necesita un amigo, creo que es en este momento.

Larry con cara de resolución fue hasta allí y Terry se acercó a Rose. —¿Qué podemos hacer?

—¿Qué vamos a hacer nosotras? ¡Le ha hecho daño y después de todo lo que ha pasado, no le va a perdonar fácilmente! ¡Ella se había entregado a él

totalmente y le tomó el pelo!

—No todo era teatro. Les has visto juntos como yo.

—Ahora ya da igual. Ella se va y la acabas de ver. Huía de él como del diablo. Dejemos las cosas como están.

Terry chasqueó la lengua. —
¡Menuda mierda!

Capítulo 9

Larry cerró la puerta viendo como su amigo miraba la ciudad. —Rob, ¿estás bien?

—No me perdonará nunca. — Pensó en voz alta. —Me tiene miedo. Sus ojos...

—Debes entender que ha sufrido mucho y lo de su

operación... Deberíais seguir con vuestra vida.

—En este momento, lo único que deseo es que se olvide de mí y de todo el dolor que le he causado.

—Nunca se sabe, amigo. Igual dentro de un tiempo podréis estar juntos, pero ahora todo es muy reciente. Deja que pase el tiempo. En unos meses todo puede ser distinto.

—¿Sabes? Tiene razón. Soy tan egoísta que lo he retorcido todo a mi conveniencia. Ella sólo quería hacer feliz a sus padres y yo me lo tomé como una afrenta. Tenías que

verla ante la mesa de Terry el primer día. Estaba tan nerviosa... —Sonrió sin ganas. —Nerviosa de verme de nuevo y de volver a pasar dos meses a mi lado. Me di cuenta enseguida, pero en lugar de comportarme como un hombre maduro, volví a comportarme como un crío de veinte años.

—Está claro que no eres muy racional cuando estás a su lado.

—Cuando me contó lo de su novio, lo vi todo rojo porque sabía que me deseaba a mí. Sólo se me ocurrió convertirla en mi amante para darle la patada cuando

terminara su prueba. Quería enamorarla y me comporté con ella como con ninguna mujer para conseguirlo. Y todo lo hice para hacerle daño. Después de pasar semanas con ella... después de saber que la quería, lo hice en cuanto mencionó a su padre —dijo incrédulo—. ¿Cómo he podido decirle todas esas cosas a la mujer que amo?

—No lo sé. Yo me cortarí un brazo antes de hacerle daño a mi mujer, pero... imagino que estabas dolido y no pensabas con claridad. No te tortures más por algo que ya

no tiene solución, Rob. Debes dejarla ir.

Miró la ciudad sintiendo que había perdido lo mejor que había tenido en la vida. —Sí. Ha llegado el momento de dejarla en paz.

Preocupado se acercó a su amigo y le apretó el hombro. — Seguro que dentro de unos meses, ella estará recuperada del todo y tú volverás a tirarte a todo lo que se mueve.

—Sí, se casará y será feliz.

Shandra escuchaba por su auricular traduciendo lo que decía Angela Merkel en su intervención ante las Naciones Unidas y sonrió a una compañera que se sentó a su lado diciendo las últimas palabras en inglés para cerrar el micro que tenía ante la boca. Se quitó los cascos.

—Hola, Monic —saludó dejando los cascos sobre la mesa.

—¿Vienes a tomar unas cervezas luego? —preguntó en francés colocándose los cascos.

—No puedo. Mis padres vienen a verme desde los Estados

Unidos.

—¡Eso es estupendo! ¿Hace cuánto que no los ves?

—Seis meses. Vienen a pasar mi cumpleaños conmigo. —Se levantó cogiendo el bolso. —Así que diles a los chicos que suspendan la fiesta sorpresa.

—Festejaremos otra cosa — dijo divertida apartándose un mechón de pelo de la cara—. ¿Has terminado?

—Sí. ¡Al fin! —Fue hasta la puerta y se despidió con la mano de otro compañero para salir de la

pecera desde donde observaban el auditorio. —Au revoir.

Salía del inmenso edificio y miró su móvil por si tenía mensajes. Sonrió al ver uno de su madre diciendo que la llamara lo antes posible, así que marcó su número yendo hacia la parada del autobús.

—Hola —dijo en cuanto descolgó—. ¿A qué hora cogéis el vuelo?

—Hija... —La voz preocupada de su madre la puso alerta.

—¿Qué ocurre? ¿Papá está bien?

—Sí, no es eso.

—¿Son las chicas? ¿Qué ocurre, mamá?

—Sé que no debería decírtelo, pero si fuera tú me gustaría saberlo.

—¿Qué pasa? —Nerviosa se detuvo en seco.

—Me he enterado hace una hora por las noticias. —A Sandra se le puso un nudo en la garganta. —Rob Callaghan ha tenido un accidente en la zona de pruebas. Al

parecer el motor explotó. Está muy grave, cielo.

Shandra apartó el teléfono impresionada sintiendo que su pecho estallaba y corrió hacia la parada de taxis, esquivando a la gente que entraba y a los turistas que sacaban fotos.

Fueron las horas de vuelo más largas de su vida y angustiada intentó llamar a todo el mundo para conocer su estado, pero nadie le cogía el teléfono. Cuando llegó al

JFK después de cuarenta y ocho horas sin dormir, corrió hacia la salida donde el chofer de la familia la estaba esperando.

Al entrar en el coche se encontró con su padre que sonrió abrazándola. —¿Cómo está? — preguntó con lágrimas en los ojos —. Todavía...

—Está vivo. Grave, pero vivo. Iban a operarle de nuevo, así que ahora estará en quirófano.

—¿Has ido a verle?

—Su padre impide las visitas y sólo entra su familia.

Asustada le miró a los ojos.

—¿Sobrevivirá?

—No creo. Tiene órganos internos dañados y ...

—¿Y? —preguntó histérica.

—No lucha por vivir, cielo. Incluso le dijo a una enfermera que no le trataran antes de perder el sentido. Eso preocupa a todo el mundo. Su padre está de los nervios.

—¿Qué? —Una lágrima cayó por su mejilla. —¿Cómo que no quiere vivir?

—Fui a tomar un café con su

padre. Le dije que trabajaba con Rob y ...

—Continúa.

—Casi no se hablan desde hace años y estaba atónito porque hubiera perdido las ganas de vivir. Me dijo lo de la enfermera sin poder creerlo. Al parecer su hijo siempre ha sido un hombre que sabía lo que quería y luchaba por conseguirlo con uñas y dientes. No puede entender porque ya no quiere seguir adelante.

—¡Eso no va a pasar! —gritó histérica—. ¡Robert va a vivir! — Su padre la cogió de la mano. —

¡Ese hombre no le conoce! —dijo llorando—. ¡Robert saldrá adelante!

—No te alteres, hija. No quiero que caigas enferma tú también.

—¡Se va a poner bien! —Se echó a llorar tapándose la cara. — Oh Dios, no puede morirse. No puedo perderle, papá.

Su padre la abrazó acariciándola en la espalda. — Tranquila. Enseguida llegaremos y podrás verle...

Asintió apartándose y

limpiándose las lágrimas. —
Hablaré con él y ya verás cómo me
hace caso.

—Estará inconsciente y...

—Él me escuchará. Lo sé. ¡Y
se tendrá que recuperar porque
acabo de decidir que va a pasar
toda su vida de penitencia por lo
que me hizo! ¡Y esa penitencia la
pasará a mi lado!

Cristian Tanner sonrió. —
Seguro que si alguien lo consigue,
esa eres tú.

Llegaron al hospital y siguió
a su padre hasta la recepción donde

preguntaron por Robert. Habían suspendido la operación, porque no se encontraba lo suficientemente bien para que entrara en quirófano. Asustada siguió a su padre a la Unidad de Cuidados Intensivos, donde un hombre mayor estaba sentado en una silla de plástico al lado de Larry que tenía el móvil en la mano. Al verla se levantó aliviado. —Has venido...

—¿Cómo está? —preguntó muy pálida.

—Está grave, no te voy a mentir. Está muy grave —dijo agotado. Se pasó una mano por los

ojos para evitar llorar. —No sé si podrán hacer algo por él.

—Quiero verle —susurró asustada.

—No sé si será buena idea.
—Miró de reojo al anciano, que también estaba agotado. Pudo ver su enorme parecido con Robert, aunque ya tenía el cabello cano. Sonrió sin poder evitarlo y se acercó a él.

—¿Señor Callaghan? —
Levantó la vista mirándola con los mismos ojos grises de su hijo y tragó saliva para extender la mano.
—Soy Shandra.

—¿Es una de las amigas de mi hijo? —Extendió la mano estrechándola.

—No —dijo divertida—. Soy su futura nuera. Y ahora quiero ver a mi hombre y usted no va a impedírmelo.

El hombre sonrió. —No se me ocurriría intentarlo.

—Bien. —Miró a su alrededor. —¿Y con quién tengo que hablar?

Larry sonrió. —Ven conmigo. Encontraremos al médico.

Tuvieron que discutir con el

médico para que la dejara entrar, pero después de que ella le metiera cuatro gritos sobre que no le iba a dejar morir, el tipo decidió darle una oportunidad. En un cuarto se vistió con un traje blanco de papel y una enfermera entró con ella en una habitación anexa donde la cama de Rob estaba en el centro rodeada de aparatos por todas partes, pero lo que realmente la impresionó fue verle tumbado sobre la cama lleno de tubos y vendado por todos los sitios. Tenía un gran apósito en la mejilla y su piel estaba sonrosada por muchos sitios como si se hubiera quemado.

—¿Se ha quemado?

—Sí —dijo la mujer con pena—. La mayoría son quemaduras superficiales, pero en su brazo derecho....

Ella reprimió las ganas de llorar por lo que le debía doler. — ¿Puedo tocarle?

—Sí. —Acercó un taburete a la cama y ella se acercó. — Siéntese aquí.

Pero ella no lo hizo. Se quedó de pie a su lado y temiendo hacerle daño, alargó la mano para tocar sus dedos que parecía lo

único que estaba sano. —Hola, mi amor. ¿Qué pasa? ¿Que siempre tienes que hacérmelo pasar mal? Me debes muchos momentos buenos y no pienso dejar que te vayas. —Acarició su dedo índice. —Te he echado de menos. ¿Y tú a mí? Eres un cabezota y no me conoces nada, porque esperaba que fueras a buscarme, ¿sabes? —Los ojos de la enfermera se llenaron de lágrimas al verla. —¿Y qué si estaba asustada? Tenías que haber ido hasta allí e intentar convencerme de que me querías. Y si no me quieres, me da igual, porque pienso perseguirte hasta que lo hagas. Y te

casarás conmigo. Seremos tan felices como esas semanas. —La enfermera miró el monitor y asombrada vio cómo su pulso era más firme y la tensión se estabilizaba. Corrió fuera de la sala mientras Shandra seguía su discurso. —Cuando salgas de aquí, nos tomaremos unas vacaciones. ¿Recuerdas nuestro viaje a Milán?

El médico ordenó que se la dejara entrar cuando quisiera, así que después de estar cuatro horas hablando con él, salió unos minutos. Más por ir al baño, que por comer algo. Larry estaba en el

pasillo y sonrió al verla. —Al parecer está mejor.

—¿Qué?

—Sus constantes han mejorado mucho. Dentro de una hora si todo sigue así, le operarán el pulmón.

—Eso es bueno, ¿verdad?

—Sí. Muy bueno.

Esperanzaba dijo que iba a comer algo y Larry le acompañó. —El padre de Rob se ha ido a descansar. —Le colocó delante una taza de café y una bandeja. —Tú también debes estar agotada

después del viaje.

Ella apoyó los codos sobre la mesa pasándose la mano por los ojos. —Ha sido horrible. Pensaba que no llegaría a tiempo.

Se sentó frente a ella. —Afortunadamente no ha sido así. Come algo. No puedes ponerte enferma tú también.

—¿Crees que me dejarán poner una cama a su lado?

—¿Qué?

—Me necesita. —Le rogó con la mirada. —Ayúdame a convencerlos.

—Pero tú también necesitas descansar. No creo que...

—¿Si fuera tu mujer, no querrías estar a su lado? Por favor, ayúdame.

Larry miró esos ojos verdes rojos de tanto llorar y torturados por el estado de Robert. —No tienes la culpa de esto. Lo sabes, ¿verdad? Fue un accidente. —Shandra se echó a llorar y le cogió la mano por encima de la mesa. —No fue culpa tuya.

—Me pidió por favor que le perdonara. Me lo explicó todo y no quise creerle.

—Estabas dolida y asustada. No tienes que culparte por algo que hizo él. Te entendió perfectamente.

—¿Y entenderá que cambie de opinión?

Larry sonrió divertido. — Igual quiere torturarte un poco por lo mal que lo ha pasado estos nueve meses.

Ella entrecerró los ojos. —Es increíble, pero lo estoy deseando.

Les costó convencer al médico encargado de su caso. Pero

después de media hora no le quedó más remedio para quitárselos de encima, después de decir que sus padres donarían mucho dinero para el nuevo quirófano. Mientras operaban a Robert, ella se encargó de la habitación y contrató a tres enfermeras especializadas en intensivos para que no se movieran de la habitación las veinticuatro horas. Eran enfermeras del hospital que agradecieron las horas extra, así que conocían muy bien el entorno. Cuando todo estuvo preparado, esperó sentada en la cama y una de las enfermeras le aconsejó que durmiera. Que ella la

avisaría cuando llegara.

Se tumbó de costado en la cama mirando el hueco vacío de la cama de Robert deseando tenerle allí de nuevo. Era increíble lo que te cambiaba la vida en unos minutos.

Estaba dormida cuando escuchó que se abría la puerta y se sobresaltó suspirando de alivio cuando vio que metían la cama de Robert. Se quedó en su sitio mientras las enfermeras se encargaban de colocar el gotero y el respirador. Observó su trabajo y sonrió al verle después de que una

enfermera se apartara. —Hola, mi amor. —Alargó la mano y cogió la suya. —Has tardado mucho.

La enfermera sonrió rodeando su cama y la movió para que estuviera más cerca de él. —Gracias.

—De nada.

Tumbada a su lado le miró a la cara. —Cariño, he estado pensando que cuando salgamos de aquí podemos mudarnos de casa. Es que ese edificio no me da muy buena espina. Y tu vecina aún menos. Debe ser que todavía la recuerdo en ropa interior sentada en

tu sofá. Sí, debe ser eso. Pero me da igual. Una casita con jardín para los niños, eso tenemos que comprar. Cerca de buenos colegios. —Apretó su mano. —¡No te he hablado de los niños! Yo quiero dos. La parejita, ¿qué te parece?

La enfermera sonrió sentándose en su silla y cogiendo un libro mientras ella seguía hablando hasta quedarse dormida sin soltarle la mano.

Después de que su madre le llevara ropa para cambiarse, para sorpresa de todos empezó a vivir allí como si fuera su casa. Incluso

sus padres se encargaban de llevarle comida a domicilio para que no tuviera que ir a la cafetería. Los médicos estaban muy contentos con su recuperación, así que ya no la sacaba de allí ni el mismísimo director del hospital. Su padre se encargó de ello, extendiendo un cheque muy generoso.

Al tercer día decidió que ya había esperado demasiado y le cogió de la mano. —Mira cariño, tienes que despertarte porque esto de que no me respondas, me pone muy nerviosa. —Entrecerró los ojos. —No lo harás para

torturarme, ¿verdad?

—Está sedado —dijo la enfermera de turno poniéndole la medicación—. Para que no sufra por las heridas.

—Ah... entonces te perdono. —Se acercó y le besó en la mejilla sana acariciándole con la nariz mientras la enfermera sonreía.

—Seguro que el médico decidirá que hoy por la tarde o mañana se despierte para comprobar si está bien.

—Claro que está bien —dijo convencida sentándose en la cama y

acariciando su antebrazo con cuidado—. Dentro de unos días estará exigiendo que salga a correr.

—No lo dudo. Tiene que ser un hombre muy especial para tener una mujer como usted.

—Sí que es especial.

Se pasó todo el día nerviosa, esperando que el cirujano decidiera despertarle y cuando lo hizo, se puso a su lado mientras su padre estaba a los pies de la cama. Los párpados de Robert se movieron imperceptiblemente y ella sonrió susurrando —Hola, cariño.

Robert frunció el ceño y abrió los ojos lentamente para verla ante él. Miró a su alrededor encontrándose con su padre y siguió mirando hasta que su vista llegó a los médicos antes de volver hasta ella. Se miraron a los ojos y ella dijo —Te vas a poner bien. ¿Me entiendes?

—Igual está algo confuso —dijo el doctor—. Señor Callaghan, ¿recuerda el accidente?

Él no dejaba de mirarla a los ojos y apretó su mano. — ¿Recuerdas el accidente? —Robert asintió con la cabeza. —¿Te duele

mucho?

—¿No pueden quitarle el respirador? —preguntó su padre preocupado.

—Lo haremos enseguida.

Shandra al darse cuenta que se tenía que apartar, se alejó de él soltando su mano para que la enfermera ayudara al doctor, pero Robert se puso nervioso mirando a su alrededor como si la estuviera buscando. —Estoy aquí. —Apartó a la enfermera y le cogió la mano. —Estoy aquí, mi amor.

Él cerró los ojos aliviado y

el cirujano asintió diciendo a la enfermera —No se preocupe, ya me encargo yo.

Le quitaron el respirador y ella sufrió cada segundo. —Respire hondo —dijo el médico antes de sacarle el tubo de la boca. Todos retuvieron el aliento mientras le veían tomar dos bocanadas de aire antes de que su respiración se estabilizara.

El alivio que la invadió la hizo sonreír. —Lo ha hecho muy bien, ¿verdad?

—Muy bien. —El cirujano le hizo unas preguntas a Robert

mientras le pasaba una lamparilla por los ojos, pero él no respondió nada mientras la seguía mirando.

Perdió la sonrisa. —Cariño, contesta a las preguntas. ¿Las entiendes?

—¿Qué haces aquí? — preguntó con voz rasposa.

Todos la miraron y ella sintió dudas. ¿Y si él no la quería allí? ¿Y si se había montado una película por todo lo que había pasado? ¡Pues le daba igual! ¡No se pensaba mover de aquella habitación!

—¿Qué hago aquí? —Él

asintió con la cabeza. —¡Pues estoy aquí para que sigas torturándome! —Levantó la barbilla. —¡Y si quieres que me vaya, tendrás que ponerte bien y echarme tú mismo!

El señor Callaghan reprimió una sonrisa mientras Robert la miraba fijamente. Ella retuvo el aliento esperando su respuesta y al fin dijo —Pues tendré que recuperarme pronto, ¿no crees?

Shandra jadeó indignada mientras los demás reían. Él apretó su mano como si no quisiera soltarla y reprimió una sonrisa para mirar al cirujano. —¿Y cuándo cree

que será eso, doctor?

—Yo diría que en unas tres semanas. Si todo sigue igual, será trasladado a planta. —Ella iba a decir algo. —Habitación doble.

—Gracias, doctor.

—Si le duele, no dude en decirlo, que para eso se han inventado las drogas —dijo el doctor antes de hablar con el equipo médico en voz baja.

Ella se acercó a la cabecera de la cama y sonrió. —Venga, no te hagas de rogar. Di que estás encantado de verme.

—¿Qué tal por Ginebra?

—Te he echado de menos.

—¿No me digas? —preguntó cansado—. Nena, no deberías haber venido.

—Claro que sí. —No pensaba darse por vencida. — Cuando acabe contigo, vas a rogarme que me quede como tendrías que haber hecho hace meses.

—Te rogué que te quedaras.

Se puso como un tomate mientras la enfermera no se cortaba en poner la oreja. —No fueron

exactamente tus palabras. La próxima vez tienes que ser más claro.

—¿Para qué, si ya estás aquí?

Shandra entrecerró los ojos.

—¡Sí! ¡Estoy aquí y pienso quedarme!

—Pues eso.

La enfermera soltó una risita y Shandra la fulminó con la mirada.

—Tiene la mente muy clara, ¿no cree?

—Perfectamente.

Robert sonrió, pero sus ojos se cerraron de nuevo. Ella acarició

su cabello. —Duerme, cielo. Yo estoy aquí.

—Papá...

El señor Callaghan se acercó a toda prisa. —Yo también estoy aquí, hijo. Descansa. Ya tendremos tiempo para hablar.

Robert asintió quedándose dormido. Shandra sonrió a su suegro y él la correspondió. —Ahora a esperar.

—Eres un ángel. No sé cómo agradecerte...

—Ya me lo agradecerá en la boda con un buen regalo. —El

señor Callaghan se echó a reír.

—¿Y qué sugieres?

—Un viaje romántico —dijo emocionada—. ¡Qué sea sorpresa!

Su suegro asintiendo mirándola con cariño. —Eso está hecho.

Capítulo 10

La siguiente vez que se despertó, ella estaba dormida a su lado. Sintió que movía el brazo y sonrió abriendo los ojos. Ya estaban en la habitación de planta y ella había pegado su cama a la suya porque ya no tenían aparatos alrededor y las vías las tenía en el otro brazo. Estaba algo pálido y se

sentó en la cama. —¿Te duele?

—Sí, pero prefiero que me duela un poco y hablar contigo.

—No, el médico dijo...

—Nena, no va a salir bien.

—Esas palabras le cortaron el aliento. —No funcionó antes y...

—Eso fue antes. Y ahora no quiero hablar de esto, porque no puedo gritarte a gusto.

Robert sonrió y la vio rodear la cama en camisón de seda negra, abrir la puerta y salir descalza de la habitación.

Cuando volvió, le sonrió.

Como si nada se subió a la cama tumbándose de costado y le cogió la mano. —Ahora descansarás en cuanto te aumenten la medicación. —En ese momento llegó la enfermera que inyectó algo en una de las bolsas. —¿Ves? Ahora a dormir.

Robert levantó una ceja. — No seré un buen novio.

—Yo no quiero un buen novio. Te quiero a ti.

—Romperemos en cuanto te haga daño otra vez.

—No. Porque ya no puedes

superar lo que hiciste. —Él hizo una mueca. —¡Y deja de darme disgustos!

Se miraron a los ojos y él sonrió. —¿Por mucho que haga, no me dejarás?

Le miró con desconfianza. — Mejor no contesto a esa pregunta. Nunca se sabe lo que se te puede pasar por la cabeza.

Robert sonrió. —Te he echado de menos, nena.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿De verdad?

—Muchísimo.

—Te quiero. —Se miraron a los ojos y vio cómo se quedaba dormido de nuevo. Pero después de unos minutos se dio cuenta que él no le había dicho que la quería. ¡Estupendo! Ahora no pegaría ojo.

Al día siguiente esperó pacientemente a que se lo dijera. Estaba más despejado y era evidente para todos que estaba mucho mejor. Hubo un momento un poco difícil cuando le hicieron la cura del brazo, porque Robert todavía no sabía el estado en que lo tenía. Cuando vio el estado de la quemadura perdió todo el color de

la cara y apartó la vista, dejando que la enfermera y el médico especialista en quemados le hicieran las curas. Se sentó a su lado y le acarició la mejilla sana, pero él no la miró. —Cielo, ahora está en proceso de curación, pero cuando terminen contigo, casi ni lo notarás.

La miró a los ojos. —Lo notarás tú.

—A mí sólo me importa que estés a mi lado.

—¡Pues bien que me dejaste!

—¡Me dejaste tú! —Se

levantó de la cama mientras él sonreía. —Mira, dejemos el tema, que me cabreo.

—¡Si lo has sacado tú!

—No, yo sólo dije... —Al ver que sonreía gruñó exasperada. —¡Eres imposible!

Robert se echó a reír y gimió llevándose la mano sana al pecho. —¡Joder!

—¿Te duele? —Entrecerró los ojos mirando al doctor. —¿Quiere darse prisa? ¡No está cómodo!

—Su mujer es de lo más

exigente.

—No soy su mujer. Todavía.

Los ojos de Robert brillaron.

—¿No me digas? Ahora quieres casarte conmigo.

—¡Robert, no empieces! —

Exasperada se sentó sobre la cama y dijo —Tu padre ya me ha enviado la lista de invitados y papá también —. Se apartó un rizo de la frente mirando las hojas. —Uff, no sé cómo nos vamos a arreglar, porque son muchos compromisos.

Robert levantó la cabeza perdiendo la sonrisa. —¿Perdón?

—Ya llevamos trescientos cuarenta y siete invitados y Larry todavía no me ha pasado tu lista. Cuando llegue, la repasas para comprobar si se le ha olvidado alguien.

—¿Y cuándo te he pedido yo matrimonio? —preguntó asombrado—. ¿Estaba drogado?

—Muy gracioso —siseó mientras el doctor se reía sin ningún disimulo—. Cariño, ¿qué te parece el rosa chicle para la mantelería? —Él levantó una ceja.—¿Demasiado chillón?

—Nena, te estás

precipitando. —Dejó caer la cabeza sobre la cama. — Hablaremos de eso dentro de seis meses.

—Ah, no. —Estiró el cuello para ver cómo le vendaban el brazo. Sabía que le estaba doliendo horrores, pero no movía un gesto. —Te vas a casar conmigo. Tenemos que elegir la fecha. ¿Qué te parece el mes que viene? Abril es un mes precioso para una boda. —Levantó la cabeza de nuevo mirándola como si estuviera loca. —¿Mayo? —Al ver que no contestaba protestó — ¡No quiero casarme en Junio!

—¡Shandra, se te está yendo la cabeza! ¡Hace unos días ni me hablabas!

—Tú tampoco me hablabas a mí. —Enfurrugada abrió el ordenador y vio dos mails del organizador de la boda que su madre había contratado. Vio que si querían darse prisa, debía elegir diseñador para el vestido. Chasqueó la lengua mirando de reojo a Robert al que estaban incorporando en la cama.

—¡No me mires así! ¡Intentó que lo nuestro no se vaya a la mierda de nuevo!

—Pues entonces nos casamos. Será más difícil que me libre de ti simplemente por la pereza de un divorcio.

—Pero qué graciosa estás desde que has vuelto de Ginebra —siseó cogiendo el mando de la tele que ella le quitó de la mano—. ¡Shandra!

—Cariño, tenemos mucho que decidir.

—¿Cómo qué?

Shandra se mordió el labio inferior. —¿Boda en el Plaza?

—No hablas en serio. —

Divertido miró el ordenador y vio la página del organizador de bodas perdiendo la sonrisa. —¡Joder, hablas en serio!

—¡Pareces horrorizado de casarte conmigo!

—¡En este momento no me parece buena idea! ¡Eso es todo!

—¿Qué más puede pasar para que la cagues?

—¡Qué no me presente a esa boda! ¡No me presiones!

—¿Que yo te presiono? —Se levantó de la cama y le señaló con el dedo. —¡Más te vale que estés

allí! ¡Y nos casamos en abril!

—Así se habla. —La enfermera salió de la habitación dejando a Robert con la boca abierta.

—Cariño... —dijo al ver que estaba algo bloqueado—, te quiero y quiero casarme. No te digo el resto de la lista porque me parece que entonces te agobiaría un poco.

—¿Entonces me agobiarías? ¿Y qué estás haciendo ahora? ¡Y convaleciente!

Le miró ofendidísima. —¡Lo dices como si me estuviera

aprovechando de ti!

—¿Acaso no es así?

—¡Uy, uy, uy... mejor me voy a dar una vuelta, porque estás a punto de ponerme de los nervios!

—¡Eso, ahora manipúlame dejándome solo para que ceda!

—¡No hago eso! —Salió de la habitación enfadada y entrecerró los ojos al llegar al pasillo. ¿Lo estaba haciendo? ¿Le estaba manipulando para que él cediera? Igual deberían esperar unos meses para ver cómo iba el asunto. Su relación había pasado por

problemas muy graves y realmente no habían tenido tiempo para estar solos.

Abrió la puerta lentamente y vio que él miraba hacia la ventana. —Lo siento.

La miró sorprendido. —¿Por qué te disculpas?

—Por ser una pesada.

—Nena, tú no sabes ser pesada. —Sonrió y le hizo un gesto con la mano para que se acercara y ella se subió a su cama tumbándose a su lado. —No me gustaría que te arrepintieras dentro de unos meses,

pensando que nos precipitamos después de todo lo que ha pasado.

—¿Pero te casarás conmigo?

Él se echó a reír. —Puede que algún día te lo pida.

—¿Y qué tal si concretamos un poco?

Robert se echó a reír y ella sonrió. Pasó de buen humor el resto del día y ella no quiso mencionar el asunto de nuevo.

Al día siguiente la despertó

el besándola en el cuello. Sonrió abriendo los ojos. —Veo que te encuentras mejor.

—Cuando duermes estás preciosa —dijo apoyado en su brazo sano.

—Cariño, acuéstate —dijo preocupada porque forzara la cicatriz.

Él suspiró tumbándose de nuevo y Shandra se sentó apartando sus rizos castaños. Se miraron a los ojos y ella susurró —¿Me quieres?

—¿Tengo que contestar a esa pregunta?

—¡Oh, venga ya!

Robert se echó a reír y se agarró el pecho. —Nena, no tienes paciencia. Eso no lo sabía.

—Mira quien fue a hablar.

Él miró el canal entre sus pechos que se veía por el escote del camisón. —No tienes cicatriz.

—Me operaron por laparoscopia.

—Pero todo va bien, ¿verdad?

—Lo dice el que está en el hospital. —Se levantó de la cama y fue hasta el baño. —Tienes que

darte prisa en recuperarte porque estoy engordando. Hace días que no corro.

Entró en el baño y él dijo — Nena, quizás deberías dormir en tu casa.

Sorprendida salió del baño. —¿Qué?

—Es que así descansarías mejor y yo también.

Se acercó a la cama de nuevo. —¿Es coña? ¿Sabes la pasta que ha tenido que pagar mi padre para que no me separe de ti?

Robert sonrió. —Es que mi

cuerpo empieza a despertarse y tumbada a mi lado no puedo dormir.

Shandra se sonrojó y sin querer miró su entrepierna haciéndolo gemir. —¿No me digas? ¡Esa es una noticia estupenda! — Levantó la sábana para mirar debajo. —¿Se te está despertando el soldadito?

—¡Shandra!

Se echó a reír, pero al ver su excitación abrió los ojos como platos. —¡Cariño!

—¡Nena, deja la sábana! — Ella se mordió el labio inferior y él

gruñó mientras dejaba la sábana en su sitio. —Prepárate porque cuando salga de esta maldita cama...

—Han pasado muchos meses. Yo también lo estoy deseando. —Se volvió hacia el baño, pero al pensar en el tiempo que habían estado separados se volvió. —Cariño...

—¿Ummm?

—Esa vecina tuya...

—Se ha mudado.

Sonrió encantada entendiendo lo que quería decir. —¿Y tienes vecina nueva?

—No ha habido vecinas desde que te fuiste, nena. ¡Por eso estoy así!

Shandra se echó a reír y fue a ducharse.

Antes de la comida estaban jugando a las cartas cuando llegó Robert Callaghan Segundo. —Hola, suegro.

—Papá... —dijo Robert mirando las cartas.

—Le estoy dando una paliza.

—Sólo porque no estoy al cien por cien.

El padre de Robert se acercó

sonriendo y cogió una silla para sentarse a su lado. Ella le miró por encima de las cartas. —¿Cómo va todo?

—Me acabo de jubilar.

Los dos miraron a su padre asombrados. —¿Hablas en serio? —preguntó Robert dejando las cartas—. ¿Y qué piensas hacer ahora?

—Seguiré siendo accionista de la empresa, pero ya no será lo mismo. Me voy a dedicar a mis nietos y a viajar. Puede que haga un crucero de esos para solteros de más de cincuenta años. ¿Quién

sabe?

—¿Qué nietos? Papá, ¿estás bien? —dijo realmente preocupado.

Su suegro pareció avergonzado. —Es que después de lo que ha pasado, me he dado cuenta que el trabajo no es tan importante. Y no quiero perderme más de tu vida. —Los ojos de Shandra se llenaron de lágrimas y miró a Robert que no había movido un gesto.

—Es una noticia estupenda —dijo ella al ver que él no decía nada. Sabía que su relación era

algo tensa, pero su suegro estaba dando un paso enorme para intentar arreglarlo—. Cariño, ¿a que sí?

—Nena, ¿nos dejas solos un momento?

—Sí, claro. Voy a tomarme un café.

Esperó impaciente detrás de la puerta y nerviosa se apretó las manos esperando que Robert perdonara a su padre. Entonces se dio cuenta de lo distintos que eran. Ella hubiera perdonado a los suyos hacía tiempo si le hubiera pasado lo mismo. Pero ellos siempre la habían dejado elegir sobre su futuro

y su padre nunca le había insistido en que siguiera en el negocio.

Comprendió que Robert odiara que intentaran dominar su vida, porque seguro que el momento en que su padre se negó a pagarle la carrera para doblegarle, tuvo que ser muy duro para él. Pero si su padre hubiera cedido, él nunca habría ido de monitor a su campamento y puede que nunca se hubieran conocido. Sonrió porque todo tenía una razón.

Pasó mucho tiempo y se relajó porque eso era buena señal. Al final sí que fue a por su café y se

lo tomó en el pasillo mirando la puerta. Una enfermera entró para ponerle la medicación y por la rendija vio que se estaban riendo. Suspiró de alivio y entró tras ella.

—¿Ya te has tomado ese café? —preguntó su suegro agradecido.

—Pues sí.

—Sobre la lista que te he dado... —Miró de reojo a su hijo, que puso los ojos en blanco.

—Ya la tiene el organizador.

—¿Qué? —El grito de Robert provocó en ella una mueca. —

¿Organizador de qué?

—De la boda... pero tranquilo, que es para cuando te decidas.

—¿Seguro? —preguntó con desconfianza.

—Claro. —Le guiñó un ojo a su suegro, que se echó a reír.

—He visitado la casa. Es preciosa.

Ella gimió y disimulando se quitó una pelusa de la camiseta rosa que llevaba.

—¿Qué casa? —Robert la fulminaba con la mirada.

—Uff... —Su suegro miró su reloj. —Qué tarde se ha hecho.

—¡Pero si estás jubilado! ¿A dónde tienes que ir?

—Tiene que hacer unas compras. ¿A que sí, suegro?

—Sí. —Se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla. —Estas cosas se avisan... —susurró.

—Es muy cabezota.

—¡Lo he oído!

Shandra sonrió. —Cariño, tu piso no me gusta.

—Ay, madre.

Robert Callaghan Segundo se echó a reír yendo hacia la puerta. —Os veré mañana.

Ninguno le hizo ni caso porque se miraban como si fueran a la lucha. —Nena, no nos mudaremos.

—Claro que sí. No pienso vivir en ese piso. Ya verás la casa, es preciosa. ¡Tiene jardín!

—¿Y cuánto cuesta esa maravilla?

Ella hizo una mueca. —Siete.

—¿Siete qué?

—Siete millones. Una ganga.

—La miró como si estuviera loca.

—Pero no tienes que preocuparte. Será el regalo de bodas de nuestros padres.

—¡Ni hablar!

—Pero, cariño... es perfecta para nosotros y para los niños.

—¡Qué niños! ¡Nena, se te está yendo la cabeza!

—Si nos casamos, lo lógico es que tengamos niños. ¡Lo hace todo el mundo!

—¡Te estás comportando como la niña consentida que detesto! —Shandra palideció y dio

un paso atrás como si la hubiera golpeado. —Nena...

—Creo que... —Se volvió para coger su bolso. —Me voy a dar un paseo. Hace mucho que no salgo del hospital...

—¡Siempre haces lo mismo!

—¿A qué te refieres?

—¡Si digo lo que pienso, soy el monstruo que te torturaba en el campamento y huyes de mí como de la peste! ¡Cómo se te ocurre pensar en una boda y en comprar una casa, cuando es obvio que no soportas estar a mi lado!

—Cariño, yo te quiero.

—No es cierto. ¡No me quieres como soy! ¡Y yo soy así! ¡Me da miedo decir cualquier cosa que te haga daño y tengo que controlarme continuamente porque no hagas esto! ¿Para qué quieres casarte, si vas a salir corriendo dentro de tres meses?

—No Robert, no hui de ti por ser sincero con lo que piensas. Me fui precisamente porque me mentiste y me hiciste daño a propósito. ¡Me quieres! Sé que me quieres y que no me lo digas, demuestra lo cabezota que eres. —

Sus ojos se llenaron de lágrimas.
—¡No sé por qué quieres estropearlo todo de nuevo, pero no te voy a dejar!

—¡No quiero que te vayas!

—¡Entonces sólo estás mostrándome tu peor cara para que sea yo quien lo deje y eso no va a pasar! —Fue hasta la puerta. —¡Y nos casamos en abril!

Cuando cerró la puerta Robert sonrió satisfecho. Al parecer su ranita esa vez no iba a salir corriendo.

Capítulo 11

Sería manipulador. Furiosa fue hasta el ascensor y pulsó el botón del bajo. —Si cree que va a librarse de mí... —Salió a toda pastilla cuando vio pasar un sacerdote con su alzacuellos y todo. Se detuvo en seco mirándole fijamente mientras pasaba ante ella. —¡Disculpe!

Cinco minutos después abría

la puerta sonriendo de oreja a oreja. —Cariño, mira lo que tengo...

Robert que estaba leyendo el periódico, levantó una ceja al ver entrar a un sacerdote de unos treinta años con una biblia en la mano.

—Buenos días.

—Ay, madre...

—El padre Mahoney es muy amable y ha aceptado casarnos dado tu delicado estado. ¿A que es estupendo?

—Nena...

—Si sales de esta, ya nos

casaremos con la familia, ¿pero no querrás irte al otro barrio sin casar, verdad?

El cura asintió. —Hijo, si la amas, deberías dar el paso.

Robert fulminó a Shandra con la mirada, que sonrió angelicalmente. —Sí, cariño. Si me amas, darás el paso. ¿Empezamos?

Se colocó a su lado y cogió su mano sana mientras Robert la miraba atónito. —Empiece padre, que enseguida le ponen la medicación y me lo dejan k.o.

—Comprendo. —El cura

abrió la biblia. —Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer en sagrado matrimonio. Por favor, ¿me dice su nombre?

Robert se echó a reír a carcajadas y gimió llevándose la mano al pecho cuando le traspasó un dolor, mientras el cura le miraba sin poder creérselo. —Le veo muy bien para...

—Es fachada, padre —dijo ella reprendiéndolo con la mirada—. Está loco por casarse, pero no se esperaba que encontrara un cura tan pronto.

Robert asintió. —Mi novia es

muy rápida tomando decisiones.

El padre Mahoney sonrió. — Ha tenido suerte de encontrarse conmigo.

—Una suerte enorme. Por cierto, se llama Robert Callaghan. Y yo Shandra Tanner.

—Robert Callaghan, ¿aceptas a esta mujer en sagrado matrimonio para amarla, respetarla, en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

Él se quedó en silencio y ella le apretó la mano con fuerza.

Reprimiendo la risa asintió. —Al parecer no tengo otro remedio.

—Di que sí simplemente —
siseó forzando una sonrisa de oreja a oreja.

Robert miró al cura. —Sí, la acepto.

Confuso el cura miró a Sandra. —Y tú, Sandra Tanner, aceptas a Robert Callagh...

—¡Sí! Sí le acepto. ¡Le acepto en todo!

—Hija, déjame terminar. En lo bueno y en lo malo, en la salud...

—¡Qué sí, padre! ¡Qué lo

acepto!

—¿Hasta que la muerte os separe?

Shandra entrecerró los ojos viendo que esperaba una contestación —Sí, quiero.

—Yo os declaro marido y mujer. Puedes besar al novio.

Ella sonrió radiante y miró a Robert que parecía muy divertido con el asunto. Se acercó lentamente y le dio un suave beso en los labios que le supo a gloria. Hacía tanto que no se besaban, que se sentó sobre la cama y él rodeó su cintura

con su brazo sano, atrayéndola para besarla profundamente.

El cura carraspeó. —Hijo, ¿seguro que te estás muriendo?

—Cada vez menos, padre — dijo apartando la boca mientras ella le seguía besando el cuello.

—Con una mujer así, no me extraña nada.

—¿Los papeles?

—Esta es mi tarjeta. —La dejó sobre la mesilla. —Sobre el donativo...

Shandra apartó la cara de su cuello —Oh sí, padre. Papá se

encargará del techo de la iglesia.
—El cura sonrió encantado
mientras Robert la miraba
indignado. —Tiene una gotera.

—Increíble.

El padre Callaghan fue hasta
la puerta. —Que te mejores, hijo.

—Gracias, padre —dijo ella
levantándose a toda prisa y
acercándose a él—. Si algún día le
convenzo para casarme en una
Iglesia, le llamaré.

—Me encantaría.

Ella cerró la puerta y se
volvió bailando por la habitación

haciendo reír a Robert. —Ven aquí, señora Callaghan.

Se tiró sobre la cama a su lado y abrazó la almohada. —Es una pena que no tengamos noche de bodas.

—Y luna de miel y todo lo demás que se supone que tiene que haber cuando te casas —susurró él apartando un rizo de su frente—. Como el anillo.

—Pero ahora eres mío. —Le guiñó un ojo y Robert se echó a reír.

—¿Ves en el lío que te has

metido? Ahora puedo torturarte todo lo que quiera.

—Lo estoy deseando.

Dos semanas después le dieron el alta. Aunque estaba un poco dolorido y todavía llevaba el vendaje en el brazo, aparentemente estaba muy bien, aunque un poco delgado. Fue una sorpresa que la cicatriz de la mejilla casi no se notara. Sólo se le veía una leve línea sonrosada.

Emocionada se subió al

coche que habían enviado sus padres y él lo hizo a su lado cogiéndose el pecho porque era lo que más sensible tenía.

—Uff, estoy deseando llegar a casa —dijo cogiendo su mano y dándole un beso en el interior de la muñeca.

—Sí, yo también —dijo emocionada.

—Cariño, todavía no estoy al cien por cien.

—No lo digo por eso. —Le miró maliciosa. —Pero esta mañana no decías lo mismo cuando

te ayudé a levantarte.

Robert se echó a reír. —Eres una ranita muy inquieta.

—Todavía no has visto nada.
—Se acercó y le besó en la mejilla.
—Cariño, no te enfades conmigo...

Robert se alejó. —¿Que no me enfade contigo?

Ella puso morritos. —
Prométemelo.

—¿Qué has hecho?

—Yo nada. No me he separado de tu lado, ¿recuerdas?

—¿No seguirás con el tema

de la boda? ¡Ya estamos casados!

—¡Pero quiero una boda como Dios manda! —Al ver que la iba a interrumpir añadió —¡Y no es eso!

—No tenía que haber salido del hospital.

Cuando el coche se detuvo, él frunció el ceño mirando la calle. —
¿Por qué se detiene aquí?

—Bienvenido a casa, mi amor. —Salió del coche antes de que pudiera detenerla y el chofer abrió su puerta ante la escalera de una casa de estilo victoriano.

Cuando la puerta de la casa se abrió y salieron las dos familias para recibirle, Robert gruñó por lo bajo antes de sacar las piernas del coche. —La voy a matar.

Su suegro bajó la escalera y le tendió la mano. —Bienvenido, estarás muy cansado.

—Tu hija me mantiene alerta.

Cristian se echó a reír y Shandra le besó en la mejilla. —Es un gruñón, pero sé que le encantará. ¡Paso a mi marido! —Todos se apartaron y ella cogió su mano. —Vamos, estoy impaciente por verla.

—¿No la has visto?

—Por la red. Pero será perfecta. —Sus ojos brillaban de alegría y Robert no se sintió capaz de decir una palabra.

Entraron en el hall que tenía unas baldosas en blanco y negro como un tablero de ajedrez. —Mira qué escalera, cariño —dijo ella impresionada por la escalera doble—. Es preciosa.

—Sí. —Miró sobre su hombro a su padre, que le hizo un gesto para que no le diera importancia. —Muy bonita.

Caminaron hasta el salón y Shandra chilló al ver la enorme chimenea haciendo reír a sus hermanas. Como una loca se soltó de su mano para empezar a correr de un lado a otro y Robert la observó divertido. Al volverse hacia sus suegros, vio las lágrimas de emoción de su suegra al ver a su hija tan feliz y apretó los labios entendiéndolo todo.

Le cogió de la mano de nuevo para ir hacia el piso de arriba ignorando la cocina. —¿No quieres verla? —preguntó divertido.

—Yo no sé cocinar. Me

interesa más el dormitorio.

—Hija, que te estoy oyendo
—dijo su padre desde el hall.

—Uy, perdón.

Todos se echaron a reír quedándose abajo. Robert tiró de ella hasta una de las habitaciones y la besó con impaciencia. Ella le abrazó por el cuello respondiendo con todo su ser. Él se apartó suavemente y le acarició el trasero por encima del vaquero. —Supongo que ahora habrá una fiestecita.

—Después lo celebraremos nosotros. —Apretó su cadera

contra él haciéndolo gemir.

Escuchó el timbre de la puerta y dos segundos después su padre gritó desde abajo —¡Hija, tu primera carta!

Sonrió antes de salir corriendo mientras Robert se reía y se acercó a la barandilla para verla bajar la escalera a toda prisa. — Cariño, ten cuidado.

—¡Estoy bien! —Se acercó al cartero y cogió la carta. Al mirar la dirección dijo emocionada —Es para mí. —Dio la vuelta gran sobre amarillo para mostrárselo a él. — ¡Y pone Callaghan!

Todos se echaron a reír mientras le daba las gracias al cartero y cerraba la puerta. Lo abrió impaciente. —Serán las pruebas de las tarjetas.

—¿Tarjetas?

—De la boda.

—Cariño, ¿todavía sigues con eso?

Ignorándolo sacó el contenido del sobre y frunció el ceño. —Son fotografías.

Entonces al girarlas se quedó de piedra al ver a Robert besando a otra mujer y no era otra mujer

cualquiera. ¡Era su vecina! Su padre perdió la sonrisa al verlas sobre su hombro. —Niñas, al salón.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó Sara al ver la cara pálida de su hermana.

—¡Al salón!

Sheila y Sara se volvieron hacia el salón. —Nunca nos enteramos de nada —dijo la pequeña.

—Acostúmbrate.

Shandra pasó una fotografía tras otra. Estaban en la chaise longue del sofá y era evidente que

estaban haciendo el amor. Cuando llegó al final, levantó la vista hasta Robert que se tensó. —Nena, ¿qué son?

—¡Me dijiste que se había mudado!

—¿Quién?

—Creo que deberíamos dejarlos solos —dijo su suegro incómodo—. Deben hablar de esto en privado.

Robert empezó a bajar las escaleras y cogió las fotos de su mano. Su sorpresa fue evidente al ver las imágenes. —Nena, te juro

que esto fue antes de ...

—¡No me mientas! Estuviste con ella, ¿verdad? ¡Cómo todos los miércoles!

—¡No me acosté con ella desde que empecé contigo! ¿Por qué iba a mentir en algo así? ¡Además no estábamos juntos! ¡Si hubiera pasado, que no ha sido así, estaría en todo mi derecho!

En eso tenía razón, pero no podía evitar que le doliera. Él suspiró pasándose la mano por el cabello mirando las fotos. —Está algo loca y quiere fastidiarnos.

—¿Se había mudado?

—No. Te lo dije para que no te preocuparas o para que pensaras precisamente esto.

—¡Me mentiste!

—Te hubieras enterado de la verdad, ¿no crees? ¡Yo no tenía pensado mudarme!

Eso era cierto y le arrebató las fotos para mirarlas de nuevo. — No sé qué pensar y... —Entrecerró los ojos volviendo a la foto de atrás. —¡Será hija de puta! —gritó furiosa antes de ir hacia la puerta.

—¡Shandra! —dijo su madre

impresionada—. ¿Qué pasa?

—¡La lámpara! ¡Eso pasa! ¡Y se va acordar de esta!

—¡Shandra! —gritó Robert al ver su intención de irse—. ¡Déjalo estar!

—¿Cómo dices eso? ¡Ha intentado volver a separarnos! ¡Necesita una lección!

La cogió por la muñeca y la metió en casa cerrando de un portazo. —¡Se acabó! Ahora no forma parte de nuestras vidas y se va a quedar así. Lo ha intentado y ha fallado. ¡Ya está!

—Sí, hija. Déjalo estar — dijo su padre—. Si está algo loca, no querréis empezar vuestra vida de casados con ella a vuestras espaldas. Olvídala. Eso sí que le joderá.

No se quedaba contenta, pero... miró a su suegro que asintió. —Está bien.

Robert la abrazó y la besó en la coronilla aliviado. —¿Cómo lo has sabido?

—Esa lámpara la rompió ella cuando se tiró sobre mí en tu apartamento.

—¡Dime donde vive esa tía, que le voy a patear el culo! —dijo su madre dejándolos a todos con la boca abierta antes de echarse a reír—. ¡Hablo en serio! —exclamó indignada—. Se va a enterar de cómo somos las Tanner.

—Sí, querida. —Su marido la cogió por los hombros besándola en la sien. —¿Qué tal un Martini para relajar la tensión? Creo que lo necesitas.

Algo mosqueada se dejó llevar al salón donde se sentaron a tomar unos Martinis mientras charlaban de la boda. Robert la

miraba de reojo, porque no abría la boca pensando en aquella bruja que le había fastidiado el primer día en casa.

Él le cogió la mano. — Preciosa, estoy cansado.

—Oh, sí. Además, tienes que tomar la medicación.

—Hora de irse —dijo su suegro levantándose—. Dejemos solos a los tortolitos.

Shandra sonrió levantándose. —Gracias por venir.

—Gracias a ti por invitarme.

—Papá, puedes venir cuando

quieras.

Robert Segundo sonrió mientras los padres de Shandra se despedían. —Es una mujer increíble. Cuídala, hijo.

—Eso pienso hacer.

Cuando se quedaron solos, Shandra forzó una sonrisa cuando llegaron al dormitorio. Empezó a desabrocharle la camisa, porque a él le costaba con su brazo herido. —¿Qué te parece si te preparo algo de comer y así te tomas las pastillas?

—Te amo más de lo que

nunca creí posible amar a nadie.

A Shandra se le cortó el aliento y levantó la vista hasta sus ojos grises. —¿Qué?

—Me costará un poco que seas una niñata consentida —dijo divertido abrazándola por la cintura—. Pero te quiero tanto que lo pasaré por alto.

—Pues tú eres un cabezota que quiere que todo sea a su manera, pero también te quiero.

—Lo sé, nena. —Acarició su espalda. —Pero nos irá bien ahora que ya no sales corriendo.

—Igual el que sales corriendo eres tú. Aunque ya no estás en forma. Te alcanzaría.

Robert se echó a reír. —Sí, seguro que lo harías.

Ella le besó en la barbilla. — Ahora tienes que compensarme.

—¿No me digas?

—Una luna de miel romántica sería perfecto. Tu padre se ofreció a pagárnosla.

—Mmm, ya me encargaré yo de eso. —Acarició su trasero. — Ven nena, que vamos a empezarla ahora mismo.

—¡Pero si no estás en forma!

—Vamos a ver cómo es la tuya. Cariño, ¿diste clases se equitación alguna vez?

Ella se echó a reír y se apartó para quitarse la camiseta. —Se me daban bien.

—Nena, ¿qué te había dicho del sujetador? —Alargó la mano y acarició su pecho al descubierto haciéndola cerrar los ojos por todo lo que le había echado de menos. Él se sentó en la cama y Shandra gritó cuando la atrajo a él para meterse un pezón en su boca chupando con ansia. —Dios, cómo los había

echado de menos —susurró pasando su mejilla sobre el sensible pezón estremeciéndola.

—Cariño, desnúdate. —

Empujó sus hombros tumbándolo en la cama e impaciente cogió su cinturón para abrirlo desesperada por sentirle. Robert acarició sus pechos dejándola hacer y cuando le desnudó de cintura para abajo, se enderezó sonriendo abriendo sus propios vaqueros quedándose desnuda ante él.

—Cada día eres más hermosa.

Ella se subió sobre su marido

a horcajadas y le besó suavemente en los labios. —He dejado la píldora.

Robert parpadeó procesando la información. —¿Y me lo dices ahora? ¿Justo en este momento? ¿Cuando estoy a punto de hacerte el amor?

—Soy yo la que va a hacerte el amor a ti. —Acarició con su sexo humedecido el suyo y Robert se tensó con fuerza. —Pero si quieres, me detengo. Luego no me digas que no te he avisado.

—Nena, eres una bruja consentida.

Sonrió radiante. —Estoy empezando a pensar que tienes razón. —Él la cogió por las caderas haciendo que fuera ella la que gimiera de placer. —Dios, cómo te amo.

Él la cogió por la nuca y atrapó su boca devorándola antes de entrar en ella con fuerza haciéndola gritar de placer en su boca. Fue tan intenso y tan placentero, que apretó su miembro con fuerza haciéndolo gemir apartando su boca. Ella vio el placer que le proporcionaba y se levantó ligeramente para dejarse

caer sobre sus caderas. Se miraron a los ojos mientras ella continuaba moviéndose sobre su eje y Robert apretó los dedos en sus caderas guiándola. Shandra necesitaba más y aceleró el ritmo inclinándose hacia atrás para sujetarse en sus rodillas. La nueva posición la volvió loca y se dejó caer con fuerza provocando que estallaran en un intenso orgasmo que les dejó sin respiración. Él la sujetó por la cintura y respirando agitadamente cayó a su lado intentando no hacerle daño. Acarició su cuello necesitando tocarle y él volvió la cara para besarla con ansias.

Cuando se calmaron se miraron a los ojos. —Quiero tener un hijo tuyo.

Él suspiró y acarició su mejilla. —Todo está yendo muy rápido, preciosa. Debemos tomárnoslo con calma.

—Sé que todo lo que ha pasado ha sido muy fuerte. La prueba de papá, nuestra discusión, mi operación, la separación y tu accidente es mucho para un año.

—No sólo eso. Nos hemos casado y tenemos casa nueva.

—Lo del niño ni se notaría.

Robert se echó a reír asintiendo. —Créeme, se notaría. Se hacen notar.

—Quiero un niño rubio de ojos grises.

A Robert se le cortó el aliento. —Y lo tendremos. Dentro de un año... Hazme caso en esto. No quiero que te agobies.

—Está bien —susurró sabiendo que tenía razón—. Esperaremos. No tenemos prisa y tienes toda la razón. Un tiempo solos es lo que necesitábamos.

—Estupendo —dijo sentada sobre el váter mirando el palito blanco del que destacaba el signo positivo rosa como un semáforo en rojo. ¡No podía ser! ¡Si sólo lo habían hecho sin protección una vez!

Suspiró levantándose. — Ahora se va a cabrear. ¡Y con razón!

—Nena, ¿estás lista? ¡Nos vamos!

Forzó una sonrisa mirándose al espejo. —Se lo dices después de

la luna de miel. No vas a estropear la sorpresa que tanto le ha costado organizar.

Alguien llamó a la puerta. — Hija, el novio se está poniendo de los nervios. ¿Estás bien?

Abrió la puerta mostrando su impresionante vestido de novia estilo princesa con encaje de Bruselas. —Oh, estás tan bonita.

Un flash casi la deja ciega y fulminó a su hermano Peter. —¿En el baño?

—Fue un primer plano, seguro que no se ha visto.

Fue hasta la barandilla de la escalera y cogió el ramo de rosas blancas que le tendía su hermana. —Con lo fácil que fue la boda en el hospital —susurró para sí mirando al novio, que vestido de chaqué esperaba impaciente en la puerta.

—¡Nena, vamos a llegar tardísimo a nuestra boda!

—¿No se supone que tienen que esperar?

Él la observó bajando por la escalera y sonrió. —Nunca has estado más preciosa.

—Lo sé.

Todos se echaron a reír y su marido la cogió por el brazo. Habían decidido que ya que estaban casados, llegarían juntos a la iglesia saltándose la tradición de no pasar esa noche juntos. Por eso Robert no pasaba.

Capítulo 12

La iglesia estaba preciosa llena de flores. El padre Mahoney dio un sermón extensísimo para compensar la boda anterior, pero ella no se dio ni cuenta pensando en la mejor manera de decirle a Robert, que su decisión de no tener niños de momento, quedaba olvidada.

—¿Nena?

Sorprendida le miró a los ojos. —¿Qué?

—Tienes que decir sí quiero.

—¡Ah! —Miró al cura que estaba de lo más sorprendido y dijo —Sí, quiero.

Robert gruñó volviéndose hacia el sacerdote, sonrojándola intensamente mientras sus hermanas soltaban unas risitas.

Procuró estar atenta el resto de la ceremonia y se pusieron las alianzas muy emocionados. Cuando les declaró marido y mujer, sus

padres aplaudieron viendo como la cogía por la cintura y la besaba con amor. Se separó de ella y susurró —Te quiero, nena.

—¿Pase lo que pase?

Su marido se echó a reír. — ¿Qué clase de pregunta es esa? — La cogió del brazo y bajaron los tres escalones recibiendo las felicitaciones de su familia e invitados.

En cuanto se subieron al coche él la miró de reojo. —Muy bien, ¿qué pasa?

—Nada... de momento.

—¿Eso significa que va a pasar algo en el futuro? ¡No estarás pensando en dejarme! ¡Nos acabamos de casar! ¡Por segunda vez!

Al ver su cara de susto exclamó —¡No! No te dejaría. ¿Y tú a mí?

—¡Shandra, estás muy rara!

—Quiero decir... que si cometiera un error inconsciente... o mejor dicho consciente en su momento, pero que no pensara que tuviera consecuencias, que sí que las va a haber... ¿tú me dejarías?

—Preciosa, ¿te encuentras bien?

—Nunca he estado mejor.

—Serán los nervios de la boda.

Era mejor dejarlo para otro momento. —Sí, serán los nervios de la boda.

El resto de la tarde fue romántico y muy divertido, porque la orquesta que habían contratado tocaba de todo y Shandra no paró de bailar con unos y con otros. Estaba agotada cuando subió a la limusina que les esperaba para

llevarles a la luna de miel.

Robert cogió su tobillo y le desató la pulsera de su sandalia. Gimió cuando masajeó su pie. — ¿Qué tienes debajo de ese vestido?

—Ummm, es sorpresa. — Sonrió cuando su mano subió por su pantorrilla y se la masajeó. —Eres muy malo, señor Callaghan.

—Lo mismo digo, señora Callaghan.

—¿Dónde vamos de luna de miel? ¿No es un poco raro que me hayas hecho tú la maleta? Seguro que se te han olvidado mil cosas.

—No vas a necesitar nada de lo que usas habitualmente.

—Ummm, ¿voy a ir desnuda?

—El ochenta por ciento del tiempo.

—Me lo voy a pasar estupendamente.

Se detuvo la limusina y ella se despertó cuando se abrió la puerta. Miró sorprendida a Robert.
—¿Me he dormido?

—Es que eran tres horas de

viaje.

—¿Tres horas? —Asombrada miró hacia afuera, pero sólo vio árboles. —Cariño, ¿dónde estamos?

—Bienvenida al pasado, nena. —La cogió de la mano y la sacó fuera del coche. Cuando se dio la vuelta, vio el cartel del Campamento de verano Rutherford, dejándola con los ojos como platos.

—Vamos a hacer las cosas de otra manera. —La besó en el cuello y tiró de ella para rodear el coche. Descalza sobre la hierba caminó tras él hasta entrar en el

campamento y al ver los barracones gimió interiormente.

—¿Esta es nuestra luna de miel?

—Lo pasaremos bien. Tenemos todo el campamento para nosotros solos. Recordaremos viejos tiempos.

¡Lo que le faltaba! Ducharse en las duchas compartidas. Aunque la compartía con él. Puede que no estuviera mal del todo.

La llevó hasta la cabaña del director y ella sonrió. —¿No me digas?

—Toda nuestra una semana.

Divertida abrió la puerta y se llevó la mano al pecho al ver cientos de velas encendidas alrededor de la cama. —Robert, es precioso.

—Pues no ha visto nada. — La cogió en brazos metiéndola dentro y cerrando con el pie. — Pero ya lo irás descubriendo. Ahora vamos a ver qué hay debajo de ese vestido.

—Qué no. No es buena idea.

—Nena, hablo en serio.
¡Tírate!

Desnuda al final del embarcadero, se echó a reír por la mirada de picardía de su marido. —¡Es imposible! Acabas de hacerme el amor en mi antigua litera. Algo muy pervertido por otra parte. Tendré que contárselo a algún profesional a ver qué opina de eso.

—Ven, preciosa. Voy a enseñarte lo bien que se me da en el agua.

—¡Estará helada! Un cambio de temperatura así, es un contraste

muy fuerte. ¿Y si se me corta la digestión?

Escuchó un ruido tras ella y se volvió sonriendo para gritar horrorizada cuando vio a unos treinta niños vestidos de boys scouts mirándola con los ojos como platos mientras su monitor babeaba mirándole los pechos. Ella saltó sobre la madera intentando taparse con las manos, pero al ver que no lo conseguía se tiró al agua. ¡Joder, estaba helada!

Cuando sacó la cabeza Robert se reía. —Nena, ¿has visto un mapache?

—¡Mira hacia arriba!

Él levantó la cabeza y vio a los treinta niños sonriendo socarrones. Shandra gritó tapándose detrás de Robert cuando vio a uno de los críos sacando el móvil listo para hacer una foto.

—¡Eh tú, enano! —gritó Robert—. Atrévete y serás lo último que hagas. —El chico le sacó la lengua. —¿Y tú quieres tener niños?

Gimió a sus espaldas mientras el monitor gritaba —¡No pueden estar aquí! Es su hora del paseo en kayak.

—¡He alquilado el campamento toda la semana!

—El campamento. ¡No el embarcadero! ¡Y dejen de ir en pelotas! ¡Los niños se impresionan con esas cosas!

Ella miró sobre el hombro de Robert y vio como esperaban a que saliera dándose codazos los unos a los otros sin perderla de vista. —
¿Cariño?

—Espera que piense. Nos tienen acorralados.

—¡Acorralados! ¡No me fastidies! ¡No nos dejarán salir en

paz! ¡El monitor está deseando verme de nuevo en pelotas!

Robert se echó a reír. —Eres un bomboncito. No ha visto nada igual. —Cogió uno de los kayak y susurró —Nada a mi lado.

Nadaron al lado del kayak hasta la orilla y Robert lo levantó para cubrir sus partes íntimas mientras corrían hacia la cabaña a toda pastilla. Entraron en casa riendo y él la cogió por la cintura levantándola. Le rodeó con las piernas y susurró —Vuelves loco mi corazón. Nunca habría hecho algo así si no hubiera sido por ti,

¿sabes? Eres una mala influencia.

—Tengo que domar a esa niñita malcriada para que no me haga la vida imposible —dijo acariciando su trasero.

—Y yo tengo que domar a ese niño malcriado, que tiene malas costumbres con las vecinas.

—Ya he visto las que tenemos ahora. No merecen la pena.

—Más te vale.

—¿Sabes, nena? Has cambiado desde que tenías quince años.

—¿Te gusto más?

—Tus pechos han mejorado mucho.

Shandra se echó a reír—Pues se van a poner enormes. —Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, perdió la sonrisa y Robert que estaba a punto de tumbarla en la cama se detuvo en seco. —¡Olvida lo que he dicho!

—¡Qué yo sepa, sólo hay dos razones para que te crezcan los pechos y no pienso dejar que un cirujano te ponga las manos encima!

—¡Ha sido un error! Tú estabas allí, ¿recuerdas que te lo

advertí?

—¡No puede ser! ¿Sólo una vez y ya estás embarazada?

—Debía ser que te habías reservado —respondió ella pensativa. La soltó sobre la cama y se pasó la mano por su pelo húmedo varias veces—. Cariño, no es para tanto.

—¡Habíamos decidido esperar!

—Pero ha venido. Debe ser como tú que hace lo que le da la gana. Tendremos que estar atentos.

La miró asombrado. —

¡Querrás decir que será como tú!
¡Tú sí que haces lo que te da la
gana!

—¿Lo hago?

—¡Entras en mi vida y sales
cuando te viene en gana!

Se puso de pie sobre la cama.
—¡Tenía quince años! ¡Tenía que
volver a casa!

—Pero no regresaste —siseó
él señalándola—. Se nota que no
querías volver a verme.

—¡No sé de qué te
sorprendes! ¡Eras un tirano!

—¡Vuelves años después y te

lías conmigo cuando tienes novio!

—¡Me utilizaste para darme una lección!

—¡Pero no la has aprendido, porque vuelves y dominas mi vida como te da la gana!

—¿Que domino tu vida? ¡Nos hemos casado! ¡Esto es cosa de dos! ¡Tú también dijiste que sí!

—¡Si arrastraste al cura hasta la habitación del hospital! ¿Cómo iba a decir que no?

—¡Pues en la iglesia no te cortaste!

—¡Compraste la casa sin mi

consentimiento!

—¡La compraron nuestros padres! ¡Y a ti te encanta, reconócelo! ¡Te gusta todo lo que te he hecho!

Robert la miró fijamente antes de sonreír sorprendiéndola y cogerla por la cintura. —Sí que me gusta. Me gusta todo lo que me has hecho y quiero más.

—¿De verdad, cariño? —Le abrazó por el cuello. —¿Eso significa que no te importa lo del niño?

—Significa que hubiera

preferido esperar, pero los óvulos de mi mujer son tan impacientes como ella.

—Claro, son míos.

Él se echó a reír a carcajadas y se tumbaron en la cama. Shandra se colocó sobre él y acarició su pecho. —Esto asusta un poco. ¿Estás asustado?

—Lo único que me asusta es que te pase algo, nena. Casi te vi morir una vez y no quiero que pase de nuevo.

—Todo saldrá bien. Tú también me asustaste.

—Lo sé.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque me amas. Llevas enamorada de mí tanto tiempo, que no podías resistirte a volver conmigo cuando te enteraste del accidente.

—Cierto. —Acarició su barbilla. —Tú también lo hiciste.

—Si me hubieran dejado también hubiera puesto mi cama a tu lado. —Suspiró acariciando su espalda. —Siento haberte hecho daño.

—Lo sé. Y yo siento haberte

hecho daño a ti con lo de la prueba de mis padres.

—También lo sé. —La besó suavemente en los labios. — ¿Sabes, preciosa? Creo que lo mejor es que hablemos mucho antes de dar el siguiente paso.

—Sí, creo que es lo más acertado. Cualquier decisión la consensuamos.

Robert sonrió besándola. — Me alegro que hayamos llegado a un acuerdo.

Epílogo

—¿Cómo que has aceptado un trabajo en Hong Kong? ¡Estás de cinco meses! —los gritos de su jefe se debían estar oyendo hasta en el hall y Terry sonrió divertida a Rose.

—¿Nunca dejarán de pelearse?

—No se pelean. Están

consensuando. En diez minutos se estarán besando como posesos.

Larry salió del despacho y puso los ojos en blanco yendo hacia el ascensor haciendo que rieran.

—¡Sólo es una semana para el congreso de jóvenes empresarios! ¡Es una oportunidad única!

—¡Estás de cinco meses! — Robert casi salta de la silla enfrentándola.

—¡Deja de repetir eso! El médico me ha dicho...

—¡Me importa una mierda lo

que ha dicho el médico! ¡No irás!

—¡Entonces tampoco puedo ir a la cena que tienes el sábado con esos alemanes!

—¡Eso es chantaje!

—No, estamos hablándolo, que es lo que hacen las parejas. Si no puedo hacer una cosa, tampoco puedo hacer la otra.

—Tienes que subirte a un avión y estarás en el otro lado del mundo.

Ella acarició su vientre cubierto por un precioso vestido rosa premamá. —Vale, yo cedo en

esto y tu cedés en el color de la habitación de la niña. Amarillo, no rosa.

Robert entrecerró los ojos. —Lo has hecho a propósito, ¿verdad? —Se puso como un tomate. —¡Shandra!

—Cariño, es que rosa...

Sin poder creérselo se echó a reír. La verdad es que su mujer sabía cómo sacarlo de sus casillas para conseguir lo que quería. —Amarillo pálido.

Ella sonrió radiante como si hubiera ganado una batalla. —Ya

verás. Quedará preciosa.

—No vuelvas a hacerlo o terminaré desconfiando de todo lo que me digas. —Ella le abrazó por la cintura.

—No, no lo harás. Además, no te he mentado. Sólo he negociado.

—Y lo haces estupendamente.

—¿Me contratas?

—Preciosa, ya estás contratada. Eres mi esposa. Ese es el contrato que más me importa.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “No más secretos” o “Huir del amor”. Próximamente publicará “Róbame el corazón” y “Por orgullo”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de

Amazon. Tienes más de ochenta para elegir.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.